

N.º 1379

42-566

26 Mayo 1898

Del Reg.

la Biblioteca

PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

CUENTOS

CON UN PRÓLOGO

DE

El Duque de Hornashuelos



CÓRDOBA: 1898

Tipografía «La Actividad», García Lovera, 16
Teléfono número 77

XIX
C8-9

CUENTOS





PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

CUENTOS

CON UN PRÓLOGO

DEL

DUQUE DE HORNACHUELOS



CÓRDOBA: 1898

Establecimiento tipográfico La Actividad, García Lovera, 16

Teléfono número 77

Pedro de Alcalá-Zamora



PRÓLOGO

Por muy fuertes que sean á veces los lazos de amistad; por muy grande que pudiera presentarse á los que por imparciales se tuviesen, la consideración de la ceguera, que esos mismos lazos hacen padecer á menudo torciendo aquella rectitud que debe presidir siempre en el estudio analítico de una obra, entiendo que ni aquellos pueden ser tan potentes que aprisionen en límites mezquinos la libertad de juicio, ni ésta tan superficial que no determine allá para nuestro fuero interno algo que lleve en sí el sello de la evidencia, mucho más cuando lo que se escribe *queda*, y queda entregado á la censura del público.

Por esta consideración no ha sido mi propósito al escribir éste prólogo hacer un estudio minucioso ó detallado de la obra «Cuentos» del Sr. Alcalá-Zamora, sobradamente conocido como escritor correcto y buen literato.

Si tales fueran mis intenciones, y sin que esto quiera decir que no sea digno de la publicidad y del aplauso cuanto el presente tomo contiene, yo hubiera quitado de entre sus hojas algún artículo ó hubiese puesto á la obra el nombre de «Pinceladas» y ya en este sentido encaminado el análisis la hubiese llamado de «Pinceladas maestras».

Los «Cuentos» de Alcalá-Zamora, además de la corrección de estilo propia de quien como él ha estudiado y ha escrito mucho y bueno, son un acabado modelo de galanura, una reproducción de las *realidades* del corazón humano; tienen luz, mucha luz, mucha verdad y aunque en ocasiones la pluma traslada al papel verdaderas fantasías,

á primera vista inverosímiles, es evidente que la lectura amena no ha de consistir exclusivamente en la prosáica y vulgar representación de las miserias humanas.

Basta pasar la vista por cualquier capítulo de este libro para comprender que su autor sabe escribir, pensar, sentir, estudiar sobre el gran escenario donde se desarrolla el drama de la vida, sacar de él sus mejores escenas para matizarlas con ese barniz que solo puede brotar de una delicada literatura, y que es autor con alas y no con alas de avestruz como tantos otros que por desgracia mendenudean entre nosotros, y que no son capaces de levantar dos dedos sobre la tierra. Muchos de estos conozco yo entre nuestros compatriotas que alentados á través del microscópio que á *sus papás* represente, á las pulgas como elefantes y á los pigmeos como agamenones, son yerbas de Sardia que matan y provocan á risa.

De esos puede ser que obtenga censuras este libro.

A buen seguro que no me equivoco. ¡Es tan atrevida la ignorancia y tan locuaz la envidia!

Alcalá-Zamora *no diserta* en sus obras, *solo pinta, no juzga, solo refiere*; disertan los demás por él después de leerlas y juzguen luego de estudiarlas.

A mi juicio, al autor debe tenerle tranquilo el análisis, seguro de su éxito.

Anímese á escribir verdaderas obras de gran argumento, que para ello tiene condiciones, hoy poco comunes por desgracia, y no tema que sean á él nunca aplicables aquellas famosas frases de *Claud*:

*Tolluntur in altum,
ut lassu graviore ruant,*

que debieran llevar impresas en el cerebro no pocos de nuestros literatos cordobeses de nuevo cuño.

El Duque de Hernachuelos.

Córdoba 1.º de Mayo de 1898.

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo.	*
Consejo salvador.	1
¡Fatalidad!	11
Lola y Tomás.	19
La muerte de un héroe.	31
Historia de un retrato.	37
Fantasía nocturna.	43
¡Inclusero!	49
La loca.	57
Una apuesta.	63
De lo vivo á lo pintado.	71
El retrato.	85
La conciencia de la Condesa.	99
El polizonte.	107
Desengaño á tiempo.	117
Un anónimo.	127
La fiera.	135
Tres cartas.. . . .	147
La saeta.	153
El disfraz.	159
La «vendetta»	163
Una puesta de sol.	169
La muñeca.. . . .	177
La máquina infernal.	183
Una cena.	189



CONSEJO SALVADOR

En más de una ocasion el rasgueo de las guitarras y los amorosos cantares con que algun galante mozo obsequiara á altas horas de la noche á la gentil Soledad, habían sido bruscamente interrumpidos por una lluvia de garrotazos, debida á los celos ó al despecho de un galán impetuoso y desdeñado. Y cuidado que la chica era juiciosa é incapaz de autorizar con coqueteos las serenatas que casi siempre terminaban como el Rosario de la Aurora; pero tambien era la moza más garrida del pueblo: ninguna poseía un par de ojazos como los suyos, capaces de incendiar el corazón de un cenobita, ni un cuerpo tan gallardo y flexible; ninguna derramaba, como ella, la sal á puñados en cada uno de sus movimientos, en cada una de sus palabras. Si á esto añadimos que el señor Juan el herrero, su tío y padrino, con quien Soledad vivía y del cuál era única heredera, gozaba fama de tener el riñón bien cubierto, fácil es de comprender que la muchacha fuera el punto adonde converjían las miradas de muchos jóvenes aspirantes á maridos. Pero entre éstos y aquella bendicion de Dios se levantaba como fortaleza

inexpugnable el viejo herrero, con sus manías, su brusquedad de carácter y su tantico de avaricia.

Cierta noche, en que el albeitar, primo hermano del alcalde y persona influyente en el pueblo, celebraba con una fiesta el aniversario de su natalicio, en el herradero, profusamente iluminado con cuantos candiles y velones había disponibles en la casa y transformado accidentalmente en salón de baile, hallábase reunido lo más granado y selecto del vecindario.

Entre los músicos, que situados junto á la apagada fragua tocaban á más y mejor, se encontraban Mateo el hijo del albeitar, que estaba muy satisfecho de ser sobrino del alcalde y Curro, el oficial de la herrería del tío Juan.

Los encargados de obsequiar con vino y aguardiente á los hombres y con rosoli á las mujeres, menudeaban el reparto y los enormes jarros y las verdes y panzudas cántaras quedaban vacíos en un santiamén. La animación era grande y las coplas alusivas cruzábanse en vivo tiroteo entre mozas y mozos, cuando, al terminar una figura de fandango, el albeitar, que se sentía alegre y decididor como en sus verdes años, exclamó dirigiéndose al oficial de herrero:

—*Curriyo*, ven acá, que mientras las muchachas descansan para bailar luego unas sevillanas que le quiten el sueño á más de cuatro, *Soleá* va á cantar unas seguidillas jitanas, que hagan llorar á las piedras.

La aludida consultó con los ojos á su padrino, que hizo un signo de aquiescencia, y en tanto que las bailadoras, siguiendo la costumbre andaluza, pagaban con un abrazo á los cantadores y tocadores, Curro, con su silla en una mano y la guitarra en la otra, salvó la distancia

que le separaba de la ahijada del herrero, ante la cual fué á sentarse. Los dos jóvenes cambiaron una mirada y una sonrisa y el más vivo carmín coloreó sus mejillas.

El mozo, que era consumado tañedor de vihuela, templó el instrumento, hizo algunos primores de digitacion, y, en medio del silencio general, comenzó á puntear con notable maestría, arrancando á las sonoras cuerdas las graves y melancólicas notas del canto jitano, semejantes á lastimeras quejas del alma dolorida.

Soledad entornó los ojos como si quisiera aislarse del mundo exterior, inclinó la cabeza moviéndola cadenciosamente y con voz opaca y dulce al principio, vibrante y conmovedora luego, entonó la siguiente copla:

Corazon que siente
Y en silencio sufre,
Entre los rescoldos de su propia pena
Pronto se consume.

Una descarga cerrada de *¡olés!* y *¡Viva tu mare!* atronó el herradero al expirar la última nota, en tanto que de las negras pupilas de Soledad brotaba una mirada fugitiva que pasando por entre las largas pestañas que sombreaban sus entornados ojos, con la timidez que el rayo de sol penetra por entre el espeso ramaje de frondosa arboleda, fué á clavarse en el rostro de Curro. Este sintió algo parecido á un mareo; su corazon dejó de latir por un instante, la boca se le puso más seca que la yesca y las cuerdas de la guitarra, obedeciendo á los dedos que las herían, lanzaron un acorde desgarrador, que pasó inadvertido merced al entusiasmo del elemento masculino.

Solo Mateo, el hijo del albeitar, que no perdía de vista á Soledad y á Curro, advirtió la emocion violenta del oficial de herrero. Para él la copla y sus efectos tenían

significado claro y por todo extremo desagradable; mas cuando restablecida la calma en vez de cantar de nuevo Soledad lo hizo Curro con robusta voz y estilo tan puro como el del más castizo jitano, su irritacion subió de punto y abandonando el asiento se acercó á los cantadores.

A la copla de la ahijada del tí, Juan había contestado el mozo en estos términos:

¡Qué pena tan grande
La de ver el cielo
Por entre las barras de la ventanita
De un obscuro encierro!

El rostro de Soledad resplandeció de júbilo y de sus labios brotó alegre y burlón otro cantar:

Metido en su jaula
Tengo yo un jilguero
Que padece hambre junto á la comida
Porque el pobre es ciego.

Mateo hubiera querido matar con la mirada á los dos jóvenes para poner fin al diálogo, pero afortunadamente vino á sacarle de apuros su padre, que decía á voz en cuello:

—¡Ea, á bailar las sevillanas y viva la alegría!

Las mozas se pusieron en fila, de cara á sus respectivas parejas y Mateo intentó colocarse en frente de Soledad, pero llegó tarde; Curro le había ganado por la mano y en el instante en que el hijo del albeitar se acercaba á la sobrina del herrero, las castañuelas sonaron con el golpe seco precursor del bullicioso repiqueteo, que al compás del alegre rasguear de las guitarras acompaña y anima el pintoresco baile andaluz.

Los hombres formaron corro en derredor de los bai-

ladores y entre copla y copla estallaban verdaderas tempestades de requiebros chispeantes de gracia.

Soledad movía su gallardo y flexible cuerpo con el garbo nativo de una hija del Perchel ó de Triana y Curro, en un momento de entusiasmo, quitándose el sombrero de anchas alas, lo arrojó á sus piés exclamando:

—¡De tu mano, aunque sea la muerte!

—Curro ¿es eso verdad?—preguntó ella aprovechando una ocasion en que la cabeza del joven se acercó á la suya.

El oficial, por toda respuesta, hizo una cruz con el pulgar y el índice de la diestra y la besó.

Cuando acabó el baile, Mateo, asiendo por un brazo á Curro, condújole fuera del herradero y le dijo:

Si quieres evitarte disgustos no vuelvas á mirar á Soledad.

—¿Por qué?—preguntó sosegadamente el jóven.

—Porque se casa antes de tres meses.

—¿Con quien?

—Conmigo.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, su tío.

—No es lo mismo.

—Sí, Curro, mi padre ha hablado con el tío Juan esta misma noche.

—Pues falta que ella te repita lo que su padrino le ha dicho á tu padre.

—Mañana me lo dirá, no tengas duda, pero entre tanto, óyeme, Curro, que como te estimo quiero abrirte los ojos.

Como puertas los tenía el mozo sin la ayuda de Mateo, el cual prosiguió diciendo:

—El tío Juan, aunque es rico, pues mi padre,—que es íntimo amigo suyo—ha visto una olla repleta de onzas de oro, que tiene escondida en el palomar, antes se deja hacer tajadas que permitir que su ahijada se case con un hombre que no tenga dos pesetas... como tú pongo por caso. Si le da en la nariz que haces cocos á la muchacha te despide de la herrería... y estás fresco. Conque déjate de tonterías y echa por otro camino, que Soledad solo puede ser esposa del sobrino del alcalde.

—¿Y si se niega á aceptar tanta honra?—preguntó con retintín Curro, que había escuchado sin pestañear la perorata que con aire de proteccion se había dignado dirigirle Mateo.

—Si se niega,—repitió éste—su tío la obligará á entrar en razon.

—Pues gracias por el aviso y lo haré como deseas; ahora volvamos al herradero, pues parece que los convidados empiezan á retirarse.

*
* *

Media hora después el tío Juan, contrariado y mohino, se sentaba en un sillón bajo la gran campana de una chimenea en que podía quemarse media encina de una vez, y decía á Curro, que cerca de él hallábase en pie y ras-cándose el cogote para buscar forma de entrar en materia:

—Vamos, habla; ya estamos solos. ¿Qué asunto importante tienes que comunicarme?

—Que me quiero casar, maestro.

—Sea para bien. ¿Y pretendes que yo pida la novia?

—Lo contrario, que me la dé usted.

El tío Juan saltó como si le hubiera picado una víbora.

—¿Hase visto descarar semejante?—exclamó.

—Maestro,—repuso el oficial con vehemencia—quiero á Soledad con toda mi alma, Soledad me corresponde y si usted nos niega su consentimiento no sé qué vá á ser de nosotros.

—Vamos claros, Curro,—dijo el herrero procurando serenarse—te has criado en mi casa, eres mozo de provecho y trabajas en el oficio, nada pues tengo que echarte en cara, pero ¿vas á mantener tus obligaciones con los ocho reales que ganas dando martillazos de sol á sol? Mi sobrina, á Dios gracias, no sabe lo que es miseria y no puede casarse con un hombre que depende de un jornal. Esto salta á la vista. Cuando seas maestro y dispongas de una herrería, vente por aquí y hablaremos.

—Y entre tanto,—replicó amostazado Curro—casará usted á Soledad con el hijo del albeitar, que es un mentecato.

—Pero es buen partido.. Mira—añadió con sorna el tío Juan como si hubiera concebido una idea salvadora,—yo soy viejo, he trabajado mucho y necesito descansar; busca quien te preste ocho mil realitos y te traspaso el taller... El mismo día en que firmemos el contrato se celebrará tu boda y *tutti contenti*; tú tendrás á Soledad y yo no dejaré de oír el martilleo sin el cual creo que no podría vivir tranquilo.

—¿Y no es más fácil que me ceda usted la tienda? Yo trabajaré para todos...

—Cuando traigas las veinticinco onzas de oro.

—No le basta á usted negarme la felicidad, sino que encima quiere burlarse de mi desdicha;—clamó Curro casi con lágrimas en los ojos.—¡Señor Juan, por Dios, no me ponga usted en el caso de hacer un disparate!

—¿Amenazas?—gruñó encolerizado el herrero.

—No, señor; digo que ¿á donde voy á buscar tanto dinero?

—Róbalo, que buen pescuezo tienes, y no me aburras más con tus jimoteos.

Y sin atender á razones, en un arrebató propio de su carácter, puso al joven en la puerta de la calle, mientras murmuraba entre dientes:

—El diantre del majadero... ¿Pues no quiere comerse lo que yo he ganado trabajando como un negro durante medio siglo?

*
* *

Curro, desesperado, entró en su casa, que estaba poco distante de la del tío Juan, tomó escalera arriba hasta llegar á los desvanes y pasando por un tragaluz se lanzó al tejado con inminente riesgo de estrellarse.

Cerca de dos horas habían transcurrido, cuando con las manos ensangrentadas, desgarrado el traje y salpicado de manchas de palomina y plumas multicolores, regresó el nocturno expedicionario de su misteriosa y extraña correría.

*
* *

Al día siguiente presentóse Curro en el taller mucho más tarde que de costumbre, y llevándose aparte al tío Juan, que le miraba ceñudo y amenazador, le dijo:

—Maestro ¿la palabra que usted me dió anoche tiene dueño?

—Cuando traigas las dos mil pesetas, te convencerás de que mi palabra vale tanto como la del Rey.

—Pues fije usted día para la boda.

—¿Y el dinero?—preguntó el tío de Soledad sonriendo burlonamente.

—Depositado en casa del notario, según reza este recibo.

Y el oficial puso un papel en manos del maestro, que casi perdió el equilibrio de pura estupefacción.

—Pero dime, muchacho,—preguntó el herrero, cuando se persuadió de la autenticidad del documento,—¿habrá peligro de que alguien reclame?

—¿No me dijo usted anoche que tenía buen pescuezo? Pues con él respondo de que nadie reclamará.

La noticia del concertado matrimonio cundió rápidamente por el pueblo. Mateo alarmado, aunque no daba gran crédito á lo que oía, corrió á casa de Soledad, donde de los propios lábios del tío Juan escuchó la nueva, que le llenó de indignación; el sobrino del alcalde no se resignaba á ser calabaceado, y en uso del derecho del pataleo, salió de la herrería diciendo que había de poder poco ó su tío sentaría la mano á Curro y á toda su familia presente y futura.

*
* * *

El día en que se celebró la boda quedó firmada la escritura de traspaso, y cuando el tío Juan volcó la olla, para procurarse el placer de tirar un arqueo antes de añadir á su tesoro las veinticinco onzas que le entregara Curro, no le quedó duda acerca del origen de la repentina fortuna del joven.

—¡Ah, bribón, bien me la has jugado!—dijo á su sobrino político, poniendo al mal tiempo buena cara, en atención á que la cosa no tenía remedio.

A lo cual Curro replicó sonriendo:

—¿Vé usted como tenía yo razon cuando afirmaba que nadie reclamaría?

—Sí, pero lo que has hecho...

—Ha sido seguir al pié de la letra el saludable consejo que usted me dió.



¡FATALIDAD!

Aquel día habían entregado el equipo y vestidos *en primera puesta* salieron del cuartel alegres y decidores; se alejaron del sombrío y vetusto edificio donde habían vivido por espacio de tres años, de tres años largos, largos como si cada uno hubiera tenido trescientos sesenta y cinco meses en lugar de los trescientos sesenta y cinco días que reza el almanaque, y se desparramaron por las calles de la villa y corte en busca de espacio ancho para esparcir su alegría y de las baratijas que era necesario comprar para llevarlas como recuerdo á parientes y á amigos.

Francisco y Manuel se apartaron de sus compañeros. Ambos jóvenes habían nacido en el mismo pueblo, eran amigos desde la infancia, juntos ingresaron en las filas del ejército y juntos y radiantes de júbilo iban á echar al correo la más grata misiva que habían escrito en los treinta y seis meses de servicio militar: pocas líneas de mal hilvanada prosa, pero que denunciaban un mundo de felicidad presente y otro de dicha futura.

«Querida madre: ya nos han dado la licencia! No pue-

»de usted calcular lo que sentí cuando tomé en la mano
»aquel pliego de papel; creí volverme loco.

»Si quieren ustedes salir á recibirnos á la estacion
»nos alegraremos mucho, porque así las veremos antes.
»El domingo, en el tren que llega á las nueve de la ma-
»ñana, iremos Manuel y yo.

»Muchas cosas le diría, pero no sé por donde empe-
»zar y vale más dejarlo para pasado mañana; con la bo-
»ca se habla mejor que con la pluma.

»Juntos, juntos para no separarnos más! Sólo faltan
»dos días y me parecen más largos que los tres años pa-
»sados.

»Manuel no escribe, porque quiere que usted sea
»quien dé la noticia á su madre; como ésta se encuentra
»delicada, él teme que si se le dice de repente le haga
»daño.

»Memorias á todos y muy particularmente á Luisa y
»para usted muchos besos y abrazos apretados de su hi-
»jo que está loco de contento

Francisco.»

Cuando dejaron en el correo la carta portadora de la fausta nueva, los dos militares, asidos de la mano, con el gorro puesto en la coronilla y haciendo resonar las enormes espuelas que habían comprado expresamente para lucirlas en el pueblo, se dirigieron á la calle de Toledo, lanzando sin ton ni son sonoras carcajadas y requebrando á todas las mujeres jóvenes que hallaban en su camino.

—Esa toquilla que quieres comprar,—decía Manuel á su compañero parado delante de un escaparate—es demasiado obscura y no le gustará á tu novia.

—¿Sabes que es para Luisa?

—Lo supongo ¿para quien puede ser?

—Para mi madre ¡pobre vieja! Mañana cuando reciba la carta pasará el día llorando de felicidad.

—¿La quieres mucho, Francisco?

—Eso no se pregunta..... Es verdad que yo tampoco lo sabía hasta que salí del pueblo... ¿Te acuerdas? Cuando vinimos todo era risa y chacota; pero creo que hacíamos tanto ruido para ahogar nuestra pena alardeando de fuertes. Luego... al entrar en aquel cuartel tan grande y tan sombrío, sentí como si me hubieran envuelto el corazón en un paño negro, y tenía siempre á mi madre delante de los ojos sin poder apartarla un momento de mi memoria. ¡Qué días aquellos, Manuel!

—Para todos fueron iguales porque todos dejamos por allí algun pedacito de nuestro corazón; pero ancha es Castilla, ya no hay que recordar lo pasado, como no sea para saborear mejor la alegría de hoy.

—Tienes razón. Me parece que no vá á llegar nunca el domingo. Mira—añadió Paco—¿ves aquel pañuelo de seda blanco con dibujos azules y encarnados? ¿te gusta?

—Sí; es muy bonito.

—Voy á comprarlo para Luisa.

—Entremos en la tienda; yo tambien quiero comprarle á mi madre una toquilla como la que llevas para la tuya.

Poco rato después se dirigían al cuartel para añadir á su reducido equipaje las compras hechas. Francisco se había puesto al cuello, sujetando las dos puntas en un ojal de la guerrera, el vistoso pañuelo que destinaba á su novia.

Por el camino hicieron repetidas libaciones para celebrar el fausto acontecimiento, y, como sucede á veces,

cuando se sienten grandes emociones, el vino, lejos de aumentar la locuacidad de los jóvenes, hízoles guardar silencio; hubiérase dicho que temían dejar escapar con sus palabras un átomo siquiera de la felicidad que inundaba su ser y que harto claramente se pintaba en sus morenos rostros. Los recuerdos que habían evocado al comprar aquellos objetos y los proyectos y planes que para lo futuro tenían, danzaban en confuso tropel en la imaginación de los licenciados. La hermosa huerta de Valencia que parece un rincón del paraíso, la plaza del pueblo con la iglesia y el alto campanario en donde de muchachos habían estado cien veces á punto de romperse la cabeza repicando las campanas, el modesto hogar en que vieron deslizarse los años de la infancia, dulce recuerdo de inefable dicha, que jamás se borra del corazón... todo, todo pasaba en el fondo de su mente como en un kaleidoscopio.

Paco, al pensar en el hogar, veía claras y distintas las adoradas figuras de *los abuelos*, como llamaba á los autores de sus días, y por asociación de ideas, Luisa, la hermosa rubia que le había sorbido el seso, se le aparecía llevando en la cabeza el pañuelo de seda que él acababa de comprar. ¡Cómo resaltaba su bello y tostado rostro á la sombra de aquel pañuelo de blanco fondo y de colores vivos! ¡Qué nuevo encanto tenían sus grandes y rasgados ojos y con qué expresión miraban á Francisco para darle gracias por el regalo! Luisa era la única figura que en la casa faltaba para completar el cuadro; pero éste debía continuar incompleto por algún tiempo todavía. Pocos días después de llegar el licenciado saldría Vicente, su único hermano, para pagar á la patria el tributo de sangre. Paco, el mayor, el más fuerte, el más apto para el

trabajo había estado ausente tres años, y antes de ocasionar á sus padres los gastos de la boda quería resarcirles de los perjuicios materiales irrogados por la ausencia...

¡Qué diferencia entre la vida del pueblo y la vida en Madrid! Allí el cielo claro, azul y purísimo como no lo hay en parte alguna; el campo feraz, poblado de verdes y frondosos árboles, con su salubérrimo ambiente; la naturaleza rica y exuberante con sus misteriosas armonías de sonidos y colores, que hablaban un lenguaje que Francisco no podía traducir, pero cuyos efectos sentía en el alma y en la sangre, dando nueva vida á su ser y nuevo rumbo á sus ideas.... Y en medio de todo esto, el tranquilo y modesto hogar, blanco, limpio y ordenado, en donde estaban las personas que habían de procurarle la suprema felicidad en la tierra, las que sólo pensaban en él y no más que para él vivían.... Aquí un clima seco, desagradable y malsano, calles concurridísimas en las que siempre domina un ruido ensordecedor, el lenguaje de las grandes poblaciones, que Paco tampoco podía traducir, que le oprimía el alma y le empobrecía la sangre; un edificio sombrío por el día y tétrico por la noche; toques de clarín periódicos, frecuentes é inexorables; ausencia completa de afectos entrañables, y una disciplina estrecha, rígida é inflexible como los cañones que con tanto esmero había tenido que limpiar el licenciado por espacio de muchos meses....

Pero gracias á Dios, esto tocaba á su término y aquello aparecía en el cercano horizonte con los irisados colores de la felicidad más dulce. Y se acercaba, se acercaba lentamente en la opinion de Francisco, para el cual cada minuto que se iba alineando en la inmensa columna de los siglos era un lapso de tiempo enorme. Y cuando el

joven llegaba fantaseando al límite de sus esperanzas, al matrimonio, y volvía al punto de partida, esto es, al momento ansiado de bajar del tren para echarse en brazos de los seres queridos que indudablemente le esperarían en la estación, parecía que el tiempo andaba hacia atrás y sentía que un nudo muy gordo le subía por el pecho y hacía alto en la garganta, apretando de manera que le impedía respirar....

Embebido en estas ideas llegó con su amigo al patio del cuartel y se detuvo á cambiar algunas palabras con un soldado. Entonces un compañero se acercó cautelosamente por detrás al joven y arrancándole el pañuelo que llevaba al cuello echó á correr riendo y agitándolo en alto para provocar al licenciado á que le siguiese.

Lanzóse Paco en pos del fugitivo y ambos, rivalizando en velocidad, dieron una vuelta alrededor del anchuroso patio.

Al cruzar por delante de la puerta disminuyó la distancia que mediaba entre perseguidor y perseguido. Un carro cargado de arena entraba á la sazón, arrastrado por tres mulas, y cortó la huida al soldado; pero éste, después de un instante de vacilacion, escapó como una flecha por el espacio que quedaba libre entre la puerta y el carro. Quiso Francisco seguirle, pero algo alterada su cabeza por las libaciones hechas no midió bien el peligroso paso y chocando violentamente contra el pesado vehículo cayó bajo las ruedas, una de las cuales pasó sobre su cuerpo....

—¡Francisco! ¡Paco! —exclamó Manuel corriendo al lado del infeliz para prestarle auxilio.

Los soldados presentes lanzaron un grito de angustia y en un instante un corro numeroso rodeó el triste grupo que formaban los dos amigos.

Todos los rostros expresaban la consternación.

Nadie pronunciaba una palabra.

Todas las miradas convergían con indefinible expresión en un solo punto, que las atraía con la incontrastable fuerza de lo horrible.

Manuel, con una rodilla en tierra, tenía apoyada en la otra la cabeza de su compañero y le miraba con húmedos ojos y en silencio, porque no hallaba forma ni frases para expresar lo que sentía.

El desdichado Francisco agonizaba; sanguinolenta espuma cubría sus labios contraídos por el dolor; sus ojos se revolvían en las órbitas de una manera que causaba espanto y su ancho pecho se agitaba á impulsos de trabajosa respiración que silbaba lúgubrementemente.

—Manuel—murmuró con voz tan débil que parecía un quejido.

—Aquí estoy; á tu lado ¿qué quieres? —dijo éste con entrecortado acento

—Pobre Luisa! .. Dios no ha querido.... ¡Madre mía!... Llévalas eso.... mi último recuerdo.... diles.... diles.... ¡Ay!

Un vómito de sangre ahogó la frase; con él salió de aquel cuerpo, vigoroso pocos momentos antes, el último soplo de vida.

LOLA Y TOMÁS

Lola era la muchacha más linda del barrio; el tipo que estaba *de non*, según la frase sacramental que las vecinas empleaban para pintar su extraordinaria belleza.

Y en efecto, si *estar de non* equivale á no tener pareja, las vecinas decían la verdad; porque la chica nunca tuvo quien la acompañara en calidad de novio, aunque en calidad de aspirantes la siguieron sucesivamente todos los jóvenes del barrio, y muchos que no eran lo uno ni lo otro. Pero vecinos y extraños, pollos y hombres maduros gastaron tiempo en balde y apuraron inútilmente la paciencia. Dolores se mantuvo inflexible y su indiferencia llegó á ser proverbial.

Por otra parte, pareja femenina, es decir, una muchacha que pudiera competir en belleza dignamente con Lolita, tampoco había por allí ¡y cuidado que no faltaban mozas capaces de entusiasmar al más descontentadizo! Pero la nacarada blancura del bellissimo rostro de Lola, el rubio pálido de su rica cabellera, el aire de su gentil y delicado cuerpo, y, sobre todo, la melancólica expresion

de sus grandes y azules ojos, eran privilegio exclusivo de la joven; detalles que aumentaban su natural belleza, dándole un encanto irresistible.

El cólera, en breves horas, había dejado huérfana á Dolores, que quedó en este pícaro mundo sin más amparo que el de Tomás, otro huérfano, casi de la propia edad de la joven, y al cual los padres de ésta prohibaron cuando era niño.

Tomás era la antítesis de Lola; alto, membrudo, moreno y de enérgicas facciones, era lo que se llama un buen mozo, con unos ojos muy grandes y muy negros; mas.... todo el mundo le tenía por un mal sujeto, y esta opinion, general en el barrio, no carecía de base.

El huérfano se había educado en el arroyo, y cuando llegó á ser hombre, los hábitos contraidos en la infancia le arrastraron por mal sendero. Mermaba cuanto le era posible la parte del jornal que entregaba á Lola para atender á las necesidades domésticas y, lo que era peor, muchas veces, antes de llegar á su casa, todo lo había gastado. Si en alguna ocasion la dulce Lola le reprochaba tímidamente su mala conducta, el joven, cuyo carácter era brusco, prorrumplía en denuestos y amenazas, aunque éstas nunca llegaran á vías de hecho.

Lola sufría con santa resignación las brutales maneras de su compañero de orfandad, y con su buen juicio siempre ponía término á las escenas borrascosas retirándose á su habitación para dar rienda suelta al llanto. Y allí, á solas con su pena, unas veces pedía á Dios fuerzas para soportar la vida, y otras, agobiada por el dolor, acariciaba la idea de acabar de una vez con tan amarga existencia.

Tomás nunca tuvo una palabra de afecto para la huér-

fana, y, sin embargo, tal es la maledicencia, que la vecindad murmuraba de aquella vida en común y la creía causa del desdén con que Lola miraba á todos los hombres. Pero se murmuraba quedo, muy quedo. Tomás era valiente, tenía muy buenos puños y muy malas pulgas, y, aunque á menudo ofendía á Dolores, hubiera arrancado la lengua á quien le hubiera lanzado el menor vituperio. Porque el huérfano amaba á Lola. Y cuando despertaba después de una noche de crápula sintiendo fatigados los miembros y pesada la cabeza, consecuencia natural de los excesos precedentes; reprochábase con energía su mal proceder y sentía que en su corazón aumentaban el cariño y la ternura. Si en tales momentos hubiera aparecido Lola hablándole al alma, Tomás habría llorado como un niño, pidiéndole perdón una y mil veces. Pero esto nunca ocurrió; jamás la huérfana se presentó en el cuarto de su hermano adoptivo. El jóven se levantaba, volvía de nuevo al trabajo, y al alejarse de Dolores se iban poco á poco evaporando sus propósitos de enmienda. Cuando regresaba al hogar, si había rendido culto á Baco, se reproducía la borrascosa escena; si no se había entregado á las libaciones, guardaba silencio, porque despechado, evadía plantear la cuestión que le roía las entrañas. Lola le inspiraba respeto entonces, y con su dulzura le hacía un daño horrible. Terminada la cena se lanzaba á la calle para ahogar en nuevas impresiones lo que tanto le atormentaba.

Tomás sentía deseo vehemente, imperiosa necesidad de algo, que no podía explicarse ni lograba determinar. Su imaginación forjaba informes quimeras, y el jóven corría desenfrenado en busca de lo desconocido, creyendo siempre realizar su ensueño y apagar su sed. Pero los

vapores del vino daban mayor impulso á su deseo, las impuras caricias le cansaban, y la indeterminada necesidad que sentía su alma, sobreponiéndose á todo, hacíase cada vez más insoportable.

Tal era la situación de los huérfanos, cuando la suerte llevó al mozo á las filas del ejército. La escasez de tiempo y de dinero limitó mucho la desordenada vida de Tomás, y la idea de que Dolores, entregada á sus propias fuerzas pudiera vivir en la estrechez, fué para él un martirio.

Un día halló la oportunidad de sustituir á un compañero á quien la suerte enviaba al otro lado del Oceano á combatir contra los enemigos de la patria. El padre de aquel soldado ofrecía quinientas pesetas por la sustitución.

—Acepto—pensó Tomás, inspirado por el deseo de mejorar con aquel dinero la situación de la huérfana.—El soldado puede hacer fortuna en la guerra.... Pero ¿y mi hermana adoptiva? ¿He de dejarla abandonada? ¡Ah! Para ella soy una carga, un tormento y no un alivio,—exclamó entrando en otro orden de ideas.—Juicioso creo, pues, alejarme de su lado. Le dejaré los dos mil reales y ¿quién sabe si podrá hallar un marido digno de ella?

Al llegar á este punto, Tomás sintió un estremecimiento é interrumpió su monólogo.

—¡Un marido!—repitió luego.—¿Por qué me hace daño esta idea? ¡Bah! Quiero á Lola como se quiere á una hermana, y nada más. ¿Qué me importa que sea de otro?

Sin embargo, al pensar que semejante hecho pudiera realizarse, me asalta, sin que yo sea dueño de evitarlo, un deseo vehemente de ahogar al hombre que se atreva á soñar siquiera el llamarla suya....

Y Tomás, al decir lo que antecede, miraba sus recias y musculosas manos y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

¡Sólo pienso disparates!—murmuró.—¡Estoy loco! Lola es muy hermosa, así lo dice todo el mundo y como todo el mundo lo reconozco yo... que también tengo ojos y buen gusto; pero jamás se me ocurrió mirarla como se mira á una mujer y si hoy lo hiciera... haría muy mal. Lola es mi hermana, mi hermana;—repitió cual si quisiera que la invocación de este dulce nombre ahuyentara de su corazón todo sentimiento que no fuera puro y fraternal.—Lola no puede amarme; siempre le he hecho daño y nadie mira con buenos ojos á su verdugo. Además, aunque así no fuera, aunque la bondad de su alma alcanzara á perdonarme ¿debo procurar la eterna desdicha de una mujer que es un ángel? Tengo vicios tan arraigados que mi voluntad es impotente para vencerlos y contra ellos se estrellan mis buenos propósitos; estos vicios han hecho de Dolores una mártir y de mí el enemigo de su tranquilidad. ¡Si pudiera enmendarme! Pero no, es imposible; mil y mil veces lo he querido y nunca han pasado muchas horas sin que el demonio haya anulado mi decisión..... Iré á Cuba, pelearé por España y haré tales cosas, que si está de Dios que vuelva á ver á Lola, ésta no reconocerá en mí al Tomás de hoy. Y ¿quién sabe si á mi regreso? ...

* *

Algunos días después, Lola y Tomás merendaban en una de las innumerables barracas que pueblan la pradera de San Isidro en la época de la romería.

Cualquiera, al acercarse á aquella pareja que podía causar envidia, se hubiera sorprendido de su silencio y

de su aire preocupado, cosas tan poco comunes cuando se trata de una linda muchacha y de un soldado español que meriendan en el campo.

Los bellos ojos de Lola expresaban aquella tarde más angustia que melancolía. Con frecuencia y á hurtadillas lanzaban miradas, que se detenían un instante en el moreno rostro del huérfano para ir luego á perderse en el espacio azul.

Tomás, por el contrario, parecía presa de agitación febril.

Cuando la merienda tocó á su término, Dolores, apoyando una mano en un brazo del jóven, preguntó de repente:

—¿Cerraste, por fin, el contrato?

—¿Cual?—dijo Tomás, como despertando de un sueño.

—Tu venta;—respondió la obrera con amargura.

—Sí;—murmuró el soldado sin darse por entendido de la intención con que la muchacha había subrayado la palabra «venta.»

—¿Y no hay manera de deshacer lo hecho?

—Sólo el poder de Dios puede impedir que se cumpla.

—¿Qué será de mí cuando te vayas?—interrogó de nuevo la huérfana, clavando sus dulces ojos en los de su compañero.

Este sintió el golpe en mitad del corazón; sin embargo, fiel á su propósito de dominarse hasta llegar al límite de la senda de regeneración que había resuelto seguir, replicó:

—Por ahora vivirás tranquilamente.

—¿Sola?

—Sola vives hoy; mañana.....

—¿Qué?

—Acabarás como casi todas.

—¿Cómo?

—Casándote; —dijo el mozo con indefinible acento.

—¿Eso me aconsejas?

—¿Qué otro consejo he de darte estando para partir?

Con el dinero que yo te deje podrás atender, por algún tiempo, á tu subsistencia. Eres buena, bonita y hacendosa y seguramente hallarás un buen marido. Yo voy á la guerra é ignoro cuándo y cómo volveré.... Pero aunque así no fuera ¿no comprendes que tarde ó temprano y con mi consejo ó sin él seguirás ese camino?

—¿Quién sabe? Hasta hoy no he dado oídos á ningún hombre.

—Será mañana, porque con tu palmito ninguna moza se queda para ponerle la corbata á San Antón.

La aparente indiferencia del soldado desconcertó á Lola, que no replicó. Incluyó la cabeza, como agobiada por alguna dolorosa idea y sus dedos hicieron girar lentamente sobre sí misma una de las dos copas que en la mesa había.

Tomás se recostó en la silla, cruzó una pierna sobre la otra, y frunciendo sus negras cejas fijó la mirada en un ángulo de la barraca.

De pronto la huérfana, aprovechando la abstracción del joven, sacó del bolsillo un papelito cuidadosamente doblado, lo ocultó en el hueco de la mano, y, en tanto que volvía á hacer girar la copa sobre su base, vertió en ella el contenido del papelito.

Densa palidez se extendió por el rostro de la obrera y un ligero temblor agitó sus miembros.

Transcurrieron algunos minutos.

Luego, Lola, como la persona que vuelve á la realidad de la vida después de haber dejado vagar la imaginación acariciando quimeras, lanzó un suspiro, se pasó la mano por la frente, y, poniéndose en pié, dijo:

—Tomás, vamos á que nos dé el aire.

—Vamos;—repitió el huérfano, saliendo de su abstracción.

—Tomaremos *la última copa*; —repuso la obrera, acentuando la frase con intención que pasó inadvertida para el jóven.

Este, sin replicar, echó vino en los vasos, tomó el suyo y presentó el otro á la muchacha, que lo cogió con visible agitación y lo apuró de un trago.

La gentil pareja salió de la barraca, andando sin rumbo fijo, y siguió adelante alejándose poco á poco é insensiblemente del bullicio.

Caminaban los jóvenes uno al lado del otro, hondamente preocupados y sin cambiar una mirada ni una frase.

El agudo sonido de los innumerables pitos y de las campanas, las voces de los vendedores y de los romeros, las inarmónicas notas que con furiosa precipitación lanzaban los organillos y el melancólico son de las gaitas y los pífanos fueron alejándose lentamente hasta que llegaron á oídos de la silenciosa pareja como un confuso rumor.

—Sentémonos—dijo de repente ella.

El alzó entonces los ojos y miró á su compañera; pero al ver la mortal palidez que cubría su hermoso semblante, exhaló un grito.

—¿Qué tienes?—exclamó.

—Nada, un mareo; descansemos un poco y pasará.

—No, Lola, tienes una cara que me dá miedo.... Algo grave te ocurre. .. Vamos á la casa de socorro.

—No seas tonto,—replicó Dolores, tratando de sonreír.—Es inútil.

—Pero ¿qué sientes?

—Nada; —repitió la jóven.

Y al mismo tiempo vaciló, como si la tierra faltara bajo sus plantas.

El soldado, entonces, rodeó con su nervudo brazo el flexible talle de la linda rubia, quien no pudiendo sostenerse se abandonó por completo.

—¡Lola!—exclamó aquél con angustiado acento.

Dolores fijó en el mozo sus grandes y rasgados ojos, y murmuró:

—Te vas... yo también me voy.

Estas seis palabras fueron para Tomás una revelación.

Aquel hombre, fuerte como una encina y de corazón inaccesible al miedo, sintióse débil como un niño y dominado por el terror. Lola, la angelical mujer á quien él había erigido un altar en su corazón; el sér que Tomás consideraba superior á los demás seres; la víctima de su brusco carácter y de sus vicios; la persona por quien se sacrificaba yendo al teatro de la guerra para regenerarse, con la vaga esperanza de hacerse digno de ella, lejos de odiarle, como él creía, le amaba así, vicioso y malo, hasta el extremo de no poder soportar su ausencia. ¡Y él, el mozo de educación perversa pero de fondo noble, era la causa de una enorme desdicha, acelerando el fin de una existencia, precisamente cuando para hacerla tranquila y llevadera jugaba la suya propia!

El jóven creyó volverse loco. Al darse cuenta de aque-

llas palabras, parecióle que en su cerebro se desgarraba un velo con espantoso crujido, y que de pronto le envolvían deslumbradores y ardientes rayos de sol que le abrasaban. Luego creyó que el velo se agitaba á impulsos de gigantesca mano, dándole alternativamente luz y sombra, fuego y frío: ora se sentía expuesto á los abrasadores rayos de aquel sol, ora sumido en las glaciales tinieblas del caos. Las sienes le latieron con inusitada furia como si su cabeza fuera á estallar. Al propio tiempo una tremenda sacudida conmovió todo su sér, y Tomás creyó que le arrancaban las entrañas. Dobláronse sus piernas, sus músculos se aflojaron y el mancebo cayó de rodillas, abandonando el cuerpo de su hermana adoptiva, que dió pesadamente en tierra.

La jóven, á quien el rudo choque hizo abrir los ojos, cogió una mano del huérfano entre las suyas, y oprimiéndola con cuanta fuerza pudo, murmuró con apagado acento:

—Tomás, esto concluye; yo no podía vivir más que á tu lado y alimentaba la esperanza de que algún día lo comprendieras..... Esta esperanza ha llegado á ser irrealizable..... Tú me lo has hecho ver Yo te hubiera procurado la felicidad que inútilmente has buscado hasta hoy..... Yo hubiera tratado de llenar el vacío que sentía tu alma..... Dios no ha querido que así sea..... Nunca has amado..... quizá llegues á amar..... Sé dichoso y si puedes llorar vierte una lágrima cuando recuerdes que la pobre Lola murió por tí..... y contenta..... porque..... con tu propia mano le has dado la última copa..... el veneno que la mata.....

Al llegar á este punto la infeliz no pudo sobreponerse á sus horribles dolores. Ya tenía las pupilas espanto-

samente dilatadas y parecía que los ojos iban á saltar de sus órbitas. Mas á pesar de que las convulsiones precursoras de la muerte sacudían con violencia su delicado cuerpo, retenía entre sus manos la mano de Tomás.

Este, que al principio había escuchado sin darse cuenta de lo que oía, fué recobrando el uso de sus facultades á medida que hablaba la moribunda, hasta que al fin lanzó un grito desgarrador, y asiendo á Lola por la cintura con el descompuesto ademán que hubiera empleado un demente, la levantó á su altura para verla cara á cara.

—Pero yo te amo—exclamó,—te amo como no podría amarte hombre alguno. Esta pasión estaba en el fondo de mi alma como el fuego en el seno de la tierra y una palabra tuya la ha hecho desbordarse con la impetuosidad del torrente de lava que brota asolador por el abierto cráter. ¿Por qué has pronunciado hoy esa palabra que hubiera sido ayer el paraíso? Pero ¿no me oyes? ¡Lola! ¡Lola! ¡Mírame! ¡Contéstame! ¡Yo no quiero que mueras, no, no quiero, no!.....

Y Tomás, ébrio de dolor, sacudía como un insensato el cuerpo de la jóven, que se agitaba con las últimas convulsiones. El tósigo que la desdichada había vertido en la copa, cumplía su misión destructora.

De repente el rostro de la muchacha se contrajo con espantosa mueca, y aquella cabeza, tan linda poco antes, se inclinó entonces lívida y horrible.

El huérfano sacudía aún el inerte cuerpo de Dolores, como si quisiera arrancarlo á viva fuerza de los brazos de la muerte. Luego dejó caer bruscamente el cadáver, desnudó el sable é inclinándose hasta tocar con los labios la cabeza de Lola, dijo con ronca voz:

—Por mí perdiste la existencia... vida por vida; al-

ma por alma.... ¡Juntos iremos á donde van los suicidas!

Y apoyando en el suelo la empuñadura del arma, junto al cuerpo de Dolores, dirigió la punta contra sí mismo y dió un vigoroso empuje....

Pocos segundos después el inanimado cuerpo de Tomás yacía atravesado sobre el esbelto busto de Lola y un chorro de sangre brotaba de aquel corazón que no había sabido despertar á tiempo.

LA MUERTE DE UN HÉROE

Selim, á pesar de su nombre, nó era turco, ni feroz como el hijo de Bayaceto, ni recordaba haber perdido la batalla de Lepanto.

Selim era simplemente un perrito de aguas.

Mas si considerado bajo el aspecto histórico no ofrecía nada de particular, como perro era monísimo, según decía su ama, Isabelita Lopez.

Sabido es que estos cuadrúpedos digitígrados tienen á veces una inteligencia superior á su raza.

¡Cuántos funcionarios hay, de orden público y privado, que se darían con un canto en los pechos si tuvieran la inteligencia de Selim!

Cuando en pleno invierno le despojaban cruelmente de la parte posterior de su natural vestido de blancas y rizosas lanas, de su hocico no salía un gruñido que pudiera traducirse por un grito de protesta contra las tiránicas exigencias sociales, en cuyo nombre le privaban de aquella parte de su indumentaria canina.

Cuando Antonia, la mofletuda gallega que ejercía en

la casa las funciones de *Menegilda*, le sumergía en el barrerío, y enjabonándole le frotaba casi hasta desollarle, ni un ¡ay! ni una queja del prudente Selim, llegaban á oídos de su amante dueña; el animalito comprendía que de aquellas gruesas y rojizas manos, algo más rudas que lo que él hubiera deseado, debía salir blanco como el armiño, limpio como el oro, y sin el mal olor que es peculiar del perro de baja estofa.

En cierta ocasión le hicieron un regalo. Un hermoso collar de níquel, harto pesado para sus escasas fuerzas y lo bastante ancho para dar á la cabeza del can cierto parecido con la de un cochero inglés de cara grande.

Tampoco entonces protestó Selim de la imposición de un adorno que paralizaba los movimientos de la parte esencial de su individuo.

Por el contrario, lució su collar con aire de satisfacción idéntico al aire con que Alfredito, el hijo del vecino del principal, lucía unos cuellos de inconcebible altura.

Y esto no era todo.

Selim no se limitaba á imitar á ciertos hombres; había casos en que les daba ejemplo.

Si como perro transigente y callado valía mucho, como can de corazón no tenía precio.

Amaba tiernamente á sus compañeros de domicilio, esto es: á Isabelita, á Telesforo, marido de ésta y cabeza de familia, y á Antonia, la rolliza maritornes.

—¡Ay Telesforo!—exclamaba alguna vez suspirando la sensible Isabel.

—¿Qué hay?—le respondía su cónyuge.

—Hay que cuando te conocí eras fino, atento y obsequioso, y ahora te has vuelto hurón, y hasta grosero.

Telesforo hacía un gesto de resignación y replicaba:

—Aprensiones.

—No, no son aprensiones. Tú deberías seguir el ejemplo de este sér, que es el único que me ama y me comprende.

Al oir esto, Selim apoyaba las patitas de delante en las rodillas de Isabel, y ésta depositaba un ruidoso beso en el pelado hocico del cuadrúpedo.

Telesforo sentía un estremecimiento, cogía el sombrero y se marchaba á la calle.

Un día, día memorable, se presentó una visita; un arrogante capitán de caballería, que fué novio de Isabel, cuando ésta no tenía perro.

Selim, al verle, se puso á ladrar furiosamente.

Telesforo, como casi siempre, estaba fuera de casa.

En vano trató Isabelita de aplacar la cólera del «único sér que la comprendía»; éste se mostró inflexible por vez primera en su vida.

Súplicas y amenazas, caricias y apretones fueron inútiles para contener aquel insólito desbordamiento.

Hubo necesidad de recurrir á un expediente supremo.

El bastón de Telesforo, blandido por la blanca mano de su esposa, se enarboló amenazador y terrible.

Selim agachó las orejas y, gruñendo en son de protesta, fué á esconderse debajo del sofá.

Restablecida la calma, empezó la conversación.

Quince minutos después, el diálogo se animaba *in crescendo*, hasta convertirse en vivo tiroteo.

De pronto se levantó Isabel.

Imitóla el capitán.

Hizo éste un brusco movimiento; las distancias se acortaron y.....

Un taco redondo y un gruñido se confundieron al resonar en el espacio.

El taco fué la expresión de dolor del capitán, en una de cuyas pantorrillas había clavado Selim los dientes con verdadera furia.

El gruñido fué el grito de indignación que lanzó el honrado can al ver aquel acto atentatorio á los derechos conyugales de Telesforo, derechos que él, Selim, trataba de mantener incólumes, defendiéndolos á dentellada limpia.

Quedó Isabel muda y paralizada.

Sacudió el capitán un formidable puntapié, que Selim recibió en pleno costado, y el malaventurado perro, como lanzado por una catapulta, salió por el balcón para ir á estrellarse en la acera.

El drama no había durado un segundo.

Cuando Isabelita, horrorizada, corrió al balcón para apreciar exactamente la magnitud de la catástrofe, vió un charco de sangre, en el centro del cual se destacaba algo blanco.

Este algo era el cuerpo de Selim, que se agitaba con las convulsiones de la agonía

En pié, cerca de él y mirándole impasible, estaba Telesforo.

El perro movía su pequeño rabo, como diciendo «adios» á este pícaro mundo.

Telesforo miró hácia el balcón para investigar la causa de aquel suceso. Su cara mitad, por encima de cuya cabeza asomaba la del capitán, explicó en pocas palabras la acometida, origen del puntapié....

No hay para qué decir, que el motivo verdadero del ataque quedó envuelto en el misterio.

El marido de Isabelita murmuró á guisa de oración fúnebre:

—Ese capitán ha venido del cielo para devolver á mi hogar la paz de que carecía.

Al oír esto, Selim fijó en su amo los moribundos ojos, y espiró.

¡Si Telesforo hubiera comprendido aquella mirada!



HISTORIA DE UN RETRATO

No há muchos años ofrecióme un amigo mío, aficionado á la pintura, hacer al óleo el retrato de un perro que yo tenía, soberbio ejemplar de la raza danesa.

Un domingo por la mañana, mi amigo y yo bajamos al Rastro, en busca de libros viejos, y al pasar por delante de una de las innumerables prenderías, llamóme aquél la atención para que viera un lienzo, muy deslavado, pero con bonito marco de talla.

Era el tal cuadro el retrato de un caballero que representaba cincuenta años, estaba vestido de frac, tenía cuidadosamente afeitado el rostro, y llevaba camisa con chorreras y alto corbatín, según prescribían las leyes de la elegancia, en tiempos de Martínez de la Rosa.

—Compra ese mamarracho,—me dijo mi amigo—y antes de ocho días la imagen de tu danés cubrirá la de ese caballero particular.

Parecióme bien la idea y, merced al desembolso de quince pesetas cincuenta céntimos, adquirí el retrato del desconocido caballero.

Sin embargo, un remordimiento me asaltó aquella noche, cuando en el lecho ya y próximo á entregarme al sueño, repasaba en mi memoria lo hecho durante el día. ¿Era lícito pintar un perro sobre el retrato de aquel buen señor que tenía la cara más bonachona que imaginarse puede?

Y á continuación ocurrióseme otra pregunta: ¿Quién era el original del retrato?

—¿Tienes empeño en saberlo?—dijo una voz que me produjo la sorpresa consiguiente.

Por involuntario movimiento dirigí la mirada al cuadro, que el camarero de la fonda había colocado en el suelo, apoyado en la pared, cerca de la entrada de mi habitación.

El caballero del corbatín tenía clavados en mí los ojos y sonreía con aire de burla.

La sorpresa me dejó paralizado y mi inopinado huésped, saliéndose tranquilamente del lienzo y moviendo los brazos, como quien se siente molesto por haber permanecido mucho tiempo inmóvil, se acercó á mi cama, tiró al suelo mis ropas, que yo había dejado encima de una butaca, y arrellanándose en ésta, después de lanzar dos ó tres exclamaciones de satisfacción, hablóme en los siguientes términos:

—No te asustes; lo que vés, aunque te parezca extraño, no ofrece para tí peligro alguno. Has manifestado deseo de saber quien soy y voy á decírtelo, á cambio de un gran servicio que puedes prestarme.

—Gracias;—murmuré por decir algo.

—Oirás cosas muy peregrinas;—añadió.

—Lo supongo.

—Cuando yo vivía en cuerpo y alma en este pícaro

mundo, que tanto os agrada á los que en él os encontrais, llevaba un nombre ilustre: me llamaba D. Alvaro García de la Puente y era conde de Peña Roja. Fuí diplomático, serví á mi patria y á mi rey y acabé mis días solo y olvidado.

—Suele ocurrir;—observé.

—No todos me olvidaron; que muy presente me tenían ciertos sobrinos lejanos, los cuales aguardaban impacientes la herencia que por mi muerte les correspondiera.

—Tampoco es nuevo el caso.

—Yo creía de buena fé en su cariño; de haberles conocido antes, como les he conocido después, (porque desde ese cuadro he averiguado muchas cosas) te aseguro que no me habrían heredado mis sobrinos.

—Lo creo;—afirmé.

—Queriendo hacerme un obsequio me regalaron el retrato que hoy has comprado por sesenta y dos reales.

—Y que usted agradecería.

—Sí, fuí imbécil hasta ese punto; ignoraba el fin que mis sobrinos perseguían, y desconocía la historia del lienzo que hoy es mi purgatorio.

—Pero si la pintura era mala,—dije—el marco no carecía de mérito.

—La pintura es un horror; me encocora verme tan feo... Y en cuanto al marco, entonces, como ahora, era viejo, sin llegar á ser antiguo. Y lo peor del caso no es esto,—añadió—sino que en este lienzo estamos tres personas, que no podemos sufrirnos, y por si no basta te propones agregarnos un perro.

—¿Tres personas?—exclamé.

—Sí, aquí, pegados á mi cuerpo, aturdiéndome los oi-

dos, hay dos personajes que no ves, que no oyes... ¡Dichoso tú! Son mi tortura...

Y el conde hizo un gesto de desesperación.

—En tiempos del buen Carlos IV —prosiguió diciendo, después de breve pausa— una mujer de mucha trastienda logró trastornar el seso á un oidor de Indias, que en galantear a la avisada jóven empleó una buena parte de las relucientes peluconas que había traído de México. Deseando contemplar á todas horas la imagen de su adorada, el oidor encargó al célebre Goya que la retratara; y pocos días después, este cuadro, con el marco que tanto te gusta, adornaba el despacho del enamorado personaje.

Pasaron los años, la dama, que al cabo logró echar la santa coyunda á su chichisbeo, murió, dando con su muerte un día de satisfacción á su esposo, que durante el largo periodo de vida conyugal había sido esclavo y mártir de su consorte.

El bueno del oidor, al quedar viudo, tuvo la feliz idea de llamar á un pintor y decirle:

—Hágame V. el favor de retratarme en ese lienzo, adornando mi cabeza con dos hermosas orejas como las del rey Midas.

—¿De burro?—exclamó el pintor.

—Sí, es lo menos que merezco; además, el verme así, me servirá de continuo aviso, para no reincidir en el matrimonio.

—Te diré, entre paréntesis—agregó el conde— que ese retrato puede servir para casi todos los viejos que se casan con mujeres jóvenes.

—Hay excepciones;—repliqué.

—Muy pocas. Pero si me interrumpes va á ser este el cuento de nunca acabar.

—Guardaré silencio.

—Por muerte del oidor, pasó el extraño retrato á poder de un coleccionista, cuya galería se vendió algunos años después, y el cuadro en cuestión cayó en manos de un primo mío, con quien yo estaba mal de relaciones. Heredáronlo sus hijos, los sobrinos que quisieron obsesquiarne en espera de mi herencia, y desde que sólo existo en ese cuadro mi martirio no cesa. La señora del oidor apostrofa continuamente á su marido, por lo de las orejas, y juega del vocablo, al tratar de tales adornos, en términos que hieren la dignidad del apostrofrado y le sacan de quicio; el bueno del Midas voluntario, que yo no sé lo que daría por librarse de todo género de apéndices en la referida parte de su individuo, reniega de la idea que tan oportuna le pareciera en otro tiempo y de su mujer, á la cual pone como chupa de dómíne; yo trato de calmar la furia de los cónyuges y estos se desatan en improperios contra mí...

Así estoy desde el año 33, en que dicen que pasé á mejor vida; ¡á mejor vida! ¡Vaya una frase hecha sin sentido común! ¿Qué sabeis, los que andais por este mundo sublunar, de la vida que le espera al que se va? Yo era feliz en mi casa de la calle de Atocha, gozaba de buena salud, tenía excelente cocinero y no peor apetito, y, como no llegué á casarme, vivía libre de molestias, en octaviana paz, sin hacer mal ni bien á mis semejantes.

—Vamos— dije sin poder contenerme—era usted un egoísta de tomo y lomo.

—Es posible; pero comprenderás que para castigo ya me basta con los años que llevo de existencia al óleo. Además ¿te parece decoroso que el pintamonas de tu amigo extienda la imagen de tu perro sobre un oidor de Indias, su señora y un título de Castilla?

—No, señor; lo confieso.

-- Confesión que te honra. Ahora me queda que pedirte un servicio.

Delo V. por hecho.

Entrégame á las llamas; mi matrimonio adjunto y yo preferimos pasar durante un rato el tormento del fuego á vivir eternamente juntos.

Probablemente soñaría yo todo esto; pero es el caso que no retraté á mi perro y quemé el retrato del caballero del corbatín.



FANTASÍA NOCTURNA

En aquella época vivía yo en una ancha calle formada por modernos edificios de altísimas fachadas, que vistas de lejos ofrecían el aspecto de enormes pliegos de papel de colores impresos en caracteres sanscritos ó chinoscos, según sus balcones eran corridos ó estaban separados.

A lo largo de las aceras, algunos desmedrados árboles, plantados á trechos regulares, levantaban tímidamente al cielo sus desnudas ramas, como pidiendo justicia contra la iniquidad que el municipio cometiera al condenarlos á morir por consunción, clavados en arena como palos de tendedero.

Enfrente de mi casa, algo á la izquierda, una larga valla de tablas pintadas de color plomizo cerraba la entrada de un solar.

Todas las noches al doblar la esquina de la mencionada calle, cuando iba á retirarme, atraía mi atención un punto luminoso, que brillaba en el costado de uno de los edificios contiguos al solar. Era una ventanita, que abier-

ta en la parda medianería, arriba, muy arriba, junto al tejado, más parecía estrella que se destacara en el obscuro fondo de un cielo tempestuoso, que agujero destinado á dar luz y aire á vivienda humana.

Aquella lucecita, que yo podía ver desde mi mesa de trabajo sólo con dejar abiertas las maderas del balcón, érame por todo extremo simpática.

¿Por qué brillaba durante la noche y sólo se eclipsaba absorvida por la claridad del día naciente? ¿Qué ser extraño se albergaba en la guardilla y pasaba las noches en vela, contra los usos y costumbres de las gentes que habitan en tales alturas?

No pasaba una noche sin que yo me hiciera mentalmente estas preguntas.

Una tarde del mes de Diciembre, hallábame junto al balcón, con la frente apoyada en los vidrios, contemplando la menuda lluvia, que caía sin cesar. Los árboles desprovistos de follaje, el cielo grís, el suelo oscurecido por la humedad, todo contribuía á dar melancólico tinte á mis ideas...

Un triste espectáculo vino á empeorar el deplorable estado de mi espíritu: un carro de lúgubre aspecto acababa de detenerse ante la casa fronteriza á la mía. El negro vehículo era el furgón municipal que llevaba al cementerio á los muertos rematadamente pobres. Dos hombres, cuyas trazas no eran más agradables que las del carro, aparecieron á poco conduciendo un mal cerrado ataúd de pino, embadurnado con pintura negra tan deslavazada, que resultaba cenicienta.

Como si manejaran la más corriente mercancía, metieron aquel cajón en el depósito, y el furgón se puso en marcha.

Nadie escoltaba el fúnebre convoy, lo que daba á entender que el desdichado para quien había dejado de ser un arcano el pavoroso problema del más allá no arrancaba lágrimas de dolor al partir de este mundo miserable.

Apartéme del balcón pensando en las vanidades y miserias de la humauidad; en los hombres que cubiertos con la armadura de oro, fuerte y resistente en las luchas de la vida, pretenden que aquélla defienda también sus miserables cuerpos, cuando obedeciendo á las inmutables leyes de la naturaleza, vuelven al seno de la madre tierra...

¡Vanidad de vanidades! ¡Suprema manifestación de la soberbia y de la pequeñez humanas!

Filosofando tristemente sobre este tema, salí á la calle en busca de algo que disipara mi melancolía...

Pero no lograba desterrar de la memoria el negro furgón que iba rodando hácia el cementerio del Este, al través de la menuda lluvia...

Al regresar á mi casa y á la hora de costumbre alcé maquinalmente los ojos buscando la lucecita; extraño sacudimiento me conmovió. Ningún punto luminoso interrumpía la uniformidad que las sombras de la noche daban al gran lienzo de pared.

Subí á mi cuarto y me dispuse á trabajar. En vano. Mi vista, pasando por los claros vidrios del balcón, obstinábase en descubrir la ventanita iluminada.

¿Tendría relación la fúnebre escena de aquella tarde con la desaparición de la lucecita?

Una voz interior me decía que sí.

No era posible dudarlo.

En la miserable guardilla vivía una pobre anciana acabada por los años, las penas y las privaciones. Una

linda jóven, su única hija, el solo sostén de su vejez, consumía la existencia para prolongar los contados días de la desventurada madre.

La luz misteriosa que yo veía desde mi cuarto alumbraba á la encantadora niña, que velaba toda la noche para asistir á la enferma y para terminar la labor que debía convertirse en pan al día siguiente.

Pero la naturaleza tiene leyes ineludibles.

Las constantes vigiliass, el perpétuo trabajo, escasa fuente que suministraba gota á gota lo absolutamente indispensable para prolongar la agonía de las dos mujeres, tuvo su fin inevitable.

La jóven, agobiada por los continuos esfuerzos, cayó enferma, y el hospital la recibió casi al propio tiempo que la anciana lanzaba el último suspiro...

Yo necesitaba encontrar á aquella víctima del amor filial, ayudarla con mano fuerte, salvarla de mil peligros inminentes y de otros tantos, no menos terribles, que la soledad y el abandono la procurarían...

Ninguna noche me ha parecido tan larga como la que pasé entregado á estas lucubraciones.

La luz del alba fué poco á poco disipando las sombras nocturnas. ¡Con cuanta lentitud amanecía!

La puerta de la casa que atraía mis pensamientos se abrió por fin y apareció en su umbral la casi esférica figura de la portera.

Acto continuo me puse el sombrero, embocéme en la capa y me lancé á la calle como una bomba.

--Buenos días--dije encarándome con mi obesa vecina.

--Felices, caballero--me respondió.

--Quisiera pedir á usted un pequeño servicio.

—Usted dirá —profirió mirando con curiosidad mi cara de espiritado.

—¿Ayer murió una persona en esta casa?

—Sí señor.

—¿Y... su hija? —pregunté temblando.

—¡Su hijaaa! —repitió la portera abriendo mucho la desdentada boca. —No la conozco.

—Entonces, ¿con quien vivía?

—Solo.

—¿Eh? —esclamé sobresaltado.

—El muerto era un viejo mendigo que pedía limosna en la puerta de las iglesias, y no sé que tuviera hijos.

—Pero la lucecita que yo veía siempre en la ventana de una guardilla... —repliqué asiéndome á la última esperanza.

—¡Ah, ya caigo! —repuso la portera riendo á carcajadas mientras yo la contemplaba atónito. La lamparilla que el viejo encendía á San Pascual Bailón, que dicen que avisa tres días antes de morir.

Al llegar á este punto mi amigo Enrique dió por terminada su narración.

—¿Y la hija modelo que se sacrificó por la anciana enferma? —le pregunté.

—Fué pura fantasía, que aquella noche hicieron surgir en mi mente el recuerdo del carro fúnebre y el eclipse de la misteriosa lucecita.

¡INCLUSERO!

Los juntó la terrible fuerza de la pasión ó del apetito brutal, que á veces arrastra al crimen á los séres desequilibrados. La saciedad los apartó más tarde. Cooperaron en la sombra para la realización de la irreparable falta, que había de traer en pos una vida de amarguras; en la sombra, también, debieron de llevar á efecto la infame acción, digno coronamiento de tal obra.

Ella quizá pagaría su extravío, como muchas, siendo arrebatada por el insaciable vórtice del fango social, que sólo devuelve sus víctimas para lanzarlas sobre el frío mármol de una mesa de disección; él, acaso al sacudir de sus vestidos el polvo de las áulas, sacudió también el recuerdo de lo pasado.

Esto era todo lo que Pepín podía colegir acerca de su origen, cuando, en las penosas horas de tristeza pasadas en el hospicio, torturaba su mente, tratando en vano de levantar una punta del tupido velo que ocultaba su historia.

¡Su historia! He dicho mal; ésta era harto conocida

de Pepín: páginas monótonas, escritas con caracteres de plomo, que pesaban sobre el corazón del pobre huérfano, y de un color gris uniforme, en el cual no se veía el más ligero tinte róseo, que es el color de la infancia.

La historia de un niño sin madre; sufrir, no tener una alegría que ensanche su corazón, ni una mano cariñosa que le acaricie, ni una inteligencia que le comprenda, ni un sér á quien amar, ni un ejemplo que desarrolle sus sentimientos...

Es decir, vejetar padeciendo hasta que se extinguen los gérmenes morales.

.....
Un día brilló un rayo de luz en el sombrío horizonte de la vida de Pepín.

El maestro de trompetas de un regimiento había encontrado utilizable al muchacho y le había escogido para incorporarle á la banda.

¡Qué alegría experimentó el desdichado pária cuando se vió con su vistoso uniforme, su sable y su caballo blanco!

¡Qué placer hallarse rodeado de caras alegres, de jóvenes que reían y bromeaban; encontrarse en un mundo desconocido, completamente nuevo!

Pero, sobre todo, el colmo de la dicha era el caballo blanco; el primer sér viviente que Pepín podía acariciar á sus anchas y creer que recibía con satisfacción sus caricias.

Así pasaron muchos meses.

El niño se convirtió en adolescente y casi llegó á olvidar su triste origen.

Pepín, como la mayor parte de los chicos, tenía decidida afición á las golosinas y con este motivo frecuentaba

un *puesto* que en las inmediaciones del cuartel tenía una vendedora de rosquillas.

En sus repetidas visitas tuvo ocasión de conocer y tratar á Amalia, la hija de la vendedora; una jóven de la propia edad del trompeta, morenita, ni guapa ni fea y de aspecto vulgar pero con unos ojos negros que produjeron un incendio en el corazón de Pepín.

Este, al principio, guardó el secreto de su nascente amor; anduvo pensativo y cabizbajo y aumentó considerablemente las caricias y la ración de rosquillas con que obsequiaba á su caballo blanco. ¿Por qué? Quizá el trompeta consideraba las silenciosas demostraciones de afecto que hacía al animal como una especie de expansión.

Pero como su alma y su temperamento estaban hechos para amar y amar mucho, y el primer amor es el que más hondo hiere, Pepín no esperó largo tiempo para explicar como pudo á la jóven Amalia lo que por ella sentía.

A partir de entonces una nueva vida comenzó para él.

Amando y siendo amado, la existencia se presentaba á sus ojos como felicidad sin fin, sembrada de nuevos y misteriosos encantos.

Ya se veía el trompeta convertido en maestro de banda, casado y mil siglos distante del hospicio y de sus penas de expósito.

Un día se hallaba en agradabilísima conversaci3n con Amalia, en la casa de ésta, cuando entró la madre de la joven y preguntó de repente al muchacho:

—Pepe ¿crees que tus padres darán permiso para que te cases?

El eco de aquella voz fué para el mísero Pepín el de la trompeta apocalíptica llamando á juicio.

Cien ideas contrarias surgieron de pronto en su cerebro, torturándole de modo indescriptible; el infeliz se sintió como atacado por violenta fiebre, frío sudor humedeció la raíz de su rubio cabello y á los azules ojos asomó la expresión del terror que semejante pregunta había despertado en su alma.

Hizo, sin embargo, un gran esfuerzo, y procurando aparecer sereno, respondió jugando el todo por el todo:

—Nada les he dicho todavía, pero estoy seguro de que no se opondrán.

La vendedora dió dos pasos hácia el trompeta y poniéndose en jarras, fija en él la mirada, que revelaba odio y sarcasmo á un tiempo, dijo lentamente para saborear mejor el efecto que sus palabras producían:

—Así tenías que sér, falso y mentiroso. ¿Crees que no lo sé todo? Pues te equivocas. Te he interrogado porque quería probarte; ya sé de qué eres capaz y qué intenciones te traen. Así, pues, no hablemos más; ahora mismo te marchas á la calle. Y cuidado como vuelves á aparecer por aquí, si no quieres que dé parte al coronel ó haga otra cosa peor. Y tú, Amalia—añadió dirigiéndose á su hija—ten cuidado también; si le vuelves á mirar, te mato ó te echo de mi casa como á él.

El trompeta se había puesto en pié, y con los ojos muy abiertos y las mejillas tan rojas como si por ellas fuera á brotar sangre, permanecía inmóvil y sin acertar á pronunciar una palabra; parecía que estaba á punto de caer víctima de una congestión cerebral.

La madre de Amalia prosiguió, dirigiéndose á Pepín:

—¿Podías figurarte ¡granuja! que iba yo á deshonorar á mi familia, admitiendo en ella á un inclusero? ¡Ja ja! Todavía no hemos lajado tanto.

Y viendo que el jóven no se movía, repuso:

¿Qué esperas? ¡Ea, márchate!

Pepín estaba aterrado. Se dirigió vacilante hácia la puerta; al llegar al umbral se detuvo é intentando un supremo esfuerzo quiso hablar:

—Señora Antonia,—dijo—le juro á us...

¡Lárgate! ¡Inclusero!—exclamó la vendedora sin dejarle concluir la frase.

Y dándole un empujón, que casi le hizo perder el equilibrio, cerró de un golpe la puerta.

El desdichado Pepín permaneció durante algunos minutos en la acera sin darse cuenta exacta de la situación; su cabeza era un caos. Por fin se arrancó de aquel lugar, y, andando lentamente, se dirigió al cuartel.

Los oídos le zumbaban; del tropel de ideas que bullían en su mente sólo se destacaba la palabra «inclusero», repitiéndose implacable, horrible y abrumadora...

Cuando llegó al cuartel acababan de tocar llamada de banda; Pepe descolgó su clarín, limpio y brillante como el oro, y se metió en la fila.

Poco después la banda salió á la puerta; dió el maestro la señal y las vibrantes notas del toque de retreta se esparcieron por el aire. Pero, cosa extraña, parecióle á Pepín que la potente voz que lanzaban aquellas bocas de metal, repetía:

«¡Inclusero! ¡Inclusero!»

Después, cuando al toque de pienso fué á la cuadra, miró con más ternura que otras veces al caballo blanco, y algunas lágrimas brotaron de sus ojos, al acariciar la inteligente cabeza del cuadrúpedo.

Quizá en tales momentos pensó Pepín que para aquél no era un delito su orfandad.

Echóse luego, sin probar bocado, en su estrecho jergón, y trató en vano de conciliar el sueño.

Si cerraba los ojos veía siempre trazada con caracteres de fuego la horrible palabra «¡Inclusero!»; si los abría, el espectáculo de sus compañeros, que dormían tranquilamente, hacíale pensar que cada uno de estos tenía una madre que le amaba, un padre honrado que le daba su nombre, y él, Pepín, era quizá el único entre todos, que no tenía más cama que la que el Estado le ofrecía temporalmente.

—¡Inclusero!—decía—¿tengo la culpa de serlo? ¿Se me ha dado á elegir estado? ¿Se me debe creer un pícaro porque mis padres no fueron honrados? ¿Debe existir una ley tan absurda que me haga responsable de las faltas que otros cometieron y no puedo remediar? No;—contestaba á cada pregunta.—Y sin embargo me desprecian y me arrojan como á un perro sarnoso...

La palabra fatal continuaba resonando en su oído y el desdichado trompeta no hallaba medios de coordinar sus ideas.

Nadie, hasta entonces, se había tomado la molestia de derramar en aquella alma las claras teorías de una moral sana, que llegara al fondo, y por tanto, la aberración de aquel espíritu enfermo se acentuaba por instantes.

Pepín consideraba imposible su dicha en la tierra, creía que, en lo sucesivo, cada persona que con él se cruzara en la calle le lanzaría al rostro la terrible palabra, y la idea de volverla á escuchar causábale terror indecible.

Sentía el vacío en su derredor y la imposibilidad de llenarlo le daba miedo.

Por la mañana se levantó con los párpados hinchados y enrojecidos por el llanto y el insomnio, y miraba con temor á sus compañeros de armas.

Cualquiera, al verle y observar lo incierto de su mirada, habría creído que Pepín era víctima de un ataque de enagenación mental.

Y acaso hubiera acertado, puesto que á las nueve de la mañana, una detonación puso en alarma al regimiento, y al acudir apresuradamente algunos soldados al lugar de donde aquella había partido, hallaron á Pepín tendido en su cama, exánime.

Las manos del cadáver estrechaban entre sus crispados dedos el cañón, aún humeante, de una tercerola, y al lado se veía un retrato del infeliz trompeta con esta dedicatoria:

«A Amalia, para que recuerde siempre á
El Inclusero.»



LA LOCA

Indolentemente recostado en cómoda butaca, contemplaba yo al través de la doble vidriera de mi ventana la nieve, que en espesos copos caía.

La primaveral temperatura que reinaba en la estancia, merced al acierto con que los rusos disponen en sus habitaciones los aparatos de calefacción, hacía-me mirar con melancolía el cielo gris de San Petersburgo y el respetable número de grados bajo cero que acusaba el termómetro colocado en la parte exterior del marco de la vidriera.

La imaginación, obedeciendo á mi voluntad, salvaba las distancias, y con los ojos del deseo veía yo la hermosa Andalucía con su cielo sin igual y sus alegres paisajes salpicados de vivas notas de colores, que la clara luz del sol hacía resaltar con armoniosa riqueza de conjunto; ya creía sentir el suave aroma del naranjo y del romero; parecíame que los pulmones se ensanchaban respirando el ambiente tibio y perfumado de los campos de mi país, y mi espíritu concebía nuevos y misteriosos deseos de di-

chas inefables, como el vago anhelo que extremece á la juventud al aparecer la primavera...

Sin darme cuenta de ello comenzaba á experimentar los síntomas de la nostalgia.

Cuando mayor empeño ponía en dar vida á los recuerdos, revistiéndolos, para sentirlos mejor, con las galas más bellas que á mano encontró mi fantasía, llegaron á mi oído, algo amortiguados quizá por la distancia, los acordes de una guitarra.

La descarga de una pila eléctrica no me habría producido más fuerte estremecimiento que la vibración de aquellas cuerdas, eco de mis pensamientos y recuerdo de mi patria.

El instrumento andaluz por excelencia, tañido por hábiles dedos, lanzó las primeras notas de las seguidillas gitanas.

Acto seguido dejóse oír, dulcísima é impregnada de sentimiento, la voz de una mujer que cantaba maravillosamente.

Yo escuchaba atónito la música, en la que iban en vueltas palabras de amor hondo, inagotable; del amor que sólo se extingue con la vida. Aquel canto semejaba al principio tierno arrullo, después vibró robusto é imponente, como el salvaje rugido del león que se dispone á la lucha; luego se trocó en ayes de dolor, en quejas de inabarcable pena y parecía que en cada nota palpitaba un pedazo del corazón de la cantante...

Con la postrera claridad del día se extinguió la última vibración de la música.

¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué cantaba? ¿Por qué estaba en San Petersburgo?

Para satisfacer mi natural curiosidad quise conocer á la misteriosa cantante.

Venciendo no pocos obstáculos logré que por la noche, después de la comida, me permitiera ofrecerla mis respetos.

A las nueve, un criado se presentó en mi cuarto y me dijo:

—La señora condesa del Encinar le espera.

Me apresuré á seguirle; iba á conocer á aquella mujer extraña.

Confieso, aunque se me califique de pueril, que mi corazón palpitaba con violencia, cuando el criado, alzando la cortina, me anunció, y que penetré en las habitaciones de mi misteriosa vecina con cierta cortedad.

La dulcísima voz hirió de nuevo mi oído:

—A nadie recibo, caballero;—me decía la condesa—pero es usted español, andaluz, y he querido hacer una excepción.

—Que me honra y agradezco cordialmente;—agregué al mismo tiempo que examinaba á mi interlocutora.

Esta era alta, osbelta, y se hallaba en toda la fuerza de la juventud y de la belleza; pero era extraña belleza la suya. Advertíanse á primera vista los rasgos característicos de la raza gitana y en su porte y en su traje, que era de riguroso luto y extremadamente sencillo, se notaba una distinción que hacía singular contraste con el tipo, aunque armonizaba con el nobiliario título que ostentaba la mujer.

Mi curiosidad crecía.

Después de algunas circunlocuciones que creí del caso, planteé la cuestión que allí me llevaba.

La condesa sonrió tristemente y me dijo:

—Es una historia muy sencilla la que va usted á oír. Soy gitana y nací en Sevilla. Huérfana en tierna edad,

fuí prohijada por una buena mujer, amiga de mi madre. Conmigo entró en la casa la desdicha. Mi padrino, que era tratante en caballos, murió asesinado en una feria, no sé por quién; la miseria vino con la muerte del marido de aquella buena mujer, y las penas y las lágrimas y las privaciones dejaron ciega á la que me sirvió de madre.

Compadecido de nuestra suerte, un vecino habló al dueño de un café de *cante*, para que me contratara, y yo, deseando pagar algo de lo mucho que debía á mi madrina, acepté con júbilo.

Logré fama; mi voz, mi estilo y mi... belleza ¿por qué no he de decirlo? atrajeron numeroso público al establecimiento y empezó mi calvario. Insidias, declaraciones, proposiciones que me repugnaban... de todo sufrí: mas de nadie hice caso, porque yo sólo podía ser del hombre que cautivara mi corazón.

Y este llegó. Un jóven acudía todas las noches á oírme, á mirarme; venía siempre solo, jamás me había dirigido la palabra, pero sus ojos buscaban constantemente los míos. Aquel jóven era el conde del Encinar, que había concebido por mí una pasión insensata.

Al fin me habló; breve fué la entrevista. Loco, me ofreció su mano, que al principio rehusé, pero que hube de aceptar constreñida por él y por mi corazón.

Cediendo á mis ruegos nos casamos en el extranjero; yo era pura, pero era gitana y había sido *cantaora* y no quería avergonzar á mi marido obligándole á vivir donde todos me conocían. Viajamos, viajamos mucho; quise instruirme, educarme, atesorar condiciones que dieran á mi Gonzalo toda la dicha que yo le deseaba y él merecía...

Vinimos á esta fonda; Gonzalo cayó herido de muer-

te por traidora enfermedad... Venga usted aquí, á esta alcoba. ¿Ve usted esta cama? En ella murió. ¿Esta silla? Sentada en ella pasaba yo horas muy dolorosas, viendo como se extinguía una vida que era mía, como se acababa un sér que de mi sér era parte. Soledad—me decía—canta, canta, tu voz me hace mucho bien.—Y yo, bebiendo mis lágrimas, tomaba esa guitarra, que él me regaló en tiempos felices, y exhalaba con mis cantares el amor que ardía en mi alma y el llanto que no debía asomar á mis ojos para que Gonzalo no lo viera...

Y murió; quiso morir escuchándome...

Por eso paso aquí la existencia. Día y noche ruego á Dios por él; al caer de la tarde, á la hora en que por última vez deseó oirme mi Gonzalo, canto como canté para él la vez postrera.

Desde entonces, siempre que oigo las seguidillas gitanas pienso con respetuosa ternura en *La loca*, como llamaban en la fonda á la condesa del Encinar.



UNA APUESTA

I

Cuando Angustias salía á la calle, vecinas y vecinos la seguían con la mirada; las primeras con la envidia en el corazón y los segundos... los segundos como los hombres miran á una moza de las condiciones de Angustias.

¡Qué real hembra era la muchacha!

Tenía unos piés muy menudos y unos ojos muy grandes; la cintura, flexible como un junco, sostenía un busto escultórico, y encima de aquella bendición de Dios, coronando la cabeza más bonita «que han visto los nacidos», una cabellera magnífica, negra como el ala del cuervo y peinada con gracia inimitable.

En cuanto á cualidades morales, Angustias debía de ser un dechado de perfecciones, puesto que las comadres del barrio, lejos de murmurar de la jóven, se hacían lenguas siempre que de ella se trataba.

A pesar de que tan linda moza se hallaba en este pícaro mundo «sola como la una de la noche», y no obstante los muchos hombres que entusiasmados por tanta

belleza le habían dicho «por ahí te pudras», nadie la conocía amores ni quebraderos de cabeza.

Cuando salía del taller donde trabajaba en la calle de Valverde y sus menudos piés moviéndose de prisa repi-queteaban en las baldosas de la acera los tacones del modesto calzado, los hombres, sin distinción de clases, la disparaban á quemarropa una descarga cerrada de piropos; pero ella, envuelta en el mantón de *pelo de cabra*, que llevaba con singular donaire, se ponía muy colorada, bajaba púdicamente la cabeza y apresuraba el paso para librarse pronto de sus importunos admiradores.

II

Todo tiene fin sobre la tierra y la esquivéz de Angustias también le tuvo.

Cierto día, á la hora en que solía ir á su casa á comer, la casualidad dispuso que un jóven rubio, de porte distinguido y enfermizo aspecto, se cruzara en el camino con la encantadora obrera. Verla, dar media vuelta y ponerse en su seguimiento, fué obra de pocos segundos.

Con descaro absolutamente madrileño, el jóven se acercó á Angustias y comenzó á decirle primores; la costurera, como tenía por costumbre en casos tales, inclinó la cabeza y apresuró el paso.

La timidez de la muchacha sólo sirvió para animar á nuestro tenorio callejero, que subió un tono en el diapasón de los requiebros. Y de esta suerte, él agotando el repertorio de frases incendiarias y ella guardando silencio, llegaron á una casa de la calle de Cabresteros, en cuyo portal penetró Angustias.

Cuando, terminada su frugal comida, salió para volver á la calle de Valverde, lo primero que se ofreció á su vista fué el jóven rubio, que á pié firme aguardaba en la acera.

Por espacio de muchos días, cada vez que salía de casa ó del obrador, hallaba invariablemente al desconocido chichisveo, que, variando la forma, le pintaba con apasionadas frases el amor que amenazaba con trastornarle el juicio. Y aquella muger, cuyo corazón se mantuviera hasta entonces invulnerable á los dardos de Cupido, por vez primera sintió que las ardientes frases despertaban eco en su alma.

III

—Es inútil que insistas, Eduardo; no voy al baile.

—Tu negativa es injusta, Angustias. En tres meses que llevamos de relaciones ¿has visto en mí algo que no te inspire confianza?

—No, creo que me quieres, pero hay en el fondo de mi corazón un temor vago...

—Quimeras, ¡tonta!

—No, Eduardo. Mi amor es un goce y un suplicio; un goce, porque dices que me quieres; un suplicio, porque el porvenir me espanta.

—¿Por qué temes á lo futuro? Mañana yo sabré hacerle olvidar con mi cariño tus sufrimientos de hoy; viviré para tí... pero soy un poquito exigente y quiero que para mí vivas. Dentro de poco, no lo dudes, nos casaremos, pese á quien pese. ¿Qué me importa lo que diga el mundo envidioso de mi dicha?

—Sí, pero entre tanto mi honra...

—Tu honra está bajo la protección de la mía, puesto que me considero como si ya fuese tu marido.

—Todavía no lo eres y la murmuración...

—Lo que te pido no dará pábulo á ella; además puedes ir de máscara al baile... Y, sobre todo ¿no crees, An-

gustías, que el hombre que al unirse contigo arrostrará las censuras y las murmuraciones de la clase á que pertenece; el que por tu amor quiere hacerse superior á necesidades, pero generales preocupaciones, tiene derecho á exigirte algún pequeño sacrificio? Hay momentos en que me haces dudar de tu cariño.

—No dudes y perdóname. Eres el primero que ha sabido despertar el amor que en mi alma dormía, y te quiero mucho, tanto, que me dá miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Si fueras traidor, como dicen que son los hombres, si tu afecto, este afecto que es mi vida, llegara á faltarme... no sé lo que haría; creo que me volvería loca, porque la idea, no más, basta para darme escalofríos.

—Desecha vanos temores y fía en mí. ¿Vendrás al baile?

—Puesto que tu honor guarda mi honra y tengo fé ciega en tí...

—¡Benditas seas!

IV

«Querido Ramón: pasado mañana tendré el gusto, de
»dar á mis amigos, en la Alameda de Osuna, el almuerzo
»prometido.

»Esto quiere decir que has perdido los mil duros que
»tuviste la debilidad de apostar por la Lucrecia de la calle de Cabresteros.

»Créeme, ya no hay virtudes romanas. ¿La prueba?
»Búscala esta noche en Fornos, donde á las tres en punto
»te aguarda

Eduardo.»

Más hermosa que nunca estaba Angustias aquella noche. Llevaba un soberbio dominó de encages, regalo de Eduardo, y su rostro, animado por la excitación del baile, las copas de champaña que el jóven la había hecho beber y el calor producido por el antifaz, aparecía verdaderamente tentador. En él se advertía, sin embargo, una nube de tristeza. Eduardo, quizá para animarse, se había excedido en las libaciones y traspasó, en alguna ocasión, los límites en que Angustias creía que un hombre digno y amante debía contenerse. Y esto la había mortificado. Mas como el corazón que ama siempre se encuentra dispuesto á la indulgencia, sobre todo si se trata del sér amado, la hermosa obrera atribuyó al vino francés lo sucedido y guardó sus quejas para ocasión más propicia.

Dispuestos á cenar y sentados á la mesa en un gabinete del entresuelo de Fornos, Eduardo devoraba con los ojos á Angustias, quien con aire de resignación sufría lo que en su buena fé calificaba de exceso de alegría de aquél. El jóven, por su parte, dominado á pesar suyo por la manera, digna y noble, como ella se conducía, no osaba reincidir en las inconveniencias...

Tal era la situación en que se hallaba la pareja, cuando la puerta se abrió dando paso al amigo citado por Eduardo, que llegaba acompañado de los tres ó cuatro futuros comensales del almuerzo en la Alameda de Osuna.

Eduardo se puso de color de escarlata; Angustias lanzó un pequeño grito y trató de cubrirse el rostro con el antifaz; los recién llegados, al ver la confusión de los dos amantes, lanzaron una carcajada.

En tanto que el que venía atrás daba orden al camarero de aumentar el número de cubiertos y el de botellas, Ramón decía alegremente:

—No hay por qué asustarse, buena moza. Te felicito, Eduardo; eres el bribon más afortunado que conozco.

El aturdido Ramón, sin parar mientes en el efecto que su presencia producía, al ver que nadie respondía á sus bromas, se dirigió á Angustias, diciendo al mismo tiempo que la presentaba la mano:

—Mil duros me cuesta el placer de cenar con usted; pero no soy rencoroso, sobre todo con las mujeres bonitas, y el gusto de estrechar su mano me hará olvidar el desembolso.

—¡Eduardo!—exclamó la obrera.—¿Qué dice este hombre?

—No le hagas caso,—respondió aquél, tratando de echar el asunto á broma.—Se le ha subido el vino á la cabeza y le da por ser galante.

—¡Un demonio!—replicó Ramón, que, en efecto, no tenía la cabeza muy firme.—Tú has logrado la suerte envidiable de hacer la conquista ¿no es así? Pues yo aspiro á la estimación que esta señorita me otorgará tan pronto como sepa lo que me cuesta la alta idea que tenía de su virtud.

—¡Eduardo!—repitió la jóven levantándose para alejarse de Ramón.—¿Permites esto?

—Ramón,—dijo aquél—te ruego que tengas juicio.

Eres demasiado egoísta, querido, soy acreedor á la gratitud de Angustias y no obro mal pidiendo que se reconozcan sus derechos.

La osadía de Ramón, sus extrañas palabras y la dudosa actitud de Eduardo, hiriendo muy hondo á la jóven,

obrero, tuvieron el poder de extinguir su timidez; aguijonada por una sospecha terrible sintió hervir en sus venas la sangre manola, y transfigurándose, irguiéndose con bravura de que nadie le habría creído capaz, dijo:

—Explíquese usted claro si hemos de entendernos.

Eduardo, que presentía una escena borrascosa, exclamó dirigiéndose á Ramón:

—¡Calla!

—Hable usted,—repuso Angustias.

—¿Pero no se entienden ustedes?—preguntó el recién llegado, que empezaba á impacientarse.

—De todo en todo;—afirmó la obrera.

—Pues entonces, Eduardo, ¿qué mal hay en que Angustias sepa que has apostado conmigo mil duros á que la hacías tuya?

El rostro de la jóven se tornó de púrpura; de sus ojos brotaron dos lágrimas que debieron de abrasarle las mejillas, y acercándose á Eduardo, que permanecía sentado, le dijo con reconcentrado acento:

—Dile á ese hombre que miente, que no he sido tuya.

—Jóven,—replicó con aspereza el increpado,—Ramón de Arévalo podrá haber sido engañado, pero nunca ha mentido.

Y pronunciando estas palabras, puso ante los ojos de Angustias la carta reveladora.

Al leer aquellas líneas, que delataban en toda su extensión la infamia del hombre á quien amara con fé ciega, la obrera, con la mirada extraviada y las yugulares hinchadas como si fueran á estallar, sacudió por un brazo á Eduardo, diciéndole con desesperación:

—¡Canalla, defiende mi honra, que está en tus manos!

Aturdido por el inopinado aspecto que la escena to-

maba, y no sabiendo qué decir, Eduardo intentó dominar la situación haciendo un alarde de cinismo:

—No escandalices,—dijo—te daré esos mil duros para que salgas de Madrid.

Angustias lanzó un grito inarticulado, y, con movimiento tan rápido que nadie pudo impedirlo, empuñó uno de los cuchillos que había en la mesa y lo clavó hasta el mango en el cuello de Eduardo.

Este cayó desplomado.

La obrera le contempló un momento con aire estúpido; después lanzó una horrible carcajada.

Había perdido el juicio.



DE LO VIVO Á LO PINTADO

Era el día 2 de mayo; dos jóvenes de porte distinguido subían tranquilamente por la carrera de San Jerónimo, después de haber presenciado la solemne entrega de las insignias de Agustina de Zaragoza y de haber pasado revista á las innumerables caras bonitas que habían encontrado en el Prado.

—¿Qué te ocurre, Alfonso?,—preguntó uno de ellos á su compañero.—Se diría que estás bajo la presión de una idea desagradable; hace un cuarto de hora que andas cabizbajo y sin despegar los labios.

—Nada me ocurre—respondió el interpelado haciendo un visible esfuerzo para sonreír.—La ceremonia que hemos presenciado ha lanzado mi imaginación por los campos de lo pasado y evocaba en mi memoria...

—¿La epopeya que los madrileños realizaron en 1808?—le interrumpió su amigo.

—Sí; es una página que me llena de entusiasmo.

—A mí también, como á todo buen español.

—Es deplorable, Ramiro,—dijo Alfonso suspirando—no haber nacido en aquellos tiempos.

—Soy muy patriota,—replicó el aludido—pero puedo asegurarte que no deploro haber nacido en la segunda mitad del siglo XIX.

—Pues yo hubiera muerto entusiasmado en aquella memorable jornada—exclamó Alfonso.

—Deseos son que te honran;—dijo Ramiro con ligero acento de burla—mas ya no tiene remedio y es fuerza que te resignes; aunque, en efecto, hubiera sido muy hermoso morir peleando contra los soldados de Murat.

—Sí,—exclamó con viveza Alfonso—peleando al lado de aquellas heroínas, de aquellas hermosísimas manolas, que debían de estar sublimes...

—*Empujando los cañones*, como dice Bernardo Lopez—interrumpió Ramiro con burlona sonrisa.—Vamos, ahora lo entiendo: no lamentas precisamente que no haya soldados napoleónicos que arrojar del territorio, sino carecer de manolas de rompe y rasga que admirar.

—¿A qué negarlo? En punto á mujeres, la manola sintetiza mi bello ideal.

—Bello ideal que también habrás de resignarte á no ver realizado, porque la manola desapareció con las águilas del capitán del siglo.

—¡Ah!—suspiró de nuevo Alfonso—la manola era la mujer por antonomasia; es decir, la mujer tal como yo la sueño. Infinitas veces he visto consignados en letras de molde rasgos característicos de estas hijas del pueblo y he llegado á convencerme de que su valor llegaba al heroísmo y su amor á la abnegación y al delirio. ¿Qué más se puede pedir á la mujer que á semejantes condiciones morales reúne una belleza plástica y genuinamente española?

—Nada;—afirmó riendo Ramiro.

—Pero amigo mío;—prosiguió diciendo Alfonso—to-

do degenera. Las águilas, que con mucha oportunidad mencionaste hace un momento, las águilas de Montecotte, de Jena y de Austerlitz llegaron á ser las de Sedan, como la manola de la plaza de Oriente y de Monteleón, por una evolución semejante, ha llegado á convertirse en la chula de nuestros días.... ¡La chula! ¡Siglo miserable el nuestro que todo lo adultera y lo empequeñece!

Alfonso hizo una pausa y Ramiro clavó en él los ojos como si quisiera convencerse de que su amigo no estaba loco. Este, comprendiendo aquella mirada, se apresuró á decir:

—Tranquilízate; sin quererlo he tocado una herida reciente todavía y he experimentado la sensación que es inevitable. Voy á contarte una historia y entonces comprenderás..... Pero antes dame palabra de no echar á broma el asunto.

—Entremos, si te parece, en el hotel de Rusia puesto que estamos en la puerta;—dijo Ramiro—almozaremos, porque creo que ya es hora, y entre plato y plato escucharé tu historia con toda formalidad.

Diez minutos después estaban los dos jóvenes sentados á la mesa y Alfonso tomó de nuevo la palabra, expresándose en estos términos:

—Siendo mi ideal la manola y no habiendo manolas por el mundo, fué mi objetivo la chula, heredera directa de aquélla. Yo ansiaba tener amores con una de esas hermosísimas hijas del pueblo, á las cuales sólo conocía de vista y por lo que algunos escritores me habían contado en sus libros ó en sus obras teatrales. Había advertido que la chula que es guapa —y de este género hay muchas— lo es más, en igual grado de belleza que otra mujer que no sea chula, y yo hallaba para el caso una explicación

sencillísima: almas como las de estas mujeres no pueden tener una envoltura cualquiera, y por eso Dios les da cuerpos esculturales, vigorosos y esbeltos, que aunan la gracia y la energía; cuerpos magestuosos é incitantes, sobre los cuales el clásico mantón es nuevo incentivo que vela modelando, es una especie de apunte que abre ancho campo á la fantasía para que termine el cuadro, soñando delicias sin fin como las que el paraíso de Mahoma promete á los creyentes.

—¡Bravo!—exclamó Ramiro. — Si esas señoras te oyeran expresarte en tales términos te aclamarían seguramente y colmarían tu ideal....

—Me has prometido—interrumpió Alfonso—no echar el asunto á broma; ten formalidad ó suprimo la narración.

—Soy todo oídos; pero no debe disgustarte el natural entusiasmo que despierta tu oratoria.

—Calla y escucha. Con tales ideas anduve errante por esas calles de Dios en busca de la encarnación de mi tipo, ó mejor dicho, en demanda de una chula que quisiera oirme. Todavía no hace un año que la casualidad me hizo topar con ella. Las cualidades morales que yo la suponía ya las conoces, y por tanto no tengo necesidad de decirlas; en cuanto á las físicas, te diré que su cuerpo airoso y de opulentas formas, sus negros ojos de mirada chispeante y su fresca y hechicera boca, hablaron á mis sentidos y desde aquel momento me dediqué á la conquista con verdadero encarnizamiento. La perseguí sin tregua ni reposo, convirtiéndome en su sombra; hice un millón de tonterías y otro de necedades y al cabo logré una audiencia. ¡Qué dudas! ¡Qué timidez, qué vacilaciones las mías en aquella primera conversación que yo no

sabía por donde empezar! El temor de aparecer ridículo empleando un lenguaje que á ella pudiera parecerle cómico y mi absoluto desconocimiento del formulario chulesco usual en tales casos, metrabaron la lengua en términos que debí aparecer á los ojos de mi bella meticoloso como un doctrino. Hice por fin un esfuerzo titánico y salí del apuro como Dios quiso. A partir de aquel día fuimos novios. ¡Novios! ¿Comprendes lo que esto significa?

—Sobre poco más ó menos; —respondió Ramiro acompañando la frase con una expresiva sonrisa.

—No, no lo sabes ni es posible que comprendas lo que significaba para mí, —replicó Alfonso con fuego.— Entrar en relaciones amorosas con una mujer de rompe y rasga que se dedica á la elaboración de pitillos; esperarla por la tarde, á la hora en que grandes y chicos se dirigen á sus hogares dando á las calles de Madrid un aspecto de animación indescriptible; acompañarla á través del bullicio despertando la envidia de todos los hombres, sin distinción de clases, y ver que no hay uno que no mire con asombro á la soberbia moza que antes de ser tuya ha sabido hacerte suyo; detenerse con ella en una acera de las menos concurridas y allí, en la pernumbra, que existe merced al día que se va y á los faroles que aun no lanzan sus amarillos reflejos, entablar un diálogo, compuesto de frases entrecortadas, porque la exuberancia de sentimientos es incompatible con la facundia; un diálogo delicioso, en el cual no entra ninguna de las fútiles y manoseadas palabras estereotipadas para uso y consumo de las gentes de buen tono, ninguno de los giros, ninguna de las figuras constantemente reproducidas en el cliché de la moda....! No, lo repito; es imposible que comprendas todo el alcance de la frase.

¡Con cuánta envidia he mirado siempre esas misteriosas parejas que, apoyadas en la pared, se cuentan sus amores en voz baja! Los que vivís únicamente en un mundotrivial en el que todo es convencionalismo, en el que todo se sacrifica á las formas, en el que, -lo diré sin ambages— todos protestais *in petto*, porque careceis de valor para erigiros en Espartacos, no podeis comprender el encanto de esos idilios callejeros, que con delicioso egoismo se aíslan del resto de la humanidad sin hacer caso del bullicio que en su derredor se agita.... Perdona esta expansión;—añadió Alfonso cambiando de tono—es el dulce recuerdo de un tiempo feliz, que aun duraría, si un acontecimiento doloroso no hubiera venido á dar al traste con mis ilusiones. Oye y juzga el fin inesperado de aquellos amores.

Vivía yo dichoso en el mejor de los mundos posibles, cuando llegó la época en que se celebra la tradicional verbena de la Virgen de la Paloma. Carola,—que este era el nombre de mi novia—habitaba en una casa de la calle de la Solana y me invitó á que tomara parte en cierto baile que por subscripción daban los vecinos. Accedí á ello, no sin violencia, porque si la chula era mi bello ideal en punto á mujeres, su congénere el chulo me ha causado siempre repugnancia invencible y la idea de hallarme en plena chulería producíame malísimo efecto. Pero con fieso que no tuve energía para rehusar. A las ocho en punto de la noche, por deseo expreso de mi adorada Carola, fuimos á cenar á la célebre pastelería de Botín, cuya fama arranca del tiempo del rey poeta, de galante memoria.

—La elección no fué mala—observó Ramiro—aunque como antes dijiste muy bien, todo degenera, hasta las pastelerías.

—Carola comió y bebió con envidiable facilidad....

—Es decir;—interrumpió Ramiro—como un cabo de gastadores.

—Los séres privilegiados—replicó su amigo lo son en todo.

Y luego añadió:

--Comprenderás que para ponerme á la altura de la situación tuve que seguir su ejemplo. Cuando partimos de la plaza de Herradores para ir á la verbena, me sentía otro hombre; mi sangre parecía más rica, circulaba con más fuerza y en aquellos momentos me creí capaz de renovar los trabajos de Hércules. Montamos en una *Manuela*. Yo iba ébrio de gozo, porque mis ensueños comenzaban á trocarse en realidades. El pronombre, *nuestro* ó *nuestra*, que chulas y chulos anteponen á la palabra hombre ó mujer cuando hablan de personas de su clase, vibraba en mis oídos con un exclusivismo abrumador y me hacía morir de envidia. Este pronombre que entre su clase y la nuestra se levanta infranqueable como otra muralla de la China, había espoleado siempre mi deseo, haciéndome correr con ansia creciente en pos de lo desconocido. Y lo desconocido estaba allí, á mi lado, en el coche; era mío, incontestablemente mío y por tanto el exclusivismo del pronombre había cesado; la muralla de la China tenía una poterna reservada para mi uso.

En la plaza de la Cebada nos apeamos del carruaje, y á pié nos encaminamos á la calle de la Paloma, atravesando impertérritos por en medio de un mar de séres humanos, que sin orden ni concierto se agitaba en todas direcciones. Los gritos de los vendedores, el ingrato sonido de los clásicos pitos y las cataratas de desafinadas notas, que lanzaban al aire los organillos, al impulso de vigo-

rosos brazos que hacían girar los manubrios con verdadero frenesí, me hubieran aturrido en otra ocasión; pero entonces esta infernal algarabía me hizo el efecto de dulcísimos acordes que acompañaran nuestro amoroso *duetto*.

El insoportable olor del aceite frito, que forma la atmósfera de las verbenas, y los inevitables estrujones de que fuí víctima, entre la apiñada multitud, pasaron para mí completamente inadvertidos; y créame transportado por arte de encantamiento á un punto muy alto del espacio; me parecía contemplar á mis piés á aquellas gentes, y miraba con lástima á los hombres que tenían la desdicha de no llevar á su lado á una Carola.

Llegamos al baile. El improvisado salón ocupaba el ancho de la calle y sólo dejaba libre paso por las angostas aceras. Una valla de verdura lo cerraba por los cuatro lados; de unos alambres que cruzaban por encima pendían, formando pabellones, muchas cadenas de papeles de colores y algunas lámparas de petróleo, que no sé si por ornato ó por evitar que el aire las apagara, estaban encerradas en globos de la propia materia que las cadenas. En aquél paralelógramo, capaz para veinte parejas, se movían trabajosamente cincuenta ó sesenta. Abominable organillo trituraba un wals de Valdeüfel, y, cosa extraña, á pesar de que el chico encargado de dar vueltas al manubrio de aquella máquina de estropear música desempeñaba su cometido con verdadero ensañamiento y las notas se sucedían con la misma rapidez que si las despeñaran, las parejas se movían con voluptuosa lentitud, aunque admirablemente acompasadas.

Pero ¡qué manera de bailar, amigo mío! ¡Era un escándalo! Estrechamente abrazados, tanto, que cada pa-

reja aparecía como un solo cuerpo: ellas, con la cabeza dulcemente reclinada en el hombro del compañero, se dejaban llevar con lascivo abandono; ellos, con la cara apoyada en la de su dama, más parecían invocar á Venus que á Terpsícore. Y todos con los rostros sudosos y encendidos por el calor y la excitación del baile, con los párpados entornados para mayor recogimiento y sin hablar una palabra.....

—¡Soberbio cuadro!—exclamó Ramiro lanzando una carcajada.

—Sí, para visto, porque no puedo pintarlo, ni expresar la impresión que me produjo. Y lo peor del caso es que tomé parte en la danza, aunque me fué de todo punto imposible bailar como mis consocios.

—Tal ejercicio—observó Ramiro—exige, además de un largo tirocinio, aptitudes especiales.

—De que yo carezco; ya lo sé—añadió Alfonso.

Y luego repuso:

—Pocos momentos hacía que estábamos bailando, cuando Carola me dijo:

—¿Ves á aquel jóven que baila con una mujer que lleva el mantón negro bordado de blanco?

—¿El que va en mangas de camisa y con un pañuelo blanco rodeado al cuello? —pregunté á mi vez:

—Sí. Es Manolo.

—¿Qué Manolo?

—El que hablaba conmigo.

—¿Ya no habla?

—¡Qué ha de hablar si le he mandado á paseo!

—Ahora creo entender; ese mozo ha sido novio tuyo.

—Me parece que no hablo en griego. Y mira..... Me alegro que nos vea juntos; porque ha dicho que el hom-

bre que quiera acercarse á mí tiene que pedirle permiso antes.

—¡Fanfarronadas!—exclamé mirando con cierto encono á mi antecesor.

—Pues ten cuidado; porque es muy bruto y tiene las manos muy largas.

—No me asusta,—repliqué—además, del dicho al hecho....

—Un día—dijo Carola interrumpiéndome—me dió una *galleta* que á poco me rompió un diente.

—¿Tan dura estaba?—pregunté con la mayor candidez.

—¡Cómo que es marmolista y tiene unas manos!

Exclamó ella lanzando una sonora carcajada y haciendo ademán de dar un cachete.

Entonces comprendí que la *galleta* en cuestión había sido una bofetada de mano maestra; y al pensar que aquel hombre había ultrajado groseramente el rostro encantador de mi Carola sentí vivos deseos de dar una zurra al repugnante chulo.

A las doce de la noche Carola me pidió permiso para ir un momento á una casa cercana, en compañía de una amiga y vecina suya, mujer entrada en años. Accedí, no sin disgusto, porque no me agradaba quedarme solo en aquel baile *sui generis*, en que yo era un cuerpo extraño; mas por temor de aparecer ridículo no quise oponerme á una cosa que, al fin y á la postre, era naturalísima. ¡Ojalá no lo hubiera consentido!

—¿Por qué?—preguntó Ramiro.

—Voy á decírtelo. No habían transcurrido quince minutos desde que Carola se fué, cuando la mujer que había ido acompañándola se acercó á mí jadeante y me dijo con acento de súplica:

—Don Alfonso, vaya usted, por Dios, que ese animal la mata.

La noticia me produjo el efecto de una descarga eléctrica. Adiviné que el animal asesino debía ser el propio Manolo y una duda terrible me asaltó. ¿Se habría alejado Carola premeditadamente, para tener una entrevista con el chulo? ¿Habría sido el encuentro casual?

Me apresuré á seguir á la mujer. Mi cabeza era una olla de grillos donde los más opuestos pensamientos chillaban sin que mi voluntad pudiera meterlos en cintura. La cólera, mi pasión, el amor propio herido, mis sentimientos y mi razón, todo me hablaba á voces y al mismo tiempo, aunque, á decir verdad, la voz de la razón era tan débil, que apenas llegué á oirla entre la formidable gritería. En este lamentable estado moral llegué á la casa teatro del suceso. La primera persona á quien columbré fué á Carola; pero ¡cómo estaba, Ramiro! El pelo y los vestidos en desórden, los ojos hinchados y húmedos y la cara colorada como un tomate.

Acerquéme á ella solícito y presuroso y ella extendiendo un brazo me rechazó violentamente.

—¿Donde está ese hombre? —pregunté paseando por el corro de mujeres una mirada feroz.

—Se ha ido—respondieron algunas voces.

—No sé—dijo al mismo tiempo Carola, irguiéndose altiva y desdeñosa.

—¡Cobardel—exclamé yo.—¡Maltratar de esta manera á una mujer indefensa.

—Lo ha hecho porque ha podido,—replicó ella ásperamente.

—¡Carola! —exclamé exasperado al oír semejante salidade tono. Y acercándome á ella, fuera de mí, asíla por un

brazo para arrancarla de aquel lugar y sustraernos ambos á las miradas y á la rechifla de un público que me avergonzaba. Pero la moza se desasíó dando una brusca sacudida y dijo redondamente:

—No me voy.

—Querrá esperar hasta que vuelva su chulo,—dijo con sorna una mujer.

—Para que la dé otro vapuleo—añadió otra.

—Para hacer lo que me dé la gauda ¿gestamos?—replicó Carola.—En mí no manda nadie.

—Pues vente conmigo—dije acercándome de nuevo á ella—ó entremos ó salgamos; no quiero permanecer aquí.

—Contigo no voy ni á cojer monedas de cinco duros.

Al ver, ó mejor dicho, al presentir las sonrisas de los espectadores de esta escena, comprendí que mi situación era eminentemente ridícula y una oleada de cólera estuvo á punto de ahogarme. Así de nuevo á la jóven, resuelto á entablar la lucha, para sacarla á la calle y reivindicar mis derechos, volviendo á colocar la autoridad masculina á la altura que le correspondía; pero la fuerza muscular de la moza era por lo menos igual á la mía y sólo logré empeorar la situación. Frenético, entonces, alcé la mano para abofetearla....

Carola exclamó riendo nerviosamente:

—Tú no puedes pegarme.

—Tienes razón;—dije bajando lentamente la mano—soy un caballero.

—Eres un mándria—replicó ella.

En este instante un hombre se interpuso; dió un empujón á Carola, que cayó por tierra, y encarándose conmigo dijo con acento autocrático:

—A esta señora no le pega nadie más que yo.

Reconocer á Manolo en el recién llegado y abalanzarme á él fué todo uno; pero aun no habíamos tenido tiempo de cambiar cuatro puñadas, cuando algunos de mis consocios, á quienes el altercado había atraído, nos separaron.

Reducido á la impotencia por veinte puños de hierro, que me tenían como en prensa, mohino y amostazado, tuve el disgusto de ver cómo Carola, oronda y satisfecha, se alejaba calle arriba al lado de su Manolo, sin dignarse siquiera echarme una mirada.....

—Así tenía que ocurrir —sentenció Ramiro.

—Desde entonces, —repuso Alfonso —he perdido la afición á la gente del bronce; pero no puedo evitar el ponerme triste cuando me asaltan ciertos recuerdos.

—La regocijada aventura te habrá enseñado la diferencia que hay de lo vivo á lo pintado y te habrá hecho comprender que la verdadera muralla de la China que se levantaba entre Carola y tú era la educación.



EL RETRATO

*al mi querido amigo y pariente
Pedro Romero Franco.*

I

Rafael necesitaba estar solo con sus melancólicas ideas, que le oprimían el cerebro como una plancha de plomo; necesitaba sustraerse al rumor que de continuo reina en las calles de la villa y corte, porque le parecía que el ruido dificultaba su respiración, y le robaba el oxígeno.

Lentamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, bajó por la calle de Bailén y se internó en los jardinillos de la de Ferraz, en la cual vivía.

El suelo estaba cubierto de hojas secas, que arremolinaba el frío viento de una tarde de otoño, y el cielo medio oculto por pardas nubes que, en girones de formas caprichosas y fantásticas, cruzándose con pausado movimiento, iban á amontonarse en el horizonte.

—Tal es la vida,—murmuró el joven lanzando un suspiro y paseando una mirada por las negras y retorcidas ramas de los árboles, que casi desnudas, se destaca-

ban del plomizo fondo del cielo, á la vaga luz del crepúsculo, con la inmovilidad de la muerte.

Ayer la primavera cubriendo con sus galas multicolores árboles y plantas, embalsamando el ambiente con embriagadores efluvios que, enriqueciendo la sangre, daban vigor al pensamiento y ternura al corazón.... Deseos vagos de algo muy dulce, de algo inefable, aspiraciones sin objetivo determinado, ensueños, quimeras.... Era el amor, la vida que con el aire penetraba en los pulmones vivificando nuestro sér....

¿Qué queda hoy de todo esto? La naturaleza, abrasada por el ardoroso sol del estío, como el corazón por el sol de las pasiones, presenta el triste espectáculo que á los ojos ofrece el esqueleto de una mujer hermosa; ya no entona el dulcísimo y suave himno de amor y salmodia con espe-luznantes notas el terrorífico *Memento homo*.... Véanse por el suelo los despojos: hojas secas que el viento arrastra sobre barro. Este es lahuella que ha dejado el paso de los hombres.... aquéllas me dan lástima.

Han caído del árbol arrancadas por helado cierzo, como las ilusiones se desprenden del corazón, muertas por el frío de los desengaños. ¡Pobres hojas! Lo mismo que mis ilusiones os veis por tierra, juguete del viento, como el poeta dijo; pero al romperos bajo mis plantas lanzais un quejido, que podría traducirse por un grito de protesta....

Protesta inútil, la primavera es corta, el invierno largo.... la dicha un ensueño y el amor una quimera.... cuando no es una desventura.

—Muy bien, moderno Heráclito,—exclamó alegremente un jóven, que se había acercado á Rafael, sin que éste advirtiera su presencia, y durante algunos minutos había escuchado el monólogo que hemos transcripto.

Rafael, sorprendido en flagrante delito de romanticismo, púsose muy colorado y se volvió bruscamente:

—Hola, Pepe,—dijo—¿de dónde sales?

—Tranquilízate; no he brotado del seno de la madre tierra como un gnomo. Vengo de tu casa, donde te he aguardado casi dos horas. Renunciando á verte me retiraba, ya, cuando te he hallado paseando al fresco y hablando solo; me he acercado y te he oído echar pestes contra la vida, llamando al amor quimera....

—Sí,—interrumpió Rafael—quimera ó desdicha; no tiene término medio.

—Y Luisa, Antonia, María y toda esa epidemia de novias que has padecido de dos años á esta parte, ¿eran también quimeras y desdichas? Yo las calificaría de muchachas muy aceptables.

—Iguales á las demás, reniego de ellas; todas engañan.

El tono seco y duro con que fueron pronunciadas estas palabras impresionó á Pepe, que repuso:

—Hablemos con formalidad ¿te ocurre algo grave?

—Lo más grave que podía ocurrirme.

—Pues apresura el paso, vamos á tu casa y allí, entre cuatro paredes, cuéntame el caso.... si es para contado. Qué diantre, desahógate; para estas ocasiones son los amigos y me precio de serlo tuyo.

Rafael estrechó en silencio la mano á Pepe, cogiéndole del brazo y le condujo á su casa, que afortunadamente, estaba poco distante.

II

Cuando se hallaron en ella, tiró el gabán y el sombrero en una butaca, y, encarándose con su amigo, que se

había sentado al lado de la mesa, habló en estos términos:

—Para tí no tengo secretos; sabes que habiendo quedado huérfano cuando todavía era niño, mi vida, que suave y tranquila se deslizaba bajo el puro cielo de la hermosa Andalucía, necesitaba afectos; te he dicho que entonces conocí á Carmen, chicuela de mi edad, huérfana como yo y sin más familia que su abuela, con la cual vivía. Toda la ternura, todo el cariño que atesoraba mi corazón, fué para ella.

Llegué á tener diecinueve años, Carmen tenía uno menos que yo. Entonces pensamos en dar carácter formal y determinado á nuestros amores.

Su abuela se opuso.

El escaso haber que yo heredara de mis padres se había evaporado entre las manos de mi curador. Fué la vez primera que ví al interés levantando barreras ante la ventura.

Deberes ineludibles me arrancaron de mi pueblo para traerme á Madrid, donde he pasado más de dos años esclavo de aquéllos.

La noche antes de partir, burlando la vigilancia de la hostil abuela, Carmen bajó á la reja para decirme adios.

Inútil creo narrarte la entrevista; lágrimas, sollozos, juramentos de eterno amor.... todo puedes imaginártelo.

Dióme un retrato, que besé mil veces, y aun creo que hube de mojarlo con alguna lágrima al prometer que antes perdería el corazón que aquella imágen, síntesis para mí de la dicha pasada, presente y futura.

Dueño de la fotografía y considerándola como el más grande y preciado tesoro que me fuera dable poseer, parecíame que al marchar llevaba conmigo algo de Car-

men; no un objeto inanimado que podía recordarme una fisonomía, cuyos menores detalles, palpitantes, llenos de vida, estaban esculpidos de manera indeleble en mi imaginación, ¿qué digo en mi imaginación? en mi alma; en aquel pedazo de cartón creía yo sentir algo de ella, algo de su propio sér, que por causas sobrenaturales se había de mantener latente mientras no se apartara de mí.

Como el avaro que quiere ocultar la valiosa piedra, como el prisionero que trata de sustraer á las miradas de su vigilante el amado instrumento que ha de procurarle la libertad, así guardé el retrato. Pero no me bastaba el tenerle escondido; necesitaba sentirle sobre mi corazón, que éste latiera bajo la adorada imágen, comunicándole su propio fuego. ¿Sabes lo que hice? Te vas á reir. Como Dios me dió á entender, improvisé unos bolsillos interiores en las pecheras de mis camisas, destinados á guardar durante el día el inapreciable regalo de Carmen; por la noche lo ponía debajo de la almohada.

Cuando escribía las largas epístolas que por mucho tiempo han sido mi único consuelo, mis miradas pasaban alternativamente del retrato al papel en que la pluma trababa con fríos caracteres las apasionadas frases que brotaban de mi alma. De esta manera me hacía la ilusión de que conversaba con ella.

Partían mis cartas, yo contaba los días y calculaba cuándo podía ir Carmen á recogerlas á la lista de correos, puesto que, siendo nuestra correspondencia clandestina, merced á la tenaz oposición de la abuela, no era posible dirigírselas á su casa. Pasaba las horas muertas contemplando el retrato, y mirándole creía adivinar los momentos en que ella me escribía á hurtadillas y hasta el instante preciso en que echaba la misiva por el buzón.

Sonries con incredulidad; acaso piensas que son ilusiones de enamorado; no trato de convencerte; me limito á narrar, esperando que el tiempo te enseñe á comprenderme.

Pepe no se atrevió á despegar los labios.

—Ya ves como yo la amaba;—prosiguió Rafael.—Por ella he soportado con resignación estos dos años y pico; por ella he sentido la ambición; por ella he querido pensar en lo porvenir... Oye, ahora, lo que ella ha hecho entre tanto: hoy hace cuarenta días que no me escribe; en este tiempo ha debido recibir 16 cartas mías. La he creído enferma, muerta quizá, y cuando yo alentaba apenas, cuando mi alma entera salvando obstáculos y distancias, más que conmigo estaba con la perjura, el cartero me trajo este papelucho.

Y Rafael, nervioso y agitado, sacó del bolsillo un arrugado periódico, que puso delante de los ojos á Pepe.

Este le miraba atónito.

—Lee, lee;—exclamó el jóven indicando con el dedo un epígrafe al final de la tercera plana.

—*Registro civil*—leyó aquél—*Defunciones* del día...

--No; aquí.

—*Matrimonios*...

—Sí, matrimonios; *Carmen Diaz con Fernando Padilla*.

—Y ¿quién te dice que es ella?

¿No hay más que una Carmen Diaz en el mundo?

—Puede haber mil, un millón; pero ésta es ella. Si así no fuera ¿para qué enviarme este periodichucho de intereses locales, que nunca pasa del término de mi pueblo? ¿Para qué señalar con lapiz azul el epígrafe que te he indicado? ¿No ves en todo ello la mano piadosa de un

amigo... ó de una amiga... á quien Dios premie la buena obra?—concluyó sonriendo nerviosamente.

—Es posible que sea pura coincidencia...

Rafael movió la cabeza negativamente.

—¿Has olvidado—dijo--los cuarenta días de silencio?

--No; pero ten calma. Acaso su mutismo obedece á otras causas,--replicó Pepe.—Escríbele á un amigo, pregunta, infórmate...

—No quiero ponerme en ridículo.

En vano insistió Pepe; inútil fué que apelara á todos los recursos que pudo sugerirle la amistad honda y sincera que por Rafael sentía; en el ánimo del desesperado amante no hacían mella razones ni consejos.

Cansado al fin de la estéril lucha y juzgando que quizá la discusión excitaría los nervios á su amigo, decidió dejarle solo para que meditara á sus anchas.

III

Rafael le acompañó hasta la puerta y volvió á encerrarse en su cuarto. Dejóse caer en la silla que ante la mesa había, y mientras abandonaba la ardorosa frente en las palmas de las manos, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

De pronto, con movimientos convulsivos, se abrió el chaleco; desgarrando la camisa, sacó el retrato de Carmen y se quedó contemplándolo con la fijeza de un loco.

El llanto empañó de nuevo sus pupilas y sus labios comenzaron á articular palabras.

—No viéndote,—decía—creo posible tu negra trai-

ción: mas cuando mis ojos se clavan ansiosos en esta imágen fría y borrosa, siento ganas de negar la evidencia de mi desdicha.

Merced al mágico conjuro de la imaginación, descubro en estas tintas deslavazadas y uniformes el dorado color de tu cabello y la alabastrina pureza de tu frente; tus pardos ojos despiden el fulgor irresistible que, como fluido misterioso, me encadenaba á tu voluntad, y tus labios de púrpura se entreabren, como fresca rosa de tentadora fragancia, á impulsos de una de aquellas dulces sonrisas, que al par que descubrían las perlas de tu boca inundaban mi alma de ventura.... Y digo ¡no, es imposible que tanta perfidia se oculte en tan encantador refugio!

Pero aquí, al lado está la realidad, en este papel que acaso tú misma has enviado con el piadoso fin de desgarrar un corazón que era tuyo y desgarrado y todo quiere odiarte y te ama; te ama á pesar de mi voluntad, pero te ama todavía....

Y quizá mientras sangran las horribles heridas que has abierto; mientras el dolor y la desesperación me ahogan, tú, pisoteando los juramentos de ayer, olvidas lo pasado en brazos de otro hombre....

Rafael se puso en pié. Tenía las venas yugulares hinchadas, como si fuera á caer víctima de una congestión; sus ojos, secos ya, echaban chispas. De un tirón abrióse el cuello de la camisa, porque le faltaba aire, y apoyando los puños en la mesa se quedó un instante mirando el retrato, agitadísimo y descompuesto.

¡Ah! ¡No! ¡Infame!—exclamó de repente con ronca voz.

Y empuñando un compás, que había al alcance de su mano, con rápido movimiento, dió una furiosa puñalada al retrato, que quedó clavado en la mesa, y añadió:

Así, te heriría, si pudiera; así me partiré el corazón si no logro arrancar de él este amor insensato.

Después se puso á dar vueltas por la habitación como un loco, hasta que rendido, agotadas sus fuerzas por la violenta crisis, dejóse caer en el lecho, casi sin desnudarse.

Su cabeza ardía y sus miembros temblaban agitados por el frío de la fiebre.

Maquinalmente se envolvió en las ropas de la cama; sus ideas comenzaron á ser vagas, confusas. Parecíale que la casa se movía, como un buque en el mar, y que muchísimos cuadros extraños é incoherentes pasaban con rapidez por delante de sus ojos con los caprichosos cambios de un caleidoscopio.

IV

Veía á Carmen deshecha en llanto, jurándole amor eterno, como la noche de la despedida; unos nubarrones negros, que tenían las más extravagantes formas, ocultaban el cielo, y en torno de la jóven danzaban en vertiginoso giro, haciendo ridículas contorsiones, los deshojados árboles de los jardinillos de la calle de Ferraz. Rafael quería acercarse á su amada; pero érale imposible romper la circunferencia que, en fantástico baile, los árboles trazaban. Cada vez que intentaba dar un paso, aquéllos apresuraban el movimiento circular y sus desnudas ramas, al cortar el aire, simulaban lamentos, estridentes carcajadas, silbidos é interjecciones.

De pronto las nubes se abrieron para dar paso á un

rayo de luna y, auxiliado por la luz, el joven creyó posible salvar la imaginaria línea que le separaba de Carmen; mas la claridad, por el contrario, sólo sirvió para hacerle ver que el realizar su intento era buscar segura muerte estrellándose contra un tronco. Y Rafael no quería morir, sino vivir para su amada.

Esta lanzó entonces un grito de terror y aquél sintió que se le erizaban los cabellos.

Por el ancho espacio de terreno que la luna iluminaba, deslizándose sobre las secas hojas que tapizaban el suelo, sin removerlas ni producir el más leve ruido, adelantaba un enorme reptil alado, un monstruo extravagante como los que creaba la fantasía de los arquitectos medievales.

Avanzaba hacia Carmen, fijando en ella las verdes pupilas, que despedían fosforescencias semejantes á fuegos fatuos.

Rafael, dominando su momentáneo terror, quiso interponerse, renovar si era necesario aquellas luchas de la mitología griega y hacer un esfuerzo titánico para salvar á Carmen. Pero la voluntad no lograba hacerse obedecer de los músculos que, como anestesiados, permanecían inmóviles é insensibles.

Y el monstruo, silencioso como la muerte, seguía avanzando, avanzando siempre.

Rafael no pudo resistir el espectáculo; sufrió una conmoción tremenda... y abrió los ojos.

Su mirada insegura recorrió lentamente la estancia para dar al cerebro cuenta de la situación.

Sobre la mesa ardía con ténue y rojiza claridad la lámpara, próxima ya á extinguirse; en el círculo de luz proyectado por la pantalla brillaba un objeto, que atrajo

la atención del enfermo y le recordó la realidad: era el compás, cuyas puntas mantenían enclavado el retrato de Carmen.

Con la mirada fija en aquel punto brillante permaneció largo rato; la luz se fué amortiguando paulatinamente, hasta que de ella sólo quedó una circunferencia de fuego: la mecha carbonizada.

Y, cosa extraña; los rayos luminosos ya no herían el bruñido metal del instrumento de matemáticas y éste, sin embargo, seguía brillando en las pupilas de Rafael, como fúlgida estrella en medio de un cielo tempestuoso. El brillo fué creciendo, creciendo y aumentando en densidad hasta formar una atmósfera luminosa, semejante á ligera nube, y esta nube tomando forma, determinando contornos, vagos al principio, precisos después, adquirió la figura de Carmen tal y como la luz la había fijado en la placa fotográfica.

Hacia la mitad del pecho tenía dos aberturas triangulares; las que en un arrebato de celos había hecho Rafael con el compás.

Aquella imagen, abandonando su aspecto fantástico, apareció poco á poco con sus colores naturales, su propio cuerpo y su verdadero tamaño.

Entonces, deslizándose sobre la estera del modesto cuarto, se acercó al lecho.

Rafael, aterrado, creyendo que su amada, en virtud de un poder sobrenatural venía á pedirle cuentas de sus invectivas, á vengarse de que en su furor la hubiera sacrificado en efígie, se tapó la cabeza para no ver ni oír. En vano; la voz de Carmen llegaba clara y distinta á los oídos del jóven; pero no iracunda, como la de una mujer ofendida, ni sepulcral y solemne como ha de ser la de

una aparición; sino dulce, armoniosa, acariciadora y suave, como sabe emitirla solamente un alma enamorada.

—Perdón, perdón;—gimió el desdichado.—Te amo y tu amor me mata.... Estaba loco; soy un insensato....

—Rafael, mírame;—repetía la voz.

Este, subyugado por el mandato, obedeció al fin.

Carmen estaba allí como una visión celeste que apareciera sobre un trono de nubes; de su herido pecho brotaban dos rayos de luz diáfana y azulada, que al proyectarse sobre el jóven le hicieron sentir un bienestar desconocido.

—Mira estas heridas;—le dijo—te han salvado. Lejos de mí tu afecto decaía y yo lo adivinaba y sufría horriblemente. Necesitabas unreactivo; prueba de vida ó muerte. Tu corazón ha despertado vehemente, rebosando pasión; así te quería. Ven, reunámonos hasta que la eternidad nos separe ó nos una más estrechamente.

Así hablando cogió de la mano á Rafael, que sintió su cuerpo ligero como el éter, y le arrastró consigo á través del espacio.

Campos yermos, escarpadas montañas, espesas arboledas, que como puntos casi imperceptibles aparecían en el fondo de verdes valles, todo esto se sucedía con rapidez vertiginosa ante los asombrados ojos de Rafael.

De pronto hicieron alto. Hallábanse en un país encantador, que el jóven reconocía.

Los impalpables átomos de polvo que pueblan la atmósfera, heridos por los dorados rayos de un sol primaveral, daban al cielo purísimo color azul; las multicolores galas de la naturaleza, cuya ausencia había inspirado tan tristes ideas á nuestro jóven en la calle de Ferraz, adornaban con todo su esplendor los frondosos campos; á lo

lejos, por la derecha, aparecían las paredes de unas casas blancas, blancas como palomas y coronadas de azoteas ó de rojizos tejados; y entre el pueblo y el lugar en que Carmen y Rafael se habían detenido extendíase un prado verde é igual, salpicado de amapolas y de florecillas blancas y azules, que parecían rubíes, perlas y zafiros engastados en colosal esmeralda.

La naturaleza, al unísono, elevaba en ondas de sonora belleza el himno gigante de la felicidad y la hermosura que al través de los espacios, cruzando por entre las miriadas de mundos que los pueblan y enriqueciéndose en cada uno de éstos con nuevos torrentes de armonía, va á los piés del trono del Supremo Hacedor de tanta maravilla...

—Fué mentira tu traición, mentira el mónstruo que quería devorarte,—murmuró dulcemente Rafael al oído de Carmen.

—Mi traición fué un sueño, el mónstruo la sombra de una nube que ocultó un momento la blanca faz de la luna, para que luego su luz de plata brillara más...

V

—Don Rafael, don Rafael,—chilló una voz áspera que hacía singular contraste con la dulcísima de Carmen.

Y el jóven, al propio tiempo, sintió que una mano se apoyaba rudamente en su hombro, sacándole del mundo de las quimeras para echarle en el de la realidad.

Abrió los ojos y lo primero que vió fué el abotargado rostro de la criada de la casa de huéspedes.

La hubiera estrangulado de buena gana por la mala partida que acababa de jugarle.

—Don Rafael, aquí tiene usted una carta.

—¿Cómo? ¿Eh? ¿Qué?—exclamó aquel incorporándose.

—Una carta de Andalucía.

Temblando convulsivamente rasgó el sobre y leyó:

«Rafael de mi alma: tu ausencia ha estado á punto de costarme la vida. Treinta y nueve días justos he estado enferma; pero bendigo el mal por el bien que nos ha traído. Mi abuela, que no quiere quedarse sin su nieta, te autoriza, desde hoy, para que pidas la mano de tu

Carmen.»

P. S.

Se me olvidaba decirte que se ha casado una Carmen Díez cuyo matrimonio ha anunciado *La Vox de los Labradores* llamándola Carmen Díaz, y esta errata ha dado lugar á bromas graciosísimas de mis amigos.



LA CONCIENCIA DE LA CONDESA

En una calle moderna, bordeada de acacias, á estilo francés, y formada en casi toda su longitud por verjas de hoteles, se ven alegres edificios y jardines cuidados con esmero y sombreados por árboles ricos de follaje.

El sol declina. La alta temperatura que hasta este momento ha obligado á los habitantes de la ciudad á mantener cerradas sus casas para impedir que el aire de aquel día de Julio, abrasador como el del desierto africano, penetre en las habitaciones, desciende también. Las calles comienzan á estar animadas; los carruajes, tirados por magníficos caballos, ruedan ya más numerosos.

Ante la puerta de un hotel que hay hácia la mitad de la calle, se detienen sucesivamente algunos coches, de los cuales bajan seis ú ocho personas, que, como obedeciendo á una consigna, penetran en el jardín con reposado andar y contristado rostro.

Un túnel de verdura cobija la ancha senda de menuda arena, que conduce á la escalinata de piedra, por donde se pasa al interior del edificio.

En una habitación hay doce ó catorce personas, que forman varios grupos y hablan en voz baja.

Cerca de una *étagère*, que sostiene innumerables *bibels*, conversan cuatro personas: una dama entrada en años, una señorita de melancólico aspecto y dos jóvenes.

—¡Es muy triste ver morir al sér querido con quien durante muchos años se han compartido las alegrías y los dolores!—exclama, después de suspirar, la señorita.

—Horrible es, en verdad;—dijo uno de los jóvenes. —Para la pobre Condesa, la muerte de su marido es un golpe...

—Atroz;—añadió con entonación misteriosa la dama entrada en años.—Y las circunstancias que la acompañan...

—¿Qué?

—El Conde se niega á recibir los auxilios espirituales.

Y añadió, dirigiéndose á uno de los jóvenes:

—¿Qué le parece á usted, Grijalba?

—Marquesa—respondió el interpelado,—el Conde habrá comprendido que la muerte es una señora muy seria y enemiga de farsas.

—¡Jesús!—exclamaron las dos damas.

—¡Qué atrocidad!—dijo en tono de reproche el amigo de Grijalba.—Gonzalo, tienes una lengua, que es una desdicha.

Iba el apostrofado á replicar, pero la marquesa le interrumpió diciendo:

—El conde es excelente sujeto, ha hecho mucho bien, y su negativa sólo es comprensible como consecuencia de un ataque de enagenación mental. Mas sea esta la causa ó sea otra, lo cierto es que la pobre condesa, tan buena,

tan piadosa, debe de sufrir muchísimo con la incomprensible determinación de su marido. Ella tiene sus defectillos; ¡quién está exento de ellos!... Las nueve perlas de la corona la han deslumbrado... á pesar de lo cual mira con cierta envidia á la Grandeza, de la que quisiera formar parte. Pero, en cambio de esas pequeñeces, pasa la vida dedicada á Dios y á la humanidad, pertenece á todas las asociaciones benéficas y ayuda en cuanto puede á los desvalidos. Es *presidenta* de la Junta de damas de los Asilos nocturnos y secretaria de la Sociedad Protectora de la Infancia; vocal de la Visitadora de reclusas; inspectora del Orfanotrofio de la Magdalena; celadora de la Cofradía de la Guardia... qué se yo; enunciar las asociaciones filantrópicas y religiosas á que pertenece sería interminable. Y á una señora tan piadosa... ¡Pobre condesa! Su dolor debe de ser inmenso en estos instantes.

La marquesa hizo una pausa para tomar aliento y proseguir su charla; en aquel momento un sacerdote anciano y de venerable aspecto penetró en la estancia.

Todos se pusieron de pié, y el recién llegado, después de saludar al paso á algunas personas, entró en un gabinete contíguo al salón.

Rodeada de sus íntimos, y derramando un río de lágrimas, hallábase allí la esposa del moribundo conde.

—¡Padre Juan!—exclamó al ver al sacerdote.—No sabe usted con cuanta ansiedad aguardaba que llegase; mi marido...

—Lo sé, señora condesa; le interrumpió el anciano, sin duda para evitarle una explicación enojosa.

—Pues bien; usted, que tiene talento y fé inquebrantable; usted, que es un santo, háblele á Eduardo, procure convencerle de que debe cumplir con lo que manda la

Santa Madre Iglesia. No se me oculta que es muy duro plantear esta cuestión á los ojos de un moribundo... pero mi conciencia...

—Gracias, señora condesa, por la idea que de mí tiene y que no merezco. Sólo soy un humilde sacerdote que procura llenar como mejor puede los difíciles deberes que su ministerio le impone. ¿Puedo ver al señor conde?

—Cuando usted quiera. Aquella es la puerta de su habitación—agregó indicando una que había en un testero del gabinete.—Entre usted solo, y, para no alarmarle, dígame que viene á informarse de su estado.

El padre Juan hizo una inclinación de cabeza y pasó por la puerta indicada.

Un cuarto de hora tardó en salir, y durante este tiempo profundo silencio reinó en el gabinete. Cuando el anciano se presentó de nuevo, todas las miradas se clavaron con ansiedad en él.

—El señor conde—dijo el sacerdote,—cede; pero antes de confesarse desea hablar con usted.

—¡Conmigo!—exclamó con extrañeza la dama.

Y añadió cambiando de tono:

—Le habrá tocado Dios en el corazón.

—Está muy mal—observó el P. Juan,—y no debemos perder momento.

La condesa, secando las lágrimas que resbalaban por su rostro, se dirigió á la habitación de su marido.

Las demás personas que había en el gabinete cambiaron furtivas miradas, quizá presintiendo que iban á conocer algo extraño y misterioso.

A la débil luz del crepúsculo, que por las abiertas ventanas penetraba, la alcoba del conde, tapizada de oscuras telas y adornada con muebles de roble, tenía un aspecto sombrío.

En frente de la puerta, y arrimado á la pared, veíase un ámplio lecho, en cuya cabecera se ostentaba la corona condal; en él, medio hundida la cabeza entre los mullidos almohadones, respiraba afanosamente el enfermo.

—Aquí me tienes, Eduardo. ¿Qué quieres?—dijo la condesa procurando dar á su acento la mayor firmeza que pudo.

—Ven, siéntate á mi lado—respondió el conde con voz débil.

La condesa ocupó una butaca inmediata al lecho; la misma en que poco antes se sentara el P. Juan, y su marido, incorporándose penosamente, hablóle en estos términos:

—Clara, desde que te conocí hasta el momento presente, mi amor á tí ha sido el inspirador de mis acciones.

—Nunca he dudado de él, Eduardo; pero, por Dios, no te fatigues.

—Es necesario que hable, y hablaré aunque consuma la poca vida que me queda; —replicó el conde con energía de que nadie le habría creído capaz en aquel instante.

—Tu estado no es tan grave...

—Sé á qué atenerme y te ruego que no me interrumpas haciéndome perder minutos preciosos. Cuando nos casamos tu fortuna era muy modesta y quise poner millones á tu disposición; los puse. Luego comprendí que el oro no te bastaba, querías títulos nobiliarios y para tí adquirí en el extranjero una corona condal... Hoy—añadió haciéndose visible violencia—quise coronar mi vida consagrada á tí..., y por tí me negaba á recibir los auxilios espirituales.

—¿Y crees—observó Clara con sorpresa—que mi

conciencia puede transigir con tu falta á los deberes que nuestra santa Religión nos impone? No, Eduardo, te amo por bueno, por piadoso, y me desgarrá el corazón verte en tan críticos instantes poseído de la impiedad... Pero tú siempre has sido...

—Calla, calla,—le interrumpió el enfermo.—Escúchame, juzga. Las palabras del padre Juan han desencadenado en mi alma una lucha que me aniquila más que el mal que padezco.

—Por Dios, Eduardo, explícate;—exclamó con terror la condesa.

El conde enjugó con el embozo de la cama el sudor que bañaba su rostro.

—Salí de la nada, del montón anónimo cuyos individuos viven y mueren cómo y cuando quiere Dios, sin que su aparición ni su desaparición sea advertida por nadie más allá de los muros de su hogar;—dijo después de breve pausa.—Convencido de que el oro es el rey del mundo y juzgando lícitos todos los medios que pudieran encaminarme al logro de mi deseo, reuní una mediana fortuna. Fundé una sociedad de crédito y muchas personas honradas acudieron á confiarme sus intereses.

Por entonces te conocí y nos casamos.

Mi amor á tí hizome concebir la insensata idea de colocarte en el pináculo de la fortuna, y un día la sociedad quebró, arruinando á varias familias. Este negocio me produjo millones, merced á la infernal habilidad que puse en juego.

El conde hizo nueva pausa, y luego continuó diciendo:

—Algunas de las personas por mí arruinadas han re-
puesto sus capitales en fuerza de años y de trabajo; igno-

ro cuál haya sido la suerte de otras, y dos, en fin, quedaron en la más espantosa miseria, porque me habían entregado cuanto poseían. Pero los hijos de estas dos personas viven, y yo lo sé, y arrastran una existencia penosa y miserable... ¿Comprendes, Clara?

—No,—dijo ésta, que en realidad no adivinaba á dónde quería ir á parar su marido.

—Pues bien —repuso el conde, — para hacer una buena confesión debo declarar todo esto; declarándolo, el sacerdote no puede absolverme si no restituyo lo que he... robado; robado, sí; en estos supremos instantes son inútiles los eufemismos. ¿Y tú sabes lo que significa tal restitución hecha para la remisión de mis culpas? ¿No? Pues es la ruina, Clara.

Esta inclinó la cabeza, sin hallar palabra que decir.

—Quise sacrificarle mi salvación eterna, pero los escrúpulos de tu conciencia me lo han impedido. Las palabras del P. Juan, á quien tú has llamado, han hallado eco en mi alma... En todo esto veo la mano de Dios, que se apiada de mí... Ahora te he dado la clave de mi negativa, que tanto te ha hecho sufrir; réstame sólo pedirte perdón, y espero que me lo otorgarás en gracia del sentimiento que me impulsaba.

Y el conde, rendido por el esfuerzo, se abandonó sobre los almohadones. La condesa rompió en sollozos.

—Esto concluye, Clara—dijo aquél con voz muy débil.—Tu conciencia está ya tranquila; que entre el Padre Juan á sosegar la mía.

Y como la Condesa cogiera entre sus manos la helada diestra del moribundo, éste agregó:

—Siento muy cerca la muerte; llama, llama al sacerdote.

Clara depositó un beso en la húmeda frente de su marido, y secándose las lágrimas y andando como un automática, abandonó la alcoba para ir al gabinete.

El P. Juan le salió al encuentro, al mismo tiempo que las miradas de las personas que en la estancia había se clavaban con curiosidad en la Condesa.

—No quiere;—murmuró Clara con voz perceptible apenas.

El sacerdote dió un paso hacia la alcoba.

—Se ha fatigado mucho;—observó la Condesa, intentando atajar el paso al anciano.—Aguardemos un rato para que se reponga, y luego...

Lo mismo el anciano sacerdote que las demás personas que oyeron estas palabras, juzgaron extraña la actitud de Clara y creyeron adivinar un misterio.

—Tranquilícese usted, señora Condesa;—dijo al fin el P. Juan con dulce y reposado acento.—El señor Conde confesará, puesto que así me lo ha prometido; pero fíe usted en mí, que me conduciré con el tacto que me han enseñado los años y la experiencia.

Y apartando suavemente á Clara, entró en la alcoba.

Al cerrarse la puerta tras el confesor, la Condesa cayó, presa de un accidente.

Una hora después el Conde recibía cristianamente el Viático.

EL POLIZONTE

Coriolano Lucchetti era un bellissimo sugeto, optimista por naturaleza y agente de policía por vocación.

Él era el alma de la tertulia que media docena de amigos formaban, todas las noches, sentados en torno de una mesa del Café Morteo.

Si alguna vez, por rara excepción, faltaba el excelente Coriolano, como todos le llamaban, la desanimación era la nota dominante de la tertulia, y los comentarios acerca de su ausencia el tema obligado.

Pero en este pícaro mundo nada hay perfecto y Lucchetti, como cada hijo de vecino, tenía sus defectillos; es decir, su chifladura.

Nadie ignora que entre éstas las hay completamente inofensivas y las hay también perjudiciales en alto grado para el bienestar y buen fin de quien las padece.

La de Coriolano pertenecía al segundo género.

Nuestro hombre creía á puño cerrado que el ejercicio de ciertas artes y profesiones era un verdadero sacerdocio y, en su opinión, el agente de policía debía ser sacerdote, sabio y artista.

—La policía—solía decir siempre que hallaba ocasión—es una institución sin la cual la sociedad moderna no podría existir. El ciudadano duerme tranquilo, porque sabe que hay un Argos, cuyos innumerables ojos, constantemente abiertos, velan por la seguridad general. Como todo lo grande, como todo lo necesario á la vida de un pueblo, la policía tiene sus detractores; pero ¡qué hermosa misión la de ese puñado de hombres que sacrifica su tranquilidad en aras de la de sus semejantes!

—Y no crean ustedes—añadía al ver aparecer en los labios de algún tertuliano una dudosa sonrisa—no crean ustedes que cualquiera reúne las aptitudes necesarias para pertenecer á tan honroso cuerpo; al contrario, son indispensables condiciones especialísimas.

El vulgo es miope y su vista se detiene en la superficie de las cosas; nunca puede penetrar hasta el fondo para investigar las causas. Por eso al ver que la fisonomía del agente nada expresa, atribuye á falta de vida intelectual que, reflejándose en el rostro le anime y le dé expresión, lo que sólo es hijo del profundo estudio de un refinado artista. Porque el *policeman* ha de ser artista que dé quince y falta á los Rossi, Salvini y Novelli y á cuantos actores hayan pisado la escena ganando justo nombre.

Es mucho más difícil representar un papel á la luz del sol, y teniendo por escenario el que nos ofrece la vida real, que representarlo en un teatro, á cierta distancia del público y á la luz de unas baterías discretamente situadas.

Por otra parte, como la astucia, la sagacidad y muchas veces la intuición, (porque en la mayoría de los casos es necesario adivinar) son la base del perfecto agen-

te, es indudable que éste ha de tener inteligencia clara y profundo conocimiento de la vida y de la humanidad.

Además ¿para qué serviría un agente que desconociera las ciencias exactas, las naturales, y, en fin, todo lo que puede contribuir á iluminarle en el difícilísimo desempeño de su cometido?

¡Ay amigos míos! ¡Cuan erróneamente juzga el vulgo, dejándose engañar por las apariencias, al agente de policía!

Cada vez que Coriolano endilgaba un discurso de esta especie, la discusión estallaba como una bomba y era de oír al bueno de Lucchetti trinando contra el mundo entero, que se negaba á reconocer las virtudes cívicas y la alta misión de los polizontes.

Por eso la ausencia del agente era causa del aburrimiento de sus contertulios; no habiendo discusión cada cual saboreaba tranquilamente su dosis de café y leía en silencio los periódicos de la tarde.

Coriolano era una máquina eléctrica, dispuesta siempre á despedir chispas al menor contacto.

Una vez, con gran extrañeza de todos, Lucchetti estuvo tres días sin parecer por el café y la reunión acordó, en vista de lo extraordinario del caso, enviar un individuo de su seno, para averiguar la causa de tan insólita ausencia.

Pasaron dos horas, al cabo de las cuales, el comisionado apareció triste y abatido.

—¿Qué hay?

—¿Y el excelente Coriolano?

—¿Se ha disgustado con nosotros?

—¿Está enfermo?

Tal fué el coro de preguntas con que los tertulianos saludaron al recién llegado.

—Lucchetti está muy malo;—respondió éste sentándose.

—Alguna pulmonía, —dijo uno.

—Todo se reducirá al *trancazo*—replicó otro, empuernido cazador de perdices, con reclamo.

—Cerca le anda;—dijo el comisionado.—Pero Coriolano no sufre en estos momentos las consecuencias del *trancazo*, sino de una série de ellos que quizá le sirvan de pasaporte para el otro mundo.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—Si me dejan ustedes tomar aliento y una copa de Marsala, para entrar en calor, referiré punto por punto mi entrevista con el desdichado Lucchetti.

Cinco minutos después, el narrador tomó un sorbo del rico vino siciliano, encendió un *virginia* y comenzó á hablar de esta manera:

—Apenas llegué me introdujeron en la habitación de Coriolano, al cual hallé en el lecho, con la cabeza casi cubierta de vendajes.

—¿Qué es esto, amigo mío?—le dije.

—Las consecuencias de mi manera de pensar; me respondió.—Una patiza de mano maestra que me ha hecho aprender muchísimas cosas en tres días.

—Pero ¿cómo ha sido?—pregunté.

—Voy á contárselo á usted todo, sin omitir detalle, porque quiero irme de este mundo con la conciencia tranquila, después de reconocer mis utopias y abjurar de mis errores.

—Pero usted no está para morirse;—repliqué tratando de animarle.

—Sí, señor; lo estoy, y no discutamos sobre este pun-

to, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

—No insisto.

—Pues oiga usted. Hace unos días que el prefecto de policía tuvo la amabilidad de encargarme una comisión de importancia. Tratábase de velar por la preciosa existencia de cierto personaje, cuyo nombre omitiré para cumplir por última vez el deber profesional, aunque tengo la certeza de que la prensa diaria hará inútil mi reserva.

Bástele á usted saber que era un alto empleado.

Tengo fama de hábil en mi profesión y el prefecto me dispensó la honra de creer que yo era la persona indicada para seguir al señor... N,—le llamaremos así—como la sombra al cuerpo.

Supuse que tal precaución fuera debida á que el celo y la rectitud del señor N. le hubieran granjeado enemigos, de los que no se paran en barras, y que éstos hubieran fraguado algún complot para dar al señor empleado un fin parecido al que tuvo mi glorioso homónimo Cayo Maricio. Créame, pues, llamado á evitar á la patria un día de luto y juré *in petto* servir de viviente escudo al noble y amenazado pecho de mi protegido.

Pero, amigo mío, *errare humanum est*, ha dicho no sé quien (porque en este momento no tengo la cabeza para citas, sino para paños de árnic) y yo me equivoqué de medio á medio en la suposición enunciada.

El señor N. era un hombre de los que el público llama de moralidad dudosa, precisamente porque su moralidad no deja lugar á dudas; pasaba el tiempo en aventuras y empresas galantes, y como había elegido para palenque de sus fazañas un campo en donde los tropiezos

no se dirimen con la caballeresca espada, sino con el plebeyo cuchillo, necesitaba quizá el apoyo de unos puños que tuvieran el vigor de que los suyos carecían.

¡Figúrese usted qué decepción la mía, cuando ví que la alta misión que había imaginado quedábase reducida á convertirme en defensor de un Acis senil contra los furrores de cien Polifemos de ocasión!

Pero vamos al hecho.

En el número 80 de la calle de Giulio Romano, habita una honrada familia de la clase media, que tiene á su servicio á una guapa muchachá, hija de un tablajero de Borgo Nuovo.

El señor N., vió, no sé dónde, á Magdalena, que así se llama la bella trasteverina, y desde aquel punto y hora sintió vehementísimo deseo de poseerla.

Aprovechando los servicios de cierta Celestina, cuyo oficio ostensible es el de corredora de alhajas, y su verdadera profesión la de zurcidora de voluntades y explotadora de rancias lascivias, empezó un fuego graneado de regalos y misivas, que Magdalena aceptó, pensando sin duda que no debía rechazar estas liberalidades del trasnochado don Juan.

Pero las acogió sin soltar prenda.

El señor N. fué estrechando cada vez mas el cerco y semana ha habido en que no ha dejado de ir una sola noche á hacer el cadete por las esquinas, esperando que la suerte le deparase la feliz ocasión de hablar cara á cara con la rebelde Magdalena.

Yo, entre tanto, estaba de centinela á cien pasos de él, al pié de la escalinata del Capitolio, y meditaba á mis anchas acerca de los deplorables estragos que los apetitos desordenados pueden hacer en la razón de un viejo verde.

Magdalena, ó Nena, como generalmente la llaman, tiene un novio, Checco, que es cortador de carne, como su presunto suegro y como él también trasterverino de pura raza; todo un buen mozo con los cascos á la ginetá, que está rematadamente loco por la muchacha.

Esta, comprendiendo que la prudencia le aconsejaba callar, nada había dicho á Checco de la tenaz persecución de que era objeto; pero en vista de que el señor N. apretaba cada vez más el cerco y de que ella no atinaba con un medio hábil de hacerle entender que sus pretensiones eran, por lo menos, tan ridículas como extemporáneas, la pobre muchacha decidió celebrar una conferencia con su novio para ponerle en autos de la obstinación y de los propósitos del viejo chichisveo.

Y la conferencia —exclamó lanzando un suspiro capaz de enternecer á una piedra— tuvo lugar.

· Vea usted parte de sus resultados; —agregó indicando su individuo.

Digo parte, porque lo demás que de ello resultó tocóle en suerte al alto empleado, que á la hora presente debe de estar mucho peor que yo.

Y como yo—observó el narrador—hiciera un movimiento de duda, muy natural en vista del deplorable estado de nuestro maltrecho amigo, á quien contemplaba con ojos de conmiseración, Coriolano agregó:

—Sí, señor; infinitamente peor que yo, á pesar de que casi no puedo moverme ni hay en todo mi cuerpo el espacio que ocuparía una moneda de á céntimo, que no me duela á rabiár.

Pero el viejo, con su cuerpo desencuadrado, que le da el aspecto de un rocín de toros, los muchos años que pesan sobre su huesuda armazón y la preferencia que

Checco se ha dignado concederle en el vapuleo, ha llevado, no lo dude usted, la peor parte en la danza, y...

—No se esfuerce usted;—le dije—estoy convencido.

—Pues bien, prosigo mi relato.

Hace tres noches salió Nena á la calle; el señor N., siguiendo su costumbre, acercóse á ella y entabló un diálogo, animado por su parte, con todo el fuego que en un sér lividinoso es capaz de encender la última llamarada de la vida.

Yo, oculto tras el quicio de una puerta, oía sin ser visto el vivo tiroteo de palabras que la desigual pareja cambiaba.

Le aseguro á usted que la escena era eminentemente cómica. De una parte la llama del deseo inspiraba á mi protegido, quien se expresaba con facundia meridional; de otra parte, lo ridículo del pretendiente y su estirada oratoria servían de incentivo al natural burlón de aquella hija del pueblo, la cual hacía verdadero derroche de epigramático gracejo, empleando el pintoresco lenguaje que es peculiar de esa clase de gente.

Momento hubo en que olvidé el mal papel que mi suerte me obligaba á representar, para oír con regocijo sumo la escena bufa que no podía ver.

De pronto un chillido resonó y creí reconocer su precedencia; era mi buen señor N. quien lo lanzaba.

Al propio tiempo llegó á mi oído una voz robusta, que con iracundo acento decía:

—¡Toma, viejo petatel ¡Mamarracho! Aprende á salpicar con tu baba asquerosa el lindo rostro de una mujer honrada.

El rumor de golpes sordos que acompañaba al apun-tado apóstrofe me hizo adivinar lo que ocurría.

Rápidamente abandoné mi escondrijo, temiendo que el airado mozo (pues no me cabía duda de que era Checco quien apostrofaba al alto empleado) diera fin de su men- guado y grotesco rival, y tan pronto como llegué al cen- tro de la calle se ofreció á mi vista un cuadro, que no ol- vidaré en mi vida; parecía la reproducción viviente, sal- vo algunas modificaciones, de la imagen de San Miguel.

Checco representaba al Arcángel; en la diestra, en vez de la flamígera espada, blandía un recio garrote, con el cual vapuleaba á sus anchas al ruín chichisveo, quien yacía á sus piés enroscado, por decirlo así, con violenta contracción producida por el dolor y el espanto.

Ver esto y lanzarme resueltamente á defender al se- ñor N. fué todo uno; pero el garrote cambió de dirección, antes de que yo pudiera apercibirme, y Checco me dis- pensó la honra de medirme por el propio rasero que á mi conspícuo protegido.

En un santiamén recibí tal lluvia de palos, que di con mi humanidad en tierra

como cuerpo muerto cae.

Y milagro fué que no acabara con nosotros el justa- mente irritado mozo. Los agudos chillidos del señor N., que gritaba como si le estuvieran desollando vivo, llama- ron la atención á una pareja de guardias.

Estos se acercaron al lugar del vapuleo y Checco, al verles, escapó á todo correr, sin volver la cara atrás ni de- cir «ahí queda eso.»

Ya conoce usted la dolorosa historia de mi deplorable estado.

Ahora tome usted esta carta que tenía preparada pa- ra enviarla á la tertulia y déme su palabra de honor de no abrirla hasta que todos los tertulianos se hallen pre- sentes.

Y uniendo la acción á la palabra sacó un pliego, cuidadosamente lacrado, de debajo de la almohada y previo juramento mío, me lo entregó. Estrechóme la mano, y me dijo sonriendo de una manera enigmática:

—Márchese usted á dar noticias mías á nuestros excelentes amigos y hasta mañana; la larga relación que he hecho me ha fatigado y necesito descansar.

—Hícelo así y aquí me tienen ustedes.

—¿Y la carta? —preguntó el cazador de perdices.

—Esta es.

—Pues procedamos á abrirla.

He aquí, lectores míos, el contenido de aquel documento:

«Teníais razón, mis buenos amigos; reconozco humildemente que nunca fui sacerdote y que al creer que lo era sólo cumplí sobre la tierra la misión de imbécil absoluto.

Pero tengo cierta rectitud de conciencia; la historia que conoceis, porque os la relatará el dador de esta carta, me ha hecho desmerecer á mis propios ojos, y me ahorco.

Justo castigo á mi imbecilidad.

Conocí perfectamente á Checco, y me he guardado de denunciarle.

Le debo una gran lección.

La policía no puede ser un sacerdocio.

Ni los empleados deben llevar escolta, cuando van á meterse en canisa de once varas.

Así habrá siempre un mozo que les recuerde á palos su deber.

Y algo se gana.

Coriolano Lucchetti.»

DESENGAÑO Á TIEMPO

En Roma, no lejos del cuartel del Macao, existe un hermoso palacio rodeado de extenso y bellísimo jardín.

La piqueta demoledora, que el afán de especulación dominante en el último tercio del presente siglo agita con verdadero frenesí, aun no ha arrancado de aquel lugar la higiene, la comodidad y la belleza, para que el lucro asiente su opresora planta.

En día quizá cercano, palacio y jardín desaparecerán y en su área veremos surgir, como por arte de magia, una manzana de casas á la moderna; esto es, un edificio semejante á enorme pila de panales, en cuyas celdillas se agite, sufra y muera antes de tiempo, un enjambre de seres humanos condenados por el espíritu de mercantilismo reinante, á no gozar en sus viviendas el aire y la luz de que la mano del Hacedor ha dotado á nuestro globo con tanta largueza, y cuyo usufructo, caseros y municipios, con solidaridad digna de mejor causa, no permiten al ciudadano sino con restricciones inverosímiles.

El palacio de que tratamos, aún no ha sufrido la te-

mible metamórfosis, y los frondosos árboles continúan coronando con sus verdes ramas la tapia que cierra tres de los lados del jardín, y la negra verja de gruesos barrotes rematados en doradas lanzas, sigue defendiendo por el lado restante la entrada del delicioso oasis.

Un verdadero túnel de verdura cobija la ancha calle de finísima y amarillenta arena, que desde la verja conduce directamente hasta la rotonda que hay delante del peristilo del palacio. En medio de esta rotonda se vé una fuente circular, en cuyo centro aparece un grupo de mármol, discreta escultura, que representa á la hija de Faraon salvando á Moisés de las aguas del Nilo.

Era una noche de Abril.

Los innumerables relojes de la Ciudad Eterna habían dado, unos después de otros, doce campanadas; su vibración se perdió en el espacio, como el día cuyo término marcaban.

El palacio yacía envuelto en misterioso silencio que, de vez en cuando, interrumpía el lejano rodar de un carruaje ó el blando susurrar de las hojas de los árboles dulcemente movidas por la brisa.

En medio del vestíbulo, un gigantesco oso blanco, apoyado en sus patas traseras, presentaba una bandeja de plata, dispuesta para recibir tarjetas.

La embalsamada fiera parecía deleitarse en la contemplación de su tosca é imponente figura, que reproducía un enorme espejo colocado enfrente, y al pié del cual, encerradas en rústica jardinera, se veían algunas hermosas plantas de salón.

Detrás del oso, y tan inmóviles como él, dos servidores, enfundado uno en blasonada librea, y vestido de frac y corbata blanca el otro, arrellanados en sendos sillones

de tallado roble, dormían con la tranquilidad de justos, sin que la dureza propia de los artísticos muebles que ocupaban, ni la inflexibilidad de los altos y almidonados cuellos, que aprisionaban sus robustos pescuezos, turbase en manera alguna su apacible sueño.

La ancha escalera de mármol cuyo centro cubría gruesa alfombra roja, sujeta con varillas de metal, estaba desierta. En el primer peldaño, de pié sobre la balaustrada, una negra estatua inclinaba la cabeza en actitud de examinar á la clara luz de un candelabro, que sostenía en alto, á cuantos visitantes pusieran la planta en aquel recinto.

En una habitación del piso principal, en la que correspondía á uno de los ángulos posteriores del palacio, había una mujer envuelta en una bata de cachemir blanco, adornada con finísimas plumas del propio color. Hallábase indolentemente recostada en una *chaise longue* forrada de raso azul, y al alcance de su mano, sobre una mesita de rosa fileteada de bronce, tenía un paquetito de cartas y un retrato de hombre. Examinaba las primeras con voluptuosa lentitud, como si saborease una á una las frases que contenían, y de vez en cuando interrumpía la lectura para fijar en el retrato una intensa mirada.

Aquella mujer, ó mejor dicho, aquella dama, pues lo era empingorotada y linajuda, se llamaba la condesa de Roccagialla; el paquetito de cartas contenía las amorosas misivas del futuro marido de la condesa, del jóven marqués de Capoameno, y el retrato... ¿es necesario decir que era la imagen fotográfica del presunto conde consorte?

Dos golpes dados suavemente en la puerta sacaron á la dama de su arrobamiento.

—Adelante—dijo.

Apareció entonces una hermosa joven de negros ojos y morena tez, tipo perfecto de la *minente* transtiberina, salvo el ropaje, porque llevaba el vestido negro y el blanco delantal, uniforme adoptado por el gremio de doncellas.

—Nena,—murmuró la dama—puedes retirarte; por esta noche no te necesito.

—Yo creía,—replicó la muchacha,—que la señora condesa pensaba asistir al baile de la duquesa del Salice.

—Has creído una tontería, porque, no yendo él, no tiene encantos para mí el baile.

—¡Ay!—exclamó hipócritamente Nena—es una lástima, porque la ocasión era excelente para que la señora condesa estrenase el vestido perla que le ha enviado madama Borla. ¡Le sienta tan bien!

—Paciencia, será otra vez. Vamos, retírate, y hasta mañana.

Salió la airosa Nena, y la Roccagialla, dando un suspiro, se puso en pie y se dirigió hacia un escritorio de palisandro cargado de *bibelots*, en el cual guardó, no sin examinarlas antes con lánguida mirada, la cartas, que debían de ser incendiarias á juzgar por el efecto que su lectura producía en la dama.

Cuando las hubo guardado, andando lentamente, estudiando los movimientos como si tuviese sospechas de que Capoameno la espiaba oculto en algún rincón, fué á colocarse delante de un armario de rosa con adornos de bronce, en cuya luna ovalada y de biselado borde contempló su imagen.

El exámen debió ser altamente satisfactorio para la interesada, que exclamó:

—Nadie podría notar la huella de mis sesenta prima-

veras; aún valgo mucho más que varias mujeres que conozco.

Después volvió á tomar su aire soñador, despojóse de sus ropas, hizo su *toilette* nocturna y se metió en el lecho.

El sueño comenzó á embargar á la condesa, en cuya mente aparecían con vagos é indeterminados contornos las cartas que acababa de guardar, la imágen de su jóven prometido y el baile de la duquesa, del cual había hablado Nena á propósito del vestido perla.

A medida que Morfeo se iba haciendo señor del campo, las visiones, vagas é inciertas antes, comenzaban á presentarse claras y precisas. Las cartas estaban escritas con caracteres de fuego, cuyo calor hacía que la sangre de la condesa circulara con rapidez increíble; el retrato crecía, crecía hasta llegar al tamaño natural y luego se animaba, salía del marco y trémulo de pasión se acercaba al lecho. La Roccagialla extendía los brazos; pero en aquel momento una mujer jóven y hermosa interponía una gruesa cortina entre los novios, y al propio tiempo lanzaba una carcajada estridente, horrible, que helaba la sangre á la condesa. La cortina, vista despacio, era el famoso vestido perla.

De pronto el vestido dejó de desempeñar las funciones de telón para llenar las que le eran propias. Su dueña lo llevaba puesto, y ataviada con tal obra de arte, recién salida de los talleres de madama Borla, la modista de la Reina, entraba radiante como una diosa en el baile de la duquesa del Salice.

El vestido hacía furor.

La Roccagialla era objeto de la atención general. Todo el mundo encomiaba su buen gusto á propósito de su *toilette*.... y de su próximo matrimonio. Traje y futuro se

hallaban, por lo visto, en igual grado de predicamento.

A pesar de tan grata acogida, la condesa estaba contrariada, nerviosa, impaciente. No había ido para escuchar elogios, sino para exhibirse en el mundo aristocrático al lado de Capoameno; para ser objeto de sus galanteorías, para admirar su apostura y su elegancia, y, en fin, para monopolizarle—valga la palabra—y pasear triunfante cogida del brazo de su futuro y mirándose en sus ojos, con lo cual reventarían seguramente de envidia todas las mujeres que se hallaran en salón.

Lo peor del caso era que el joven marqués no aparecía vivo ni muerto, y que su ausencia tenía á la dama fuera de quicio.

Cuando al cabo se convenció de que su amor no había llegado todavía, decidió sentarse enfrente de la puerta de entrada para verle, no bien apareciese en ella. Buscó con la mirada un punto estratégico, y la casualidad le deparó uno inmejorable. Entre la cortina que cubría el hueco de una puerta y un gran jarrón japonés, había una silla que parecía colocada *ad hoc* para servir los deseos de la condesa. Ésta no vaciló, pues, y fué á situarse en aquella especie de hornacina, donde quedó casi oculta.

Pocos minutos hacía que ocupaba su improvisada atalaya, desde la cual oía distraidamente la conversación de dos jóvenes que, sentados al otro lado del tabor, pasaban despiadada revista á los concurrentes, cuando en la puerta de la sala apareció una mujer elegantemente preñada.

La Roccagialla reconoció en ella, al primer golpe de vista, á la que en su ensueño interponía el vestido y lanzaba carcajadas espeluznantes.

—¡Calla!—exclamó uno de los jóvenes,—¡la bellísima novia de Ettore Capoameno!

La condesa sintió un estremecimiento horrible.

—La signora Piperno, querrás decir; —replicó el otro con gravedad cómica.

—¡Casada! ¿Desde cuándo?

—Desde Octubre; época en que entregó su blanca mano al signor Domenico Piperno, burgués y millonario.

—Pues no sabía...

—¡Desdichado! ¿Qué puede saber el hombre que pasa un año y pico lejos de la capital del mundo cristiano?

—Tienes razón.

—Pero no te afligas; yo descorreré con mano experta el velo que oculta á tus ojos la historia contemporánea.

—¿Sí? Pues comienza por decirme cómo se ha hecho ese matrimonio.

—De repente. Ettore quería casarse con Giulia, la familia de ésta se oponía; apareció en campaña el signor Piperno con sus millones y su mastodóntico aspecto, y de la noche á la mañana se concertó la boda que á todos nos llenó de sorpresa.

—¿Y el pobre Capoameno?

—Como pobre, continúa al nivel de Job, de bíblica memoria; como amante, ha trocado su título de novio por el de... amigo de la casa, y, á juzgar por la apariencia, está muy conforme con el cambio.

—Tienes una lengua viperina.

—No lo creas. Esta historia es del dominio público; nadie la ignora, excepto tú, porque has estado ausente, y el *signor* Domenico, que en su calidad de marido...

—Pero, al fin, aunque á medias, Ettore ha sufrido un descalabro.

—Es posible; pero le ha servido de lección provechosa, puesto que piensa imitar la conducta de Giulia.

—¡Noticia piramidad! ¡Ettore se casa! ¿Y sabes á quien ha elegido por víctima?

—A la condesa de Roccagialla.

—No la conozco; pero la supongo un sér extraordinario, cuando ha logrado pescar á Capoameno á pesar de Giulia.

—Yo tampoco la he visto; pero Ettore me ha hecho tantas veces su retrato, que lo sé de memoria.

—¿Es jóven?

—Nuestro amigo dice que debió de nacer en la edad de piedra, aunque ella afirma que se encuentra *nel mezzo del cammino della vita*, punto situado entre los treinta y los cuarenta.

No me parece mal. ¿Y qué aspecto tiene ese monumento arqueológico?

—Su cuerpo es largo y delgado, como una pértiga, pero con salientes y entrantes, merced á la penuria de carne y á la exhuberancia de hueso. En la parte superior de este esqueleto viviente por arcanos designios del Eterno, y que Ettore supone forrado de pergamino, hay una cabeza cuyas dos terceras partes cubre artística peluca color rubio *poupée*, y la restante una espesa capa de afeites, que, de no estar así, la cara fuera, con sus arrugas y su obscuro tinte, trasunto fiel de una pasa malagueña. Su boca...

—¡Alto ahí! Eso no es mujer, sino un vestiglo capaz de hacer temblar al propio Francisco Esteban!

—Y á Roldan y al Cid y á todos los valientes juntos. Tal es también la opinión de Capoameno.

—Y sin embargo...

—Se conoce que Ettore quiere hacer en Roma una proeza que supere á la que su ilustre tocayo Fieramosca

hizo en los campos de Barletta, y, al efecto, se casa con Angiolina.

—¡Se llama Angiolina! ¡Qué monstruosidad!

—*¡Sic volvere fata!* Quizá al bautizarla no tuvieran en cuenta que el «lento, pero continuo» paso de los siglos podía convertir ese nombre celestial en un horrible sarcasmo.

—Mira, ahí viene Capoaмено.

—Dí más bien ahí va, puesto que se dirige, radiante de satisfacción, á hablar con la bella Giulia.

—Comprendo su satisfacción. Observa qué diálogo tan animado entablan.

—¡Como que se adoran!

—Pero, hablando seriamente: ¿crees que tendrá valor para casarse con el esqueleto trashumante que te has complacido en retratar?

—Lo creo á puño cerrado.

—¡Brrr! ¡Me estremezco!

—También Ettore dice que siente escalofríos cada vez que se acerca á su futura; pero supone que el amor de la joven y el oro de la vieja le harán llevaderos los horrores conyugales.

—Esa condesa momificada debe estar loca de remate.

—Harto lo prueban sus proyectos, que son tan ridículos como extemporáneos.

En aquel momento el marqués de Capoaмено y la hermosa Giulia, cogidos del brazo y sosteniendo amorosa plática, pasaron por delante de Angiolina.

Esta quiso levantarse, atajarles el paso y pedir cuenta estrecha á Ettore; pero sus piernas se negaron á sostenerla. Trató de hablar, y sintió como si una mano de hierro oprimiese su garganta, impidiéndole articular una sílaba. La luz huyó de sus ojos.

La infeliz condesa extendió los brazos, como buscando un punto de apoyo, y lanzó un gemido ahogado. Un sacudimiento nervioso agitó todo su sér y... la pobre anciana despertó en un estado fácil de comprender, pero difícil de pintar.

Entonces se sentó en el lecho y prorrumpió en amargo llanto.

Luego, tomando una resolución enérgica, se dirigió al escritorio de palisandro, y á la luz de una bujía trazó con temblorosa mano la siguiente carta:

«Nuestro matrimonio es imposible. Os devuelvo vuestra palabra.—La condesa de Roccagialla.»

Volvió al lecho, hizo sonar un timbre eléctrico, y cuando acudió Nena, á quien el insólito llamamiento había sobresaltado, le dijo:

—Esta carta, en cuanto amanezca, al señor marqués de Caposomeno.

La doncella abrió los ojos con asombro, creyendo que su señora se había vuelto loca.

—Tranquilízate—murmuró Angiolina, que comprendió aquélla mirada.—Estoy más cuerda que nunca, gracias á un aviso del cielo.



UN ANÓNIMO

Eran las ocho de la noche.

Pepito López daba vueltas por su despacho, como una fiera enjaulada. En la mano tenía un papel y de cuando en cuando lo levantaba á la altura de los ojos; pero inmediatamente apartaba la vista horrorizado.

Por fin, venciendo su repugnancia, lo leyó.

He aquí el contenido de la carta, pues carta era el papel que tan fuera de quicio había puesto á Pepito Lopez:

«Tu mujer te engaña; tiene un amante que se llama Isidoro Cordero, y con él pasa en sabrosas pláticas las noches que tu empleo te retiene fuera de casa. ¿Quieres cogerles *in fraganti* y hacer un escarmiento? Finge que estás de servicio y vete á buscarles á la calle del Sombrerete, número 198, cuarto 4.º interior, centro.

Un amigo agradecido.»

Hacía dos ó tres días que Pepito recibiera el anónimo que hemos transcripto y casi lo sabía de memoria; sin embargo, al ver de nuevo la tremenda acusación dió

una puñada al primer mueble que halló á mano y exclamó:

—¡Soy el hombre más desdichado de la tierra! ¿Por qué me he casado? Mi mujer, á quien creía modelo de esposa, me engaña miserablemente con un Cordero, que debe de ser un animal. ¿Y cuándo? Precisamente mientras paso la noche en vela para ganar el sueldecito que mi cara mitad coge luego con sus manos pecadoras, para despilfarrarlo en obsequiar á ese tío. ¡Esto es cruel, inicuo, inaudito! Y como si no bastara, gracias á que en Madrid las casas tienen los tabiques de papel, estoy condenado á ser testigo invisible de la insolente dicha conyugal de mi vecino y tocayo el polizonte y de su mujer, que pasan dulcemente la vida diciéndose ternezas. Esto es lo que se llama el suplicio de Tántalo. ¡Ah! Nos veremos las caras, señora Domitila; lo he meditado, estoy resuelto y esta noche no habrá piedad para tí... ni para él—añadió apretando los dientes como si quisiera triturar el pronombre.

*
* *

Diez minutos después se despedía de su mujer con un «hasta mañana» semejante á un cañonazo, y, calado el sombrero hasta las cejas y embozado en la capa hasta los ojos, como un conspirador, púsose en acecho detrás de una esquina cercana. Sus ojos, que en la obscuridad relucían como los de un gato montés, no se apartaban un momento de la puerta por donde el atribulado Pepito aguardaba y temía ver aparecer el *Manes thescel phares* en forma de mujer culpable.

Una hora, que le pareció más larga que un siglo, transcurrió.

Un coche de punto se detuvo delante de la puerta.

El marido de Domitila sintió un hormigueo que le empezó por las piernas y acabó por invadirle todo el cuerpo y hacerle temblar como un azogado. El corazón le daba saltos en el pecho y algunas gotas de sudor muy frío resbalando por su rostro, fueron á perderse en el embozo de la capa.

—Ahí está el ladrón de mi dicha y de mi honra,—pensó el cuitado. —¡Ah, consorte pérfida, te voy á hacer polvo!

Una mujer, envuelta en ámplio abrigo, salió del portal y tomó posesión del carruaje.

El auriga fustigó el caballo y el coche partió con desusada rapidez.

La duda no era posible; el *amigo agradecido* había dicho la verdad.

Pepito, con ademán de actor trágico, extendió un brazo hácia el vehículo, que se alejaba á todo trotar del rocín, y juró vengarse cruelmente.

* *

Colorado como un tomate y medio ahogado por los celos, la cólera y la carrera que había dado para no perder momento en la ejecución de su venganza, presentóse al inspector del distrito. Mas cuando vió que éste era precisamente su bienaventurado vecino, el de la eterna luna de miel, tornóse del color de la cera virgen y estuvo á punto de caer víctima de un desmayo. 33

—Hola, tocayo,—exclamó alegremente el inspector al verle.—¡Tanto bueno por aquí!

—¡Ay!—suspiró Pepito.—Al contrario.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Que es malo, malísimo, el asunto que me trae.

—¡Y yo creía que venía usted á fumar un cigarrillo al amor del brasero!

—¡Ojalá! Pero desdichadamente no vengo en busca de mi amigo, vecino y tocayo don José Lopez, sino á denunciar un crimen nefando al señor inspector del distrito.

—¡Cáspita! Pues usted dirá, amigo; como particular y como funcionario estoy á sus órdenes.

—Se trata...—murmuró Pepito respirando con dificultad y pronunciando las palabras como si se le quemaran los labios—se trata de que me ayude usted á sorprender á mi esposa en flagrante delito de adulterio.

—¿Es posible?—exclamó el de policía abriendo mucho los ojos y arqueando las cejas en forma de signos interrogativos.—Doña Domitila...

—En este momento se halla con su amante, acto que constituye un delito previsto por los legisladores. ¡Si yo también lo hubiera previsto me conservara célibe!

Y la fisonomía del marido engañado expresó tal compunción, que el inspector, conmovido, miró con lástima á su infeliz tocayo y murmuró entre dientes:

—El caso es grave.

—Gravísimo,—afirmó Pepito, como un eco.

—Por lo tanto es necesario ir con piés de plomo.

—Al contrario; con alas. Si tardamos pueden escaparse y mi honor exige ..

—Pero sepamos. ¿Tiene usted la certeza de lo que afirma?

—Cómo no, si les he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.

—Entonces no hablemos más y vamos, si sabe usted á donde hemos de dirigirnos.

—Las señas están aquí, en este papel que será causa y origen de mi prematura muerte; porque no lo dude usted, don José, tal disgusto me cuesta la vida.

—No es para tanto, vecino; —replicó el inspector tomando el anónimo que Pepito le presentaba,—cosa es muy triste, convengo en ello; pero morirse ¡Canario! es más triste todavía.

—Vamos, —añadió después de enterarse de las minuciosas señas que daba el *amigo agradecido*—por falta de detalles no dejaremos de descubrir el nido.

Y seguidos de dos agentes se encaminaron á la casa indicada.

Durante el trayecto el bueno de don José agotó su elocuencia, que en honor de la verdad no era mucha, para convencer á su acongojado tocayo de que no debía morirse por tan poca cosa. Pero Pepito no le oía. Iba dando resoplidos, como si le faltase aire, y tropezando con los transeuntes y con las esquinas.

*
* *

—¿Es usted don Isidoro Cordero?—preguntó el inspector á un joven que se había presentado al llamamiento reglamentario que aquél hizo en la puerta del cuarto sospechoso.

Servidor.

—Pues tenga la amabilidad de entrar, decirle á doña Domitila que salga y venirse con nosotros.

—Para poder complacer, como desearía, al señor inspector del distrito, sería necesario que yo conociese á la señora cuyo nombre he tenido el honor de oír.

—Caballerito,—replicó don José con voz campanuda —debo advertirle que las negativas solo conducen á empeorar la situación de usted; que ya es, por desgracia, harto grave.

—Y yo, señor inspector, sano de cuerpo y de alma, juro que he dicho la verdad. Ignoro quien es doña Domitila. Y cójame un tranvía si miento.

—¿Con que no lo sabe usted?—preguntó don José con cierto retintín.

—No, señor.

—Pues esa señora, á quien usted pretende no conocer, es... la esposa de este caballero, de un hombre honrado, feliz ayer y hoy sumido en la desesperación merced á crueles y horribles liviandades.

Y el inspector, al declamar enfáticamente este apóstrofe, se apartó para dejar cara á cara al marido y al amante.

Pero la escena teatral con tanta habilidad preparada, no produjo el efecto apetecido y fué necesario proceder á registrar la habitación.

Mohinos y cabizbajos iban á retirarse después del infructuoso registro, cuando Pepito profirió estas palabras, indicando un armario de luna:

— Ahí puede ocultarse una persona.

Dió un paso el inspector hácia el presunto escondrijo; pero Isidoro se interpuso y tomando una actitud melodramática exclamó:

— Este mueble no se abre sin pasar sobre mi cadáver.

La casa era clara como la luz del sol; allí estaba el cuerpo del delito; es decir, la esposa infiel.

A una indicación de don José, los agentes se apoderaron de Isidoro y le trasladaron á la habitación inmediata.

El inspector echó una mirada de profunda compasión al mísero Pepito, que se sentía muy mal y estaba por segunda vez á punto de caer redondo al suelo.

— Valor, amigo mío—le dijo—seamos hombres; ha llegado el terrible momento de la prueba.

Y le apretó la mano para dar más fuerza á la alocución.

Después hizo girar el espejo sobre sus goznes; pero al punto, como si temiera que se volatilizara lo que el armario contenía, cerró de golpe, dió un grito y se puso más pálido que un difunto.

Pepito, que le miraba alentando apenas y clavado en el suelo, como si sus pies hubieran echado raíces, preguntóle con voz semejante al vagido de un niño:

— ¿Qué le pasa á usted, vecino?

— Nada;—respondió éste.

Y acercándose vacilante, como si estuviera ébrio, añadió tan bajo, que solo pudo oírle Pepito Lopez:

— La carta del *amigo agradecido* era para mí.

LA FIERA

al mi buen amigo y compañero
M. R. Blanco Belmonte.

I

Dmitri Nicolaieff era el nombre con que los carteles anunciaban al audaz domador.

Si en un momento de expansión, entre dos copas de *gin* ó de *ratafiá*, le hubiérais preguntado acerca de su origen, os habría dicho, sobre poco más ó menos:

—Ignoro donde nací. Recuerdo algo de mi infancia, que se deslizó en las calles de Novgorod, donde yo vivía como perro vagabundo.

¿Por qué vine á ellas? No lo sé.

Ingeniándome para construir un aparato de pesca, cuando lograba reunir las primeras materias, echaba mi anzuelo en el Volkhof, en cuya orilla derecha he pasado largas horas.

Como pescaba en aquellas turbias aguas, pescaba también en los bolsillos de una *tulupa*, si la ocasión se me presentaba.

Un día, durante los de la famosa feria de aquella ciudad rusa, tuve ocasión de admirar la rica colección de fieras que exhibía el señor Nicolás.

La energía del domador; la fiera de los animales, el peligro de la lucha... todo esto hirió profundamente mi imaginación, y, desde entonces, haciendo inauditos esfuerzos para procurarme los medios, no perdí una representación.

El señor Nicolás llegó á advertir mi asiduidad, y una noche, cuando iba á penetrar en la jaula de los leones, se acercó á mí y me dijo:

—Muchacho, aguárdame en la puerta, que á la terminación del espectáculo tengo que hablarte.

Preocupadísimo por tan extraña cita aguardé al domador, que acudió puntual.

Invítome á ir á un café y á él nos dirigimos.

—¿Tienes familia?—me preguntó, cuando nos hallamos sentados ante una mesa, dispuestos á consumir sendos ponches de *brandy*.

—No, señor.

—¿De qué vives?

—De nada y de todo.

—Eres filósofo;—dijo sonriendo.

—Y añadió:

—¿Por qué acudes siempre á verme trabajar con las fieras?

—Porque me gusta admirar á usted,—le respondí francamente.

—¿Te atreverías á acompañarme?

—Veo que tiene usted más valor que los leones, que posée prodigiosa fuerza y una sangre fría que me maravilla, y creo que á su lado no correría el menor peligro.

—Me lo imaginaba. Tú serás dominador... si lo deseas.

—¡Ojalá! ¿Qué hay que hacer para aprender lo que usted hace?

—Venirte conmigo y serás mi discípulo.

—¿Qué edad tienes?

—No lo sé.

—Aunque eres alto y fuerte, me figuro que no tendrás más de doce años.

—Lo ignoro.

—¿Cómo te llamas?

—Dmitri.

—¿Dmitri, qué?

—No lo sé.

—Pues si quieres venirte conmigo, desde hoy te llamarás Dmitri Nicolaieff; te daré albergue, comida y ropa y pasarás por hijo mío.

Yo no volvía de mi asombro. Dispuestos por mí mismo los acontecimientos no hubieran sido más á mi gusto.

Acepté sin vacilar y de un golpe encontré un nombre, una posición y una familia.

Es decir, familia nó, porque el señor Nicolás carecía de ella.

—Todo esto os hubiera dicho Dmitri Nicolaieff, para demostraros que ignoraba absolutamente su origen.

II

Sus excepcionales condiciones y el verdadero y hondo afecto que sintió por su bienhechor, le impulsaron á arriesgar temerariamente la vida en una ocasión, en que el señor Nicolás, caído y maltrecho á consecuencia del zarpazo de un tigre, hubiera perecido indudablemente sin la oportuna intervención de su discípulo, ó mejor dicho, de su hijo adoptivo, que, avalanzándose á la fiera, luchó breves momentos con ella y la dió muerte de una certera puñalada en el corazón.

—Acaso por gratitud, quizá por cariño, el señor Nicolás, que no logró recuperar la salud después del mencionado accidente, nombró su único y universal heredero al joven Dmitri

Quince años después de la noche memorable en que el domador, al terminar una representación en la feria de Novgorod, tuvo la conferencia con Dmitri, éste se hallaba en París, dueño de la colección de fieras notablemente enriquecida, y de una respetable suma acumulada en el Banco de Francia, año tras año, merced á las economías del señor Nicolás.

París es una ciudad que necesita diariamente algo de que hablar, un ídolo que levantar para romperlo al día siguiente ó para arrojarlo, cansado de él, al rincón del olvido, del cual es inútil sacar los objetos empolvados, porque no entretendrían al último de los *gavroches*.

Dmitri Nicolaieff era todo un buen mozo; un hermoso ejemplar de la raza eslava: de elevada estatura, com-

plexión atlética, rasgos correctos en la fisonomía y dulce mirar. Cuando se presentaba ante el público con el frac azul cuidadosamente abotonado, el calzón de punto color perla y la media de seda que dibujaba los poderosos músculos, la sonrisa en los labios y la delgada fusta con puño de oro en la mano, hacía latir más de un corazón de ese *demi-monde* que sólo se conmueve ante el *papier Garat* ó lo que representarle puede.

Dmitri entraba en las jaulas de sus terribles pupilos con la misma corrección exquisita que hubiera podido entrar en un salón; sin amenazas, sin desconfianza, sin desplantes de brocha gorda. Y las fieras le obedecían, y si alguna rugía y se rebelaba, Dmitri sabía imponerse con la mirada y luego, cuando la había dominado, sonreía como debe sonreír el titán que le demuestra al niño lo desigual de la lucha.

El joven domador fué, en una palabra, el hombre de moda entre el París que se divierte, y el blanco de las miradas del *demi-monde*...

—De él se contaban cosas estupendas: como Hércules, luchaba con los leones y los vencía; salvó la vida á su maestro y padrino extrangulando á un tigre como hubiera podido acabar con la existencia de un inofensivo pollo...

Y todo lo hacía sereno, sonriente, sin darle importancia.

Esto y mucho más, que la fantasía inventaba para crear la leyenda, corría de boca en boca y se publicaba con riqueza de detalles y viveza de colorido en los periódicos que consagran columnas enteras á los héroes del día, sean éstos cuales fueren.

Aquiles tenía un talón vulnerable y el ahijado del señor Nicolás no era de mejor condición que el hijo de Peleo y de Tetis.

El hombre, que tenía poder bastante para someter á las fieras al dominio de su voluntad, se rindió á su vez á los caprichos de una mujer.

Odette, una parisina de pura raza por la cual se había arruinado más de un calavera; que daba tés íntimos en su coquetona vivienda, una monísima *bombonera*, una jaula digna del pájaro que había de alegrarla con sus trinos, y á cuyo decorado contribuyeron innumerables admiradores de la *vengadora*; la deliciosa Odette, que de todo y de todos se reía, tomó muy por lo sério su amor al domador ruso; y éste, ofuscado, embriagado, sintiendo por vez primera en el corazón algo que le hacía dichoso y desventurado á un tiempo mismo, algo que era tortura grande y alegría inefable, cayó sumiso á los piés de la jóven.

Y la *menagerie*, que en otro tiempo fuera su ilusión más grata, ocupó, á partir de aquel día, lugar muy secundario.

El amor de Odette temió por la vida de Dmitri siempre expuesta en tan peligrosa profesión, y la colección de fieras fué enajenada, á excepción de Sultán, un soberbio tigre de Bengala, nacido en la *menagerie* y educado por su dueño maravillosamente.

El magnífico animal era el único eslabón que unía el presente con el pasado del protegido del señor Nicolás; la sola concesión que el enamorado mozo hizo á sus ensueños de antaño, sin oposición por parte de Odette, quien veía en la posesión del felino una excentricidad digna de ser tenida en cuenta por los parisienses.

Poco tiempo después de haber vendido la colección de fieras, Odette, rompiendo también con su pasado merced al amor recíproco, se llamaba madama Nicolaieff.

III

Cada mes que transcurría aumentaba el amor de Dmitri por Odette; aquel afecto, nacido cuando el hombre estaba en la plenitud de la vida, absorbía todo su sér, como siempre acontece con el amor primero; se hacía sentir grande, avasallador y hondo, porque se desarrollaba en un corazón vírgen.

Odette, deslumbrada por la celebridad de Dmitri, enamorada también de su belleza plástica y queriendo, acaso, participar de la notoriedad del domador, había abdicado de su libertad. Pero temiendo por la vida de su marido hízole vender la *menagerie*; convertido aquél en simple particular y extinguido el último eco de los rumores que su casamiento originara, le quedaba por todo programa la dulce y tranquila existencia de un hogar excesivamente burgués, cuyo jefe, en zapatillas, distaba mucho de ser el héroe forjado por la fantasía y envuelto en la dorada nube de la leyenda.

La ex-vengadora, acostumbrada á la ruidosa existencia que antes arrastrara, no podía seguir sosegadamente por la senda conyugal, que le parecía monótona y aburrida. Dmitri con su pasión ruda y sin artificios no era el hombre *espiritual*, de chispa y de gracejo, que la parisiense soñara; sus anchos hombros y su robusto pecho no ofrecían el mejor aspecto bajo el negro frac del hombre de mundo; su obediencia ciega á los menores caprichos de la mujer amada, su amor traducido por miradas y por mudas contemplaciones, su afán de no apartarse del ob-

jeto de sus ansias, lograron hastiar á Odette, que comenzó á hacer comparaciones.

Y nadie ignora que este es el principio de la desventura en achaques de amor.

El primer resultado de estas comparaciones fué que madama Nicolaieff advirtiera que Grandpré, su antiguo admirador y asídno tertuliano, tenía «un aire de suprema distinción» que no había echado de ver hasta entonces. Es verdad que el elegante Grandpré era uno de esos seres misteriosos que con frecuencia se ve en las grandes poblaciones, cuyo origen nadie conoce, ni más ni menos, por supuesto, que sucede respecto de sus medios de vida. Es verdad también que desde el día de la boda había aflojado mucho en sus galanteos, y no precisamente por el sentimiento del deber, sino porque Dmitri le inspiraba un respeto muy parecido al temor y que acaso, es-cudriñando en el fondo de su alma, este temor se presentaría con todos los honores del miedo... Pero ¿qué importaba esto? Odette se sentía empujada hacia Grandpré como en época no lejana la atraía el ex-domador.

Este, viendo á su mujer al través de su amor, no advirtió cambio alguno en ella.

IV

Muchos meses habían transcurrido.

El instinto, si no la perspicacia, hizo á Dmitri Nicolaieff presentir algo de lo que ocurría en el corazón, ó mejor dicho, en la mente de aquella mujer que él había tratado de dignificar.

Los celos, esos *recelos de la mente acalorada*, que dijo el poeta, ese mónstruo enemigo de la paz, había sentado sus reales en el alma del antiguo *golfo* de Novgorod.

La inquietud había tomado incremento y como con secuencia inevitable se produjeron algunas escenas violentas entre los cónyuges.

Odette se reveló y Dimitri Nicolaieff, el domador por vocación, esclavo aun de su pasión insensata, no pudo dominar á su mujer como antaño dominaba á las fieras; algo superior á él mismo le tenía sujeto con invisibles cadenas.

Aquel día sometió á su tigre, á Sultán, á mil caprichos extravagantes, que el felino obedeció refunfuñando á veces; el hombre quería vengar en el selvático discípulo la derrota sufrida con la esposa.

Esta, entre tanto, comprendió que la victoria no podía reproducirse muchas veces sin que se rompiera el encanto que supeditaba á su voluntad al abijado del señor Nicolás; su nuevo amor, que navegaba viento en popa, y el miedo á las represalias que Dimitri pudiera tomar, pesados en la balanza de su juicio de *vengadora*, hiciéronla adoptar una resolución terrible.

Habló con su amante, de cuyos lábios escuchó vehementes palabras de amor sin límites, expresadas con el calor de un conquistador de oficio...

V

La clara luna de una noche de verano penetraba por las abiertas ventanas del dormitorio de Dimitri, al mismo

tiempo que una brisa tibia y perfumada por las flores del jardín embalsamaba el ambiente.

En el revuelto lecho, tendido sobre el dorso, con la respiración fatigosa del hombre que sufre una pesadilla, dormía Nicolaieff, soñando acaso con la infidelidad de Odette.

En un extremo de la habitación, extendido sobre una colchoneta, Sultán dormía también con el sosiego del más doméstico gato.

De pronto levantó la cabeza; un ligero ruido le había despertado.

Se abrió una puerta para dar paso á madama Nicolaieff, que, envuelta en elegante bata de encage, con la rica y negra cabellera suelta y vista á la débil claridad del rayo de luna, tenía el fantástico aspecto de la visión de un poeta.

El tigre dejó caer perezosamente la cabeza para reanudar su interrumpido sueño.

Odette, deslizándose como una sombra por el bruñido *parquet*, se acercó al lecho y contempló á su marido.

Marmórea palidez cubría su rostro.

Su corazón latía con tal violencia que parecía querer saltar del pecho.

La mano de la ex-vengadora se perdió un momento entre los encages de la bata.

Cuando reapareció empuñaba un estilete, cuya bruñida hoja triangular brilló un instante herida por la luna; después se hundió hasta el mango en la garganta de Dmitri.

El hercúleo cuerpo del domador se agitó violentamente haciendo crujir el lecho; un grito ahogado, semejante á un ronquido, resonó en la estancia.

Odette apartó la vista con horror, porque su marido, con los ojos espantosamente abiertos, clavaba en ella una de esas miradas que son eterno recuerdo, cuando no remordimiento perdurable; y andando despacio, como quien teme el ruido de sus propios pasos, se encaminó hacia la puerta por donde entrara.

Sultán abandonó perezosamente la colchoneta, se acercó á su amo y olfateó.

En el preciso momento en que la parricida empujaba la puerta para salir del teatro de su crimen, oyó un rugido que le heló la sangre en las venas.

Acto seguido cayó por tierra bajo las garras del tigre, que le arrancaban pedazos de carne envueltos en girones de encages.

Dmitri Nicolaieff agonizaba, con los vidriosos ojos espantosamente abiertos y fija la mirada en el grupo que á la luz de la luna formaban la mujer y la fiera.

TRES CARTAS

Sevilla 30 de Abril de 18....

Querido Juan: la noticia, afortunadamente, es cierta. La suerte me ha favorecido y he ganado un premio de 500 pesetas en la Lotería Nacional.

Mucho, muchísimo gusto tengo en remitirte los diez duros que me pides, y no en calidad de préstamo. Sirvan para salir del apurillo que me pintas. Los amigos verdaderos son para las ocasiones.

¿Y cómo no? Tu carta, que he leído con placer inmenso, al recordarme aquellos cuadros de épocas dichas me ha hecho vivir durante un rato en los felices tiempos de la infancia.

¡Qué tiempos aquellos, Juan! Sin ambiciones que acibararan la existencia, sin la constante lucha por la vida ni la amargura que en el alma dejan los desencuentros; exentos de torturas morales, libres de preocupaciones y gozando á todas horas del amor sin igual de aquellas santas mujeres que vivían pendientes de nuestros caprichos infantiles, de nuestras enfermedades y de nuestras alegrías...

No hay amor como el de una madre ¿verdad, Juan? Ellas desaparecen, cuando la muerte las arrebató, y no se afligen por morir, sino porque nos abandonan. No las vemos y su amor vive latente en nuestra alma y nos conforta en la desgracia; su recuerdo eclipsa los dolores, y en los momentos más difíciles, cuando todo en la tierra nos es adverso, Dios y nuestra madre surgen en la mente, alientan el espíritu y derraman el consuelo, el anestésico que ha de calmar la furia del enemigo que nos atenaceaba.

La amistad de nuestras madres enjendró la nuestra; el acaso, como la limitada imaginación humana llama á las combinaciones misteriosas que no alcanza á analizar, nos juntó cuando no teníamos uso de razón ni de palabra; nuestras primeras lágrimas—que llorando empezamos á caminar por el sendero de la vida—corrieron á la par; unidos dimos los primeros pasos, hicimos los primeros pinitos....

Después ¡cuántas travesuras realizamos! Compartimos nuestros juguetes y participamos de las reprimendas, y aun me parece que de alguna azotaina, justo pago de cualquier diablura oportunamente descubierta....

¿Para qué seguir? Todo esto y mucho más lo recuerdas en tu carta que, repito, me ha hecho pasar un rato feliz.

Hoy que el destino nos ha separado llevándonos á luchar por la existencia á dos poblaciones tan distantes como Sevilla y Barcelona, seguro estoy de que la ausencia no entibiará los sinceros sentimientos de nuestra fraternal amistad, que tan hondas raíces tienen.

Seguro de ello debías estar también tú; pero no lo estás mucho - triste es reconocerlo—cuando al pedirme este pequeño servicio invocas los recuerdos de antaño.

Sin embargo, con mil amores te lo perdono en gracia del rato feliz que me has procurado con la lectura de tu carta y poniéndome en el caso de escribir ésta.

De igual manera que compartíamos nuestros infantiles juegos, nuestras penas y nuestros goces de ayer, dispuesto estoy á que compartamos las quinientas pesetas de la Lotería; pero....

Seamos francos. Aunque hace algunos años que no te veo ni has tratado de entrar en correspondencia conmigo, no carezco de informes referentes á tu vida, y milagros, y sé que eres un tantico ligero de cascos. Con tal motivo tengo mis temores de que en breve plazo *dés aire* á las doscientas cincuenta pesetas que te corresponden, si te las envío; y como no entra en mis cálculos que las malgastes y sí que te aprovechen para algo útil, he decidido remitírtelas poco á poco, á medida que las vayas necesitando.

Partiremos, pues, como hermanos, mi pequeño tesoro, y, créeme, al hacerte este ofrecimiento tengo un día de placer, un día de dicha, porque te sirvo de algo.

No dejes de escribirme, siquiera una vez al mes; comunícame tus penas y tus alegrías y cuenta siempre con la sincera amistad de

Rafael.

Sevilla 26 de Septiembre de 18....

Lamento con toda mi alma, querido Juan, no poder enviarte las cuarenta pesetas que me pides.

Esponáneamente te ofrecí hace cinco meses 250, esto es, la mitad de los 2.000 reales que me tocaron en la Lotería. Desde entonces hasta hoy me has pedido las cantidades que verás en la adjunta nota y que sucesivamente te he enviado. El total de lo que te he girado asciende á 495 pesetas, ó lo que es igual: de los cien duros que gané en el sorteo de Marzo, has gastado 99 y me queda uno; un solo duro ¿entiendes?

Podría decirte que me parece justo aprovecharme de esos últimos veinte reales y que esto me impide remitírtelos; no me sería difícil invocar otras razones; pero prefiero decirte la verdad. No me duele que mi premio haya ido casi íntegro á tus manos; por el contrario, me felicito de haber acudido en tu ayuda; mas... tengo un sueldo muy corto, se acerca el invierno y necesito hacerme ropa de abrigo, escatimando, para pagarla, los exíguos capítulos de mi presupuesto de gastos.

Si así no fuera, como siempre acudiera en tu ayuda, con muchísimo gusto

Rafael.

Barcelona 30 de Septiembre de 18...

Las vicisitudes de la existencia me han hecho comprender que el egoísmo es la ley por que la humanidad se rige.

De los sentimientos puros que atribuimos al hombre, como su más bello adorno, podemos decir con Hamlet: ¡palabras, palabras, palabras!

Cuando leí tu carta de 30 de Abril me imaginé que en tí hallaría una excepción de la regla; tu última misiva negándome cuarenta miserables pesetas, que me hubieran salvado de un conflicto, me persuade de que eres como todos.

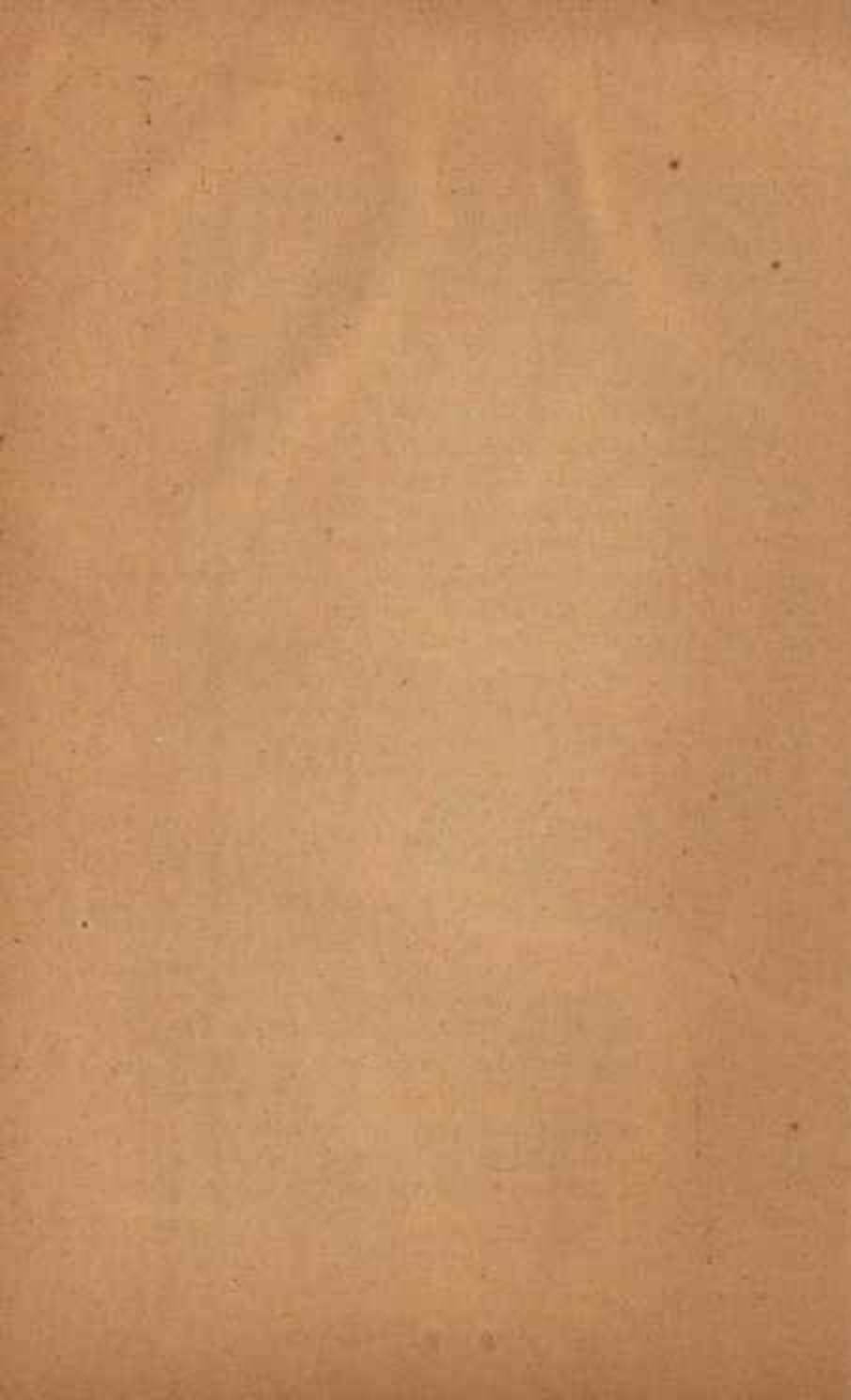
De tí he recibido el último desengaño.

Eres ingrato, Rafael, un mal amigo.

Trata de olvidar al que lo fué tuyo

Juan.





LA SAETA

*Al mi excelente amigo y compañero
Ricardo de Montis.*

I

—¿Y qué me dices?

—Lo de siempre.

—¿Que no puede ser?

—Eso.

—Piénsalo, Mercedes.

—Lo he pensado.

—Reflexiona que pones á un hombre al borde del precipicio.

—No me apures, Rafael, que no sabes los ratos que me estás dando.

—Mercedes, cuando una mujer se le mete á un hombre por los ojos, y entra en el corazón, y crece, y crece, y

lo ocupa todo, y va rompiéndolo poquito á poco, el hombre es capaz de hacer los mayores disparates.

—Yo no tengo la culpa, Rafael; he dado palabra á otro y una mujer que se estima no puede ser veleta que gira según el viento que sopla.

El mozo suspiró y queriendo dar nuevo rumbo al diálogo repuso.

—¿Poneis altar este año?

—Arreglándolo estaba cuando llegaste; —respondió la moza.

El rostro de Rafael tomó un aspecto sombrío.

—Cantarás saetas; —dijo.

—Es natural.

—Pues á cantar vendremos Manuel y yo; pero voy á pedirte una cosa.

—Dí.

—Cuando Manuel cante no quiero que le contestes.

—Eso no puede ser.

—¡No puede ser! ¡no puede ser! —¡Siempre la misma respuesta!

—¿Puedo dar oía á tus exigencias? Manuel es mi novio; lejos de darme motivos de queja hace los imposibles por que yo le quiera más...

—¿Así me lo dices?

—¿Qué remedio, si me obligas?

—Es menester que le olvides.

—Nunca. Mira, ahí, en esa sala—dijo Mercedes extendiendo el brazo é indicando una puerta que se abría á espaldas de los jóvenes—en esa sala, ante la imágen de Jesús Crucificado, juré á Manuel que mi corazón sería suyo, de él solo y para siempre. Aunque yo le quisiera menos de lo que le quiero, cumpliría mi promesa para que no me pidieran cuentas Dios ni él.

—Pues desde ahora hasta mañana plazo tienes para pensarlo. Ya te lo he dicho, vendremos á cantar y no has de contestar á Manuel sino á mí. Si así no lo haces, créeme, Mercedes, ese hombre no tendrá entero tu corazón, porque mañana te lo partiré de una puñalada.

Rafael, para dar más energía á estas palabras proferidas en tono de terrible amenaza, trazó con la uña una cruz en la pared, lo que equivalía á un solemne juramento.

Después se alejó lentamente calle abajo, con el sombrero echado sobre las cejas, la cabeza alta y las manos en los bolsillos de la cazadora.

Mercedes permaneció unos instantes apoyada en el quicio de la puerta y hondamente preocupada; sabía como las gastaba su obstinado pretendiente y más que por su propia vida tembló por la de su amado Manuel.

Así es el amor.

Luego hizo un esfuerzo sobre sí misma, se arrancó de aquel lugar y penetrando en la sala, donde en pintoresco desórden se veían muchas macetas, destinadas á adornar el altar, cayó de rodillas ante el Crucifijo, desapareciendo casi, como una mariposa entre las flores.

II

Era la noche del Jueves Santo.

La tradicional y piadosa costumbre cordobesa de *poner altares* en las casas particulares y velarlos durante esa noche en que se conmemora el misterio de nuestra Redención, tiene un dulcísimo encanto, una poesía misteriosa que habla al alma y llega muy hondo.

La sala baja de la casa de Mercedes lucía como un áscua de oro.

Las paredes estaban tapizadas de percalina roja tachonada de estrellas de talco y con tules hábilmente colocados.

El pavimento desaparecía bajo espesa alfombra de flores.

A la derecha de la puerta, frente por frente de la reja que daba á la calle, alzábase el altar y en él, descollando entre imágenes de menor tamaño y en medio de un bosque de olorosas flores, el Crucifijo, de que la jóven hiciera mención en el diálogo sostenido con Rafael la tarde antes.

Multitud de lámparas y de velas iluminaban el estrecho recinto.

En torno de la habitación transformada en capilla, hallábanse sentadas algunas mujeres entradas en años y doce ó catorce muchachas de ojos como soles, y de rostros capaces de hacer que se marchitaran de envidia todas las flores que adornaban la estancia.

Aquellas encantadoras jóvenes demostraban el mayor recogimiento.

En la calle, apiñado ante la reja, siempre había un compacto grupo que se renovaba sin cesar.

De cuando en cuando salía de él una voz que, rompiendo el religioso silencio, entonaba una saeta impregnada de sentimiento.

No bien se había extinguido el eco de la última nota, triste y lastimero, alguna de las muchachas que velaban, siguiendo la costumbre establecida, contestaba con otra saeta.

Mercedes, sentada al lado del altar, entre éste y la

puerta, dirigía frecuentes é inquietas miradas al grupo formado en la calle, ante la reja, temiendo descubrir á cada momento los negros y centelleantes ojos de Rafael, fijos en ella.

La había prometido venir con Manuel y vendría sin duda alguna.

Cada vez que un hombre cantaba una saeta, el rostro de la jóven palidecía hasta quedarse tan blanco como el pañuelo de seda que cubría su rica cabellera de azabache.

De pronto una voz robusta, sonora y vibrante, se dejó oír.

Mercedes se estremeció y apoyando la temblorosa mano en el brazo de una amiga que se hallaba á su lado, se lo oprimió con fuerza.

La amiga la miró sobresaltada; mas comprendiendo al punto que era necesario sacar del apuro á la jóven, tan pronto como Rafael (pues él era el que cantaba) terminó la saeta, ella le contestó anticipándose á sus compañeras.

Al concluir la copla, otra voz de hombre resonó en la calle; la de Manuel.

Había llegado el momento terrible.

¿Realizaría Rafael su amenaza?

Mercedes, cuyo corazón latía con tal violencia que le impedía respirar, levantó los hermosos ojos y los clavó en la imágen del Redentor del Mundo; en aquella imágen ante la cual prestara juramento de inquebrantable amor.

Inspiración, ayuda, amparo, todo esto imploraba del Crucificado la suplicante mirada de Mercedes.

Manuel, entre tanto, cantó el último verso.

El instante era decisivo.

Cantar equivalía á desafiar la venganza de Rafael; á reavivar sus celos.

Callar era asentir tácitamente á sus absurdas exigencias; violar el juramento hecho á Manuel; cometer una infidelidad haciendo la primera concesión.

¿Y luego?

Sin apartar los ojos de la acardenalada faz de Jesús, aguardando quizá de los inmovibles labios de la imagen una palabra que la absolviera ó la condenara por el acto que realizaba, la linda jóven cantó la terrible saeta.

Rafael se presentó en la sala.

Antes que nadie pudiera impedirlo, se acercó á Mercedes para partirle el corazón de una puñalada, cumpliendo su amenaza.....

Al levantar con ímpetu la armada diestra para descargar el golpe de muerte, el brazo del asesino tropezó violentamente con el del Signo de Redención; el puñal se desprendió de la mano y la vibración del acero al chocar contra los tientos de flores confundióse en el espacio con la última vibración de la saeta.



EL DISFRAZ

Abigarrada y bulliciosa muchedumbre invadía las aceras del paseo de Recoletos; formando parte de aquella compacta masa de gente hacíaase imposible andar á voluntad; era necesario dejarse llevar de la corriente y sufrir con resignación los codazos y los pisotones, consecuencia inevitable de las apreturas.

Por el centro del paseo, desde el Prado hasta el Obelisco, circulando por entre la triple fila de carruajes, saltaban y corrían innumerables máscaras á pié y á caballo.

Mucho tiempo hace que se viene diciendo que el carnaval está llamado á desaparecer, que cada año hay menos máscaras y que el buen humor y el ingenio para embromar se han perdido ó poco menos. Sin embargo, acudid al paseo en día de Carnestolendas y Madrid entero os demostrará, con su presencia en aquellos lugares, que los hipocondriacos que lo ven todo al través de su tristeza podrán declamar cuanto gusten contra la alegre fiesta, sin que por ello la Locura deje de agitar sus cascabeles hasta aturdir con su ruido á las gentes formales.

Aquel día era el último de la tradicional fiesta; al siguiente el pueblo acudiría al Canal para celebrar el Entierro de la Sardina bebiéndose un río de vino manchego, después de oír en la parroquia el terrible *memento homo*.

Cuando mayor era la animación, se presentaron en el Salón del Prado dos personas que ofrecían singular contraste: una mujer que representaba sesenta años y un niño que la acompañaba.

Ambos vestían pobremente.

La mujer era alta, amojamada, de ojos pequeños, redondos y extremadamente vivos, y cara tan enjuta y afilada como hoja de cuchillo.

El niño era rubio y de fisonomía triste, mas á pesar de su astroso vestido y de la capa de suciedad acumulada en su rostro, se adivinaba que era guapo.

La mujer se detenía de vez en cuando á ver como daba volteretas un payaso, después de decir algunas majaderías; á contemplar el landau que media docena de máscaras habían tomado por asalto encaramándose en el pescante, en la capota, en los estribos, donde quiera que hallaban un punto de apoyo, para ofrecer bombones á las damas que ocupaban el carruaje; á oír el diálogo picante que entablaban dos máscaras estrafalarias...

El niño veía todo aquello casi con indiferencia; mas cuando junto á él pasaban otros niños disfrazados «los ojos se le iban detrás», como vulgarmente se dice.

De pronto le rodearon cinco ó seis chiquillos vestidos unos con sucias colchas de percal rameado sujetas con una cuerda á la cintura y otros de diablos con trajes de percalina encarnada y amarilla, y chillando todos á un tiempo con sus atipladas vocecillas, comenzaron á embromarle y á darle pescozones.

Eran chicos del barrio.

La fisonomía del niño se animó un momento, para expresar luego mayor tristeza.

En esa dichosa edad en que un juguete, un disfraz, cualquier cosa puede representar el summum de la ventura, debe de dar mucha pena hallarse entre pequeñuelos que se divierten, yendo asido de la mano de una tía avellanada y cejijunta, que para nada tiene en cuenta al pobre niño que suspira.

En el momento en que los chicos se retiraban apareció un oficial, en miniatura, de la Escolta Real, con su casco, su sable, sus botas de montar, su calzón blanco y un magnífico bigote.

El muchacho no podía apartar los ojos de la lujosa mascarita.

—Tía, tía,—exclamó—mire usted qué coracero.

La tía le miró distraidamente y guardó silencio.

—¿Valdrá mucho un traje así?—preguntó el muchacho.

—Un dineral;—respondió la mujer.

—¡Qué bonito es! Tía, yo quiero disfrazarme.

—¿De coracero?—preguntó con sorna la tía.

—De cualquier cosa; ya ve usted, los chicos del barrio se han vestido de diablos.

—Todo el año lo sois;—replicó con acritud la vieja.

—Y han alquilado los vestidos por dos reales. ¿Me va usted á alquilar un disfraz?

—Sí, chiquito; no me des más murga.

—¿Cuando, mañana?

—Mañana. Calla.

El muchacho guardó silencio, gozoso con la perspectiva de vestirse de máscara al día siguiente.

El pobrecito era huérfano. Al quedar solo en el mundo habíase hecho cargo de él una tía lejana, pobre como Job, para quien el muchacho era pesada é insostenible carga. En estas condiciones, para él la vida era un continuo tormento, una serie no interrumpida de privaciones en que jamás apareció el tinte roseo que es el color de la infancia.

La primera dicha se ofrecía á sus ojos en el horizonte con el disfraz que le habían prometido.

Por eso al siguiente día, cuando la tía se alejaba por la calle de Fuencarral, después de haberse aliviado de la pesada carga del muchacho dejándole en el hospicio, se conmovió, quizá por vez primera en su vida, y murmuró entre dientes:

—¡Pobre Antonio! ¡Querías un disfraz! ¡Ahora te vestirán de hospiciano!

LA «VENDETTA»

I

La población estaba alarmada.

Los bandidos calabreses, como los corsos y los de Sierra Morena, cuyo recuerdo popularizó un insigne novelista, han merecido fama de audaces.

Pero el hecho de actualidad, el que hacía hablar al vecindario de Reggio, traspasaba los límites.

Aquel día, al obscurecer, se habían presentado, uno después de otro, tres desconocidos en un merendero, distante pocos kilómetros de la ciudad.

Sin hablarse más que para cambiar el saludo de cortesía usual y corriente en los países meridionales, bebieron y comieron. Llegado el momento que les pareció oportuno y como obedeciendo á una señal convenida de ante mano, se abalanzaron á la familia de la casa y, con el mayor orden, maniataron á cada uno de los individuos que la componían.

Dueños de la situación, saquearon sosegadamente el establecimiento y se dispusieron á poner piés en polvorosa.

Pero «non tutte le ciambelle riescono col bucco», como dicen en aquel país, ó lo que es lo mismo: «hicieron la cuenta sin la huéspeda.»

La hija del hostelero, muchacha tan bonita como valiente, pudo escapar en los primeros instantes y se refugió en una habitación cuya ventana correspondía á la parte posterior del edificio.

Encerrada por dentro y asegurada la puerta con los trastos que halló á mano, abrió la ventana, y con toda la fuerza de sus pulmones pidió socorro.

Demasiado sabían los bandidos que á ciertas horas de la noche y en lugares tan apartados, sólo la ayuda de Dios podía venir. Por lo tanto, no se inquietaron al oír las voces.

Sin embargo, una pareja de Reali Carabinieri, ó guardias civiles, que decimos en España, prestaba su servicio en aquellas inmediaciones y acudió.

Quiso la Providencia que cuando se dirigían hacia el edificio, los tres malhechores, realizada su hazaña, se retiraran, y á unos trescientos metros del merendero se encontraron frente á frente con los dos individuos del benemérito Instituto.

Diéronles estos el jalto! Respondieron aquéllos con un escopetazo, que fué inmediatamente contestado por los gendarmes, y un hombre cayó por tierra.

Los veteranos militares atacaron enérgicamente á los otros dos, y mientras uno de los malhechores se rendía, el otro desaparecía entre las sombras de la noche.

II

La noche estaba negra, negra como la conciencia del criminal. Por en medio de los olivares, haciende altos y bajos según lo exigían las quebraduras del terreno, se veía una cinta blanca; era la carretera.

Metido entre la verde yerba, un farol de mano proyectaba á poca distancia sus rojizos resplandores. Cerca de él había dos sombras negras y altas; en el extremo opuesto del camino, en el suelo, una mancha negra, siniestra; era el cadáver del malhechor que cayó bajo el plomo de los gendarmes.

A la vacilante luz del farol habríase podido ver que el bandido muerto era corpulento, rayano en los sesenta años y vestido con el traje de los campesinos.

Su rostro no era repulsivo ni expresaba el terror ni la impotente rabia de los últimos instantes; la bala homicida le había partido el corazón; la muerte sobrevino tan rápida que la víctima no tuvo tiempo de sentir....

Algunos centenares de metros más arriba, la casa teatro del robo se destacaba entre las sombras de la noche; tenía un solo piso, la planta baja, y por la puerta y por las ventanas se escapaban torrentes de luz.

El juzgado militar y el civil se hallaban allí constituidos.

El delito era enorme; robo en cuadrilla, á mano armada, en despoblado, de noche, con premeditación, alevosía.... qué se yo; un horror. Caía de lleno dentro de la jurisdicción de guerra.

En una pequeña habitación se hallaban constituidos los tribunales; allí, al lado, apoyado en la pared, envuelto en una manta y con esposas en las manos, hallábase un hombre joven, robusto y de enérgicas facciones. El ladrón capturado.

Su declaración había sido franca, explícita. Cogido *in fraganti* ó poco menos, negar hubiera sido como pretender demostrar que el sol no alumbra; á sus ojos no se ocultaba el fin que la ley le tenía reservado.

— El muerto era mi padre;—dijo. — El prófugo mi hermano; hemos robado ¿á qué negarlo, si ahí, encima de esa mesa está el cuerpo del delito, que lo habeis encontrado en los bolsillos del cadáver? He visto caer para no levantarse al hombre que me dió el sér; yo mismo rodé bajo los golpes de mis perseguidores. Estoy en vuestras manos; vencido. Podeis disponer de mi vida.

Pero aun queda libre uno de nosotros, cuya cabeza aguarda el verdugo. Tened cuidado. El sabrá arrancaros vida por vida.

Este cínico language produjo honda indignación al auditorio; mandaron retirar al delincuente y éste, como los fatalistas orientales, inclinó la cabeza, y mudo como una estatua, se resignó con su suerte.

III

Frente por frente de la casa, oculto entre las peñas y la espesura de los matorrales, había un hombre; el hijo del muerto, el hermano del detenido, el prófugo, aquel cuya libertad era constante amenaza para los que defendían los derechos de la sociedad.

Desde el escondido lugar donde se encontraba podía ver á los gendarmes, que con sus caballos de la brida aguardaban en la puerta la terminación de las primeras diligencias sumariales; podía examinar el interior del edificio y matar á mansalva, si así lo creía oportuno, al individuo elegido por blanco de sus balas.

Cuando el movimiento de los representantes de la ley le indicó que la sesión había terminado, abandonó su escondite y, deslizándose como un reptil, se encaminó al punto donde yacía el cadáver de su padre.

Al verle caminar tan silenciosamente, dijérase que sus pies no tocaban la tierra.

Algunos minutos tardó en elegir el sitio estratégico que le convenía, y por fin dió con una gran peña que en medio de la obscuridad podía servirle admirablemente de parapeto.

Desde allí las siluetas de los dos gendarmes que custodiaban al muerto aparecían claras y distintas, merced al rojizo resplandor del farcillo de mano.

El bandido se echó la escopeta á la cara.

Pocos segundos después la bala partía y uno de los gendarmes rodaba en el polvo de la carretera.

Antes de que el otro volviera en sí del estupor que este acontecimiento le produjera, otra bala venía á herirle de muerte.

El grupo que formaban los oficiales que constituyeran el tribunal, los gendarmes y el bandido preso, apresuró el paso al oír las detonaciones, y, guiados por el resplandor de la segunda algunos veteranos se dirigieron resueltamente á la peña.

Brilló un relámpago acompañado de un tercer estampido y otro hombre cayó al suelo.

— ¡Son tres! ¡Como nosotros! —exclamó el preso con satánica alegría.—Ya os dije que había que tener cuidado.

Los gendarmes, en tanto, despreciando el peligro, rodearon el peñasco que servía de refugio al bandido.

—¡Oh! ¡El miserable ha asesinado á tres de nosotros! —exclamaban aquellos bravos militares.

—¡Qué sabrosa es la venganza!—repetía el preso.

Se oyó otro disparo.

El hombre del peñasco, viéndose irremisiblemente perdido, había empleado la cuarta bala en levantarse la tapa de los sesos.

• • • • •

UNA PUESTA DE SOL

—La amaba con toda la vehemencia del amor primero y toda la fuerza de un corazón meridional.

Alta, esbelta, rubia, con grandes ojos de un azul muy claro y la tez blanca, transparente como un rayo de luna, Luisa era la encarnación de mis ensueños de adolescente.

La conocí en San Sebastián durante la temporada de verano.

Todas las tardes la veía pasear por el *boulevard*, acompañada de una anciana de venerable aspecto; muy pulcra, con el blanco cabello partido en dos *bandeaux*, á la antigua usanza vascongada, el rostro coloradito como una manzana y de expresión benévola y dulce.

Ambas llevaban trajes negros, tan sumamente modestos que denunciaban la humilde posición de sus dueñas.

Las seguí con insistencia, averigüé dónde vivían y logré que la jóven fijara la atención en mí.

Inquiriendo, supe que la anciana era viuda de un militar muerto en la terrible guerra civil, que tantos hogares dejó enlutados, y la jóven era su nieta, huérfana desde muy temprana edad.

Todas sus rentas consistían en la pensión de monte-pío que la abuela obtuviera por muerte de su marido; pero esta pensión era tan exígua, que las dos mujeres se veían obligadas á trabajar para reunir el dinero que las atenciones de su humilde vida exigían.

Vivían, pues, en la estrechez, pero contentas, felices casi, porque no carecían de lo indispensable y la belleza de sus almas hacía les grata la existencia.

La viuda del capitán Zulueta era lo que se llama una vascongada á la antigua; buena, sencilla, hacendosa, temerosa de Dios y caritativa. Su nieta, educada en tal escuela, debía de ser un ángel.

Largos y laboriosos fueron los preliminares de nuestras relaciones, mas al cabo entré en aquel hogar modelo con el título de aspirante á marido.

Los meses pasaron lentamente para mí, hasta que llegó el día en que un sacerdote nos unió ante el altar; desde entonces mi vida se deslizó con rapidez en medio de la felicidad no interrumpida. ¿Quién puede relatar la dicha? Nadie. Es algo muy grande, muy misterioso, que se siente y no se explica, porque todo contribuye á aumentar la ventura, como coopera para avivar el dolor del que sufre. Por eso no es posible pintarla.

Pero la dicha es fugaz; como las espinas entre las más perfumadas flores, las penas nos acechan ocultas entre la felicidad. Y entonces, cuando el alma padece torturas que la mente se complace en aumentar, se siente la necesidad de narrarlas para aliviar el espíritu con la expansión.

Nuestro primer dolor vino con la muerte de la abuela; la virtuosa anciana dejó este mundo sin pena, contenta y satisfecha, porque su conciencia estaba tranquila y

su nieta tenía el porvenir asegurado y un marido que la adoraba.

• ¡Lo porvenir! ¿Quién puede adivinarlo?

Algunos meses después, Luisa comenzó á languidecer; á todas horas era presa de extraña melancolía. Los puros colores de su lindo rostro desaparecían á ojos vistas y una palidez mate los sustituía.

Consulté á los médicos, que hicieron un diagnóstico terrible. Luisa tenía los primeros síntomas de la tisis.

Me aconsejaron que la hiciera cambiar de aires y viajé con ella por los países más templados.

Pasamos un invierno en San Remo; aquella hermosa comarca, de primavera eterna, no la hizo beneficio alguno.

Nos trasladamos á Sorrento y en el Hotel Quisisana, cuya situación es admirable, permanecimos algunos meses.

La patria de Torcuato Tasso no le produjo á mi adorada Luisa mejores efectos que la decantada *Corniche*....

Un día me indicó el deseo de ir á la Ciudad Eterna; sus ideas religiosas, que se exaltaban á medida que las fuerzas físicas decrecían, hacíanle desear la permanencia en Roma, para orar en sus grandiosas basílicas, para acercarse al Papa, Vicario de Dios en la Tierra... para irse aproximando insensiblemente á lo eterno.

Al llegar á la Ciudad de los Césares nos instalamos en el Hotel del Quirinal, en la magnífica vía Nazionale; mas yo deseaba buscar un alojamiento conforme con nuestros gustos y que pudiera ofrecerle más comodidades que una fonda.

Por espacio de algunos días paseé por las calles más sanas, donde con frecuencia buscan habitación los extranjeros; al fin en la Trinitá dei Monti, hallé casa á mi gusto.

* *

Más de una semana empleé en disponer nuestra habitación, para que en ella pudiera hallar comodidades mi adorada enferma.

Cuando el cuarto parecía, según la expresión francesa, una bombonera, una mañana, después de almorzar, en el momento en que el sol lucía con mayor esplendor, nos trasladamos á la encantadora vivienda.

¡Cómo gozó mi pobre Luisa viendo las sorpresas que yo le había preparado!

El nido estaba un poco alto; en Roma es necesario buscar las alturas para disfrutar de buen aire.

La plaza de la Trinitá dei Monti se halla situada en el Monte Pincio, al lado de los preciosos jardines del paseo público, y nuestra casa, contigua á la iglesia, era, después de ésta, el edificio más elevado.

Yo había alquilado el cuarto y último piso, que á la ventaja de recibir directamente el sol de mediodía, reunía la de tener delante de las habitaciones una gran terraza, que ocupaba toda la anchura de la fachada.

En uno de los lados de aquélla, en el que correspondía á las habitaciones de Luisa, una armazón de hierro y cristales formaba una especie de gabinete, que yo había convertido en pequeño jardín de invierno, para que en él pasara la enferma la mayor parte del día.

Desde allí se divisaba un panorama soberbio, muy á propósito para alegrar el espíritu.

Pero es muy triste ver, cuando todo en derredor son-

ría, cuando todo derrocha luz y vida, que el único sér á quien amamos se extingue lentamente. Las sombras del dolor invaden nuestra alma, como las de la noche envuelven la tierra cuando se hunde en el ocaso el luminar del día

A medida que el aniquilamiento de la fuerza destruía el cuerpo de mi Luisa, el amor y la ternura que el corazón de ésta atesoraba brotaban en dulcísimo raudal para aumentar mi angustia con el horrible contraste.

Mi mujer vivía feliz en Roma, forjando planes para lo porvenir; cuando sus fuerzas se repusieran, cuando aquel suave clima le hubiera devuelto el vigor que su juventud necesitaba y al cual tenía derecho, haríamos un viaje á los Santos Lugares; porque ella quería estar algún tiempo en el país que fué cuna de nuestra Santa Religión, como había estado en la capital del orbe católico....

Yo la ayudaba á fantasear, la animaba con mi aprobación y mis sonrisas y procuraba llevar á su razón el convencimiento de que la salud devolvería en breve plazo los frescos colores á sus mejillas y el vigor á sus músculos.... Y fingiéndome feliz para que ella no sufriera, veía que el término del mal, la muerte, se acercaba con celeridad aterradora; que en día no lejano sus descarnados brazos me arrebatarían para siempre la mujer que era suma y compendio de todas mis venturas.

Al caer de una tarde del mes de Septiembre nos hallábamos en el gabinete de cristales de la terraza.

Luisa, por un capricho de enferma que me hacía sufrir horriblemente, había querido que yo me sentara al piano, y que á media voz cantase la melancólica canción italiana que dice:

Vorrei morir quando tramonta il sole

El sol declinaba, en efecto.

En Occidente aparecía una ancha faja de fuego, con tintas de esas que vistas en un cuadro hacen dudar de la veracidad del artista.

El disco de oro se ocultaba tras la colosal cúpula de la basílica de San Pedro, arrancando de aquella ciclópea mole, negra como mi dolor, reflejos diamantinos.

Las estatuas enormes que adornan la techumbre del grandioso monumento de piedra que es el primer templo del mundo católico, las cúpulas pequeñas y el signo de Redención, que sobre la grande se levanta como queriendo proteger con sus abiertos brazos á la humanidad que padece, destacábanse solemnes y magestuosos sobre el rojizo color del Ocaso, como magestosa y solemne se destaca en las postrimerías de la vida del incrédulo la Sacrosanta Religión, firme sostén en la lucha, montaña á donde dirige la mirada el náufrago de la vida.

Los mil rumores que confundidos constituyen lo que podríamos llamar voz de las grandes ciudades, subían hasta nosotros como gigante himno de la actividad.

Mis dedos, casi maquinalmente, porque el estado de mi espíritu no me permitía otra cosa, recorrían el teclado, arrancando con frecuencia notas que desentonaban. Mas si cesaba de tocar un momento, Luisa, de quien yo no podía apartar los ojos, con voz perceptible á penas me decía:

—Sigue, sigue.

¡Qué suplicio!

En el instante en que por vigésima vez repetía yo

Quando sul prato dormon le viole

la rubia cabeza de mi Luisa se inclinó dulcemente, como la flor que se dobla sobre su tallo.

Alentando á penas salté del banquillo y me acerqué á ella....

Los últimos destellos del astro del día, jugueteando en los cristales, la envolvían en sus reflejos.

Luisa, mas que un cadáver, parecía una visión.

Caí de rodillas y oré....

El sol, en tanto, se hundía detrás de la cúpula de San Pedro.



LA MUÑECA

La condesa de *** era muy jóven, muy bonita y muy agasajada en la buena sociedad; pero no era feliz.

¡El caso es tan corriente en este pícaro mundo!

Sus amigas decían que era una chiquilla, que se había casado demasiado jóven, etc., etc.

Pongan ustedes las frases que son usuales en estos casos.

La causa de gozar fama de chiquilla se debía á un extraño capricho de Clarita; que así se llamaba la condesa de ***.

Esta tenía un *boudoir*, que era modelo de elegancia y de buen gusto, lleno de esos muebles artísticos y de variadísimas formas, importación de la moda francesa; *étagères* cargadas de *bibelots*, preciosos *panneaux*, *tierras cocidas*, acuarelas, cuadritos al óleo é infinitas baratijas, que sería imposible enumerar, cubrían las paredes. Pues bien, descollando aparatosamente entre el maremagnum de cachivaches y colocada en el lugar más visible, dentro de una vitrina estilo Luis XV, de viselados cristales, una

muñeca bastante grande lucía su moffetudo rostro, su peluca rubia y su magnífico vestido de *surah*.

Cada vez que Clarita penetraba en su gabinete lanzaba á la muñeca una mirada afectuosa; y si recibía una visita ó por cualquiera otra razón permanecía mucho rato en aquella estancia, las miradas se repetían con tanta frecuencia, que en más de una ocasión habían dado motivo á alguna amiga para decirle á la condesa:

—Clarita, no seas chiquilla; deja en paz tu muñeca, ten formalidad y escúchame.

Y, sin embargo, Clarita no era una chiquilla, tenía formalidad y su famosa muñeca constituía un remordimiento.

He aquí la historia de aquel juguete:

El casamiento de la joven había sido un enlace de conveniencia; acababa de cumplir quince años, cuando pidió su mano D. Diego Hermosilla, que ya había pasado de los cuarenta.

El aspirante á marido estaba de buen ver, era hombre bien educado, se dedicaba á la política, que le había procurado ocasión de ocupar altos puestos y de multiplicar prodigiosamente la herencia paterna.

El ganaba una mujer encantadora y una corona con dal, que es cosa de vistoso efecto; ella doraba los blasones de su casa, que ya lo iban necesitando, y de embajadora, de ministra, ó de algo por el estilo, daría lustre y utilidad á una pléyade de parientes, menesterosos ó poco menos. Un pacto bilateral, en el que la interesada se limitó á representar el papel de máquina.

Al abandonar el hogar paterno, Clarita llevó consigo la famosa muñeca, como recuerdo de la época que pasó para no volver.

Quiso Dios darle una hija, y cuando ésta se halló en condiciones de pedir, la gran muñeca fué su primer deseo.

¿Cómo negársela?

Siete años habían pasado desde el día en que la condesa de *** entró en la vida conyugal. Su marido, ocupado constantemente en «hacer política», no era en el hogar el hombre amante que Clarita soñara; los muchachos.... y los que no lo eran, continuaban galanteando á la jóven y asediándola con mayor encarnizamiento que antes....

La lucha se entabló al fin.

Fernando, cierto primo lejano de Clarita, chico alegre, decididor y correcto, tan capaz de dirigir un cotillón como un lance á primera sangre, supo conducirse de tal manera, que su prima comenzó á pensar que habría obrado muy cuerdamente entregándole su mano.

Las distancias se fueron acortando; él atacaba con rudeza; ella resistía ya débilmente.

Por fin, un día Fernando aguardaba á la condesa.

El conde se hallaba banqueteeando con la plana mayor de su partido, porque se trataba de llevar á cabo algo trascendental, que cambiaría la faz de la política, salvaría á la nación del abismo en que amenazaba hundirse, y, sobre todo, le valdría una cartera, con la cual, si la paz europea no estaba asegurada y el país no ganaba maldita de Dios la cosa, D. Diego se encontraría muy satisfecho.

La condesa de *** estaba decidida á aprovechar las horas del banquete para convencer á su primo de que debía dejarla vivir tranquila, soportando con resignación al hombre público que tenía por esposo y cuidando de su

hijita, el único bien, la sola felicidad grande y positiva que para ella había sobre la tierra.

Tales eran sus propósitos y, sin embargo, cuando delante de un gran espejo de vestir daba la última mano á su tocado para lanzarse á la calle, extraña inquietud, nunca sentida hasta entonces, se apoderó de su espíritu.

Sus sonrosados dedos, enguantados ya, acababan de dar el último tironcito al velillo azul sugeto al sombrero, cuando la puerta del tocador se abrió de repente para dar paso á la niña.

Esta se presentó llorando amargamente.

Traía en la mano la famosa muñeca, el recuerdo de la infancia de Clarita, en un estado deplorable; la pobre había sido decapitada.

La niña la había dejado sobre un mueble en la antecámara; un criado se sentó encima de ella inopinadamente y resultó aquella cruel mutilación.

La pequeña corrió á arrojarse en los brazos de su madre sin poder pronunciar una palabra; tan grande era su pená.

Clarita, comprendiendo al ver la muñeca el origen de aquel desbordamiento de dolor, trató de consolar á su hija.

Y le ocurrió una cosa extraña.

La vista de aquella criatura, que era su único amor; sus lágrimas, la ternura con que á ella acudía para buscar consuelo en lo que para la niña era tremenda desgracia, produjéronle en lo más hondo del corazón una violenta sacudida; y, sin saber por qué, cubrió de besos el rostro de la rapaza y el llanto corrió también por sus mejillas; pero silencioso, como se deslizan las lágrimas de la vergüenza.

.....

Pocas horas después una muñeca más grande que la decapitada hacía las delicias de la niña.

En cuanto á la muñeca histórica, para ponerla á cubierto de nuevas averías, luego de reparadas las anteriores ocupó su puesto en la vitrina del *boudoir*.



LA MÁQUINA INFERNAL

Don Agapito Costales era lo que vulgarmente se dice un marmolillo; por obra y gracia del cacique que dirigía la cosa pública en la provincia, había empuñado la vara de monterilla y ejercía su cargo con humos de rey-zuelo absoluto.

En cierta época de elecciones publicó un bando, que parecía un *ukase*, tan ridículamente draconiano que los periódicos lo reprodujeron con gran regocijo de la gente de buen humor y de algún autor cómico, que halló muy á propósito para ponerla en solfa la obra alcalesca de don Agapito.

¿Se permitían los mozos dar una serenata? el alcalde Costales, especie de alcalde Ronquillo, puesto en caricatura, daba en la cárcel con los que no eran bastante listos para huir á tiempo.

El bueno de don Agapito por meterse en todo se metía hasta en los charcos, y esta monomanía autoritaria, que desesperaba á algunos, servía de diversión á la mayoría del pueblo.

Porque en el fondo, el pobre alcalde era un desdichado de quien todo el mundo hacía, al fin y al postre, lo que le daba la gana.

Es verdad que él estaba muy penetrado de lo contrario y se hacía la ilusión de que era un tirano de melodrama, capaz de sacrificar el propio reposo en aras de sus ideales políticos y, por ende, de lo que él creía su ineludible deber.

Es verdad también que á la manía consabida no la acompañaba el valor necesario para arrostrar los imaginarios peligros á que su inflexibilidad le exponía y que, por lo tanto, Costales soñaba con conspiraciones contra su autoridad y creía ver un enemigo que le acechaba, en donde quiera que las sombras no permitían á sus ojos examinar los menores detalles.

Así estaban las cosas, cuando ocurrió un hecho que dejó indeleble recuerdo en el pueblo y en la memoria del *tremendo* alcalde.

Había en una plaza de las menos céntricas una fuente muy deteriorada, cuyas cañerías desaparecieron en época que nadie de la generación presente recordaba.

Aquellos restos iban poco á poco desapareciendo, porque los chicos empleaban algunos ratos de ocio en arrancar los ladrillos y las piedras, que luego quedaban diseminados en la plaza, ofreciendo sério peligro para los transeúntes, sobre todo de noche, merced á los faroles del alumbrado público, que sólo lucían treinta ó cuarenta noches en todo el año.

Don Agapito concibió la idea de hacer desaparecer aquellas ruinas, con lo cual ganarían el ornato público y el vecindario.

A los pocos días de haber comunicado su proyecto á

algunos íntimos tertulianos, el bueno del alcalde recibió una carta, cuya lectura le hizo ponerse verde de cólera.

«Agapito, —le decía el autor, que tuvo la prudencia de guardar el incógnito y la osadía de tutearle—no se te ocurren más que disparates.

La fuente que tratas de suprimir está ligada á la tradición de nuestro pueblo.

El que fuese lo bastante loco para realizar lo que intentas, pagaría con la vida tamaña barbaridad.

Aquellas piedras son un monumento.

¡Ay de tí si las tocas!

El pueblo que te padece te pulverizaría en justo castigo á tu inícuca conducta.

No es mal amigo el que avisa.»

Teniendo en cuenta las condiciones morales de don Agapito, fácil es comprender la berrenchina que carta tan irrespetuosa le produciría.

—Si descubro al sin vergüenza que la ha escrito—decía furioso —le meto en la cárcel hasta que se pudra ó se muera de viejo.

Pero la empresa no era fácil.

La carta venía nada menos que de Madrid, según podía leerse en la estampilla matasellos.

Por primera providencia, Costales precipitó los acontecimientos y en menos de tres días la plaza quedó como si jamás en ella hubiera habido tal fuente.

Durante la semana que siguió á este alarde de energía, don Agapito anduvo cejijunto y mal humorado, pero á decir verdad la camisa no le llegaba al cuerpo, porque temía que sus convecinos cumplieran la promesa de pulverizarle.

Ya iba transcurrido casi medio mes y el buen hombre

comenzaba á tranquilizarse, cuando el correo le trajo un paquete inesperado.

Rompió Costales los papeles y ¡horror! Debajo de múltiples envolturas apareció una caja de lata simétricamente recubierta de bramante.

Al pobre don Agapito se le aflojaron las piernas, le entró un sudor frío que le heló los huesos y estuvo á punto de caer redondo al suelo, víctima de un accidente.

Aquel paquete fatídico sólo podía ser una máquina infernal destinada á sepultar al alcalde bajo los escombros de su propia casa.

Llamó Costales á consulta á los más conspicuos personajes del pueblo, tan pronto como pudo reponerse del terror que le causara el ver la muerte tan cerca, y todos, haciendo muchos aspavientos, le aconsejaron que con las mayores precauciones remitiera la horrible máquina al laboratorio provincial.

No pocas dificultades hubo de vencer don Agapito, porque ¿quién se hacía cargo de llevar la peligrosa caja, que podía estallar cuando menos se pensara?

Uno de los dos guardias municipales que constituían el Cuerpo, después de muchas promesas y no pocos ruegos de parte del alcalde, y, sobre todo, merced á una considerable gratificación, aceptó el encargo y partió para la capital.

Al día siguiente, porque no se atrevió á hacerlo al mismo tiempo, salió don Agapito, ansioso de conocer el resultado del análisis.

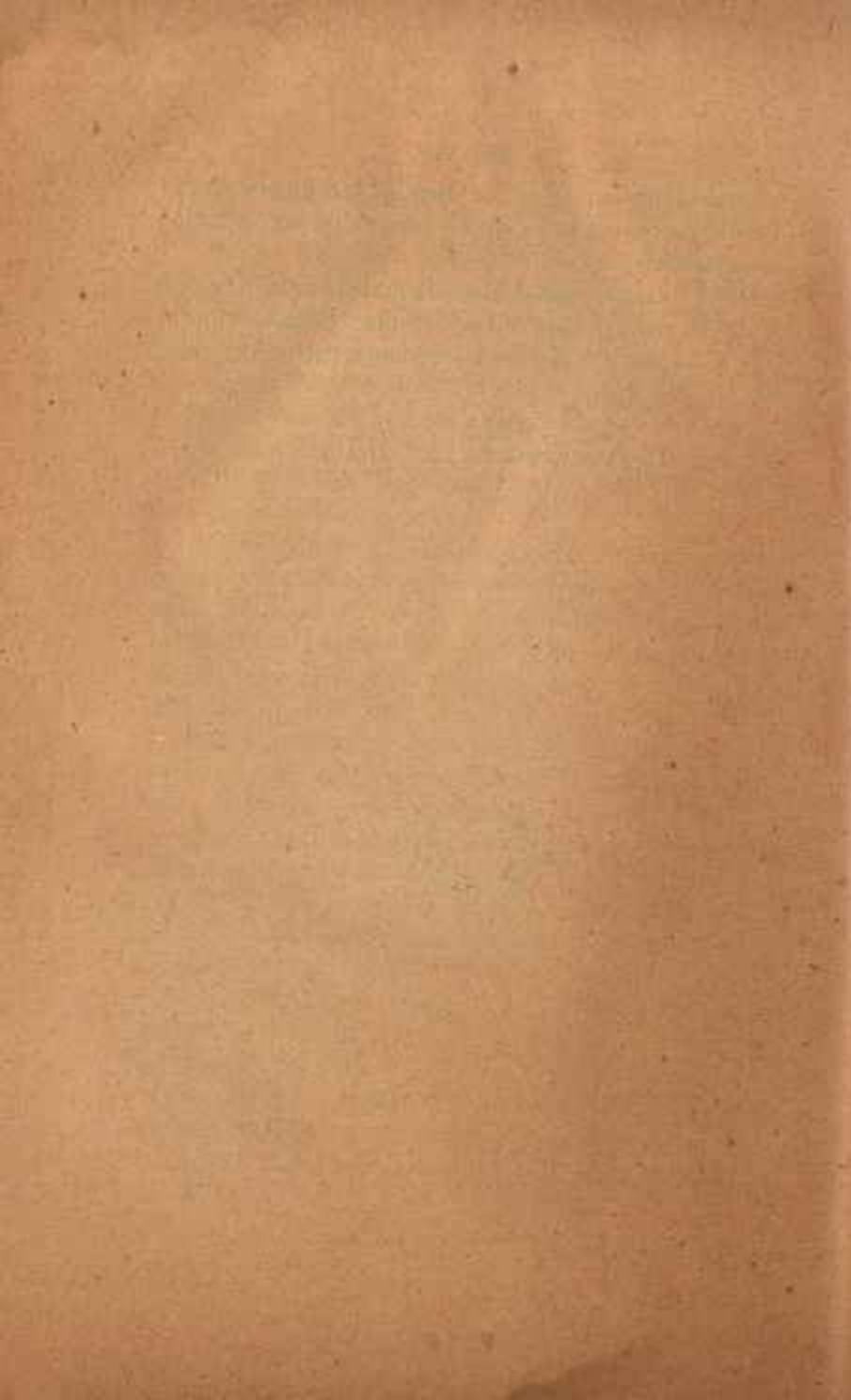
Una vez en la ciudad, visitó al gobernador, al alcalde y á muchas personas y como la noticia del acontecimiento cundió, Costales fué por cuarenta y ocho horas el hombre de moda.

Reunida una comisión de hombres competentes y con todas las precauciones que el caso exigía, se procedió á la apertura de la caja...

Dentro de ella, colocados con el mayor orden, había seis minúsculos costales llenos de una materia.... poco limpia, y encima, escrito con clarísima letra, un cartelito que decía:

LA VILLA DE N
AL MÁS GRANDE DE LOS COSTALES.





UNA CENA

Miss Roberston era por aquella época la mujer de moda. No pasaba día sin que de ella se contara alguna extraña aventura, una excentricidad cualquiera, completamente inédita, que contribuía á mantener la aureola que París había colocado en torno de la originalísima extranjera.

Nelly Roberston era norteamericana, de ese país mitad salvaje y mitad civilizado, donde todo lo absurdo y toda chifladura hallan prosélitos.

De notable belleza, fabulosamente rica, al decir de las gentes, libre como el aire y aficionada á hacer que de ella se hablara, Miss Roberston logró pronto atraer sobre sí la curiosidad parisina.

Tuvo pretendientes á centenares, pero la bella yankee parecía incapaz de enamorarse y sólo se sentía inclinada á dar su blanca mano al hombre que pudiera dignamente figurar á su lado.

Para apreciar las cualidades de sus pretendientes les sometía á pruebas, ridículas á veces, terribles en ocasio-

nes Lo cierto era que hasta la fecha sitiador ninguno logró rendir la plaza.

Una tarde, en las carreras de caballos de Longchamps, el conde d'Aurevilly, un oficial de caballería célebre entre la buena sociedad por sus locuras de joven despreocupado, conversaba con Miss Roberston, que desde las alturas de su *mail coach* seguía las peripecias de un *steeple chase*.

El conde reprochaba á la bella yankee su insensibilidad en punto á amores y ella replicaba con su eterno estribillo, diciendo que sólo podría cautivar su corazón un hombre extraordinario, capaz de realizar algo que asombrara á las gentes.

El jóven lanzó una sonora carcajada, que mortificó un tanto á su interlocutora, y exclamó:

—¿Vamos, quereis hallar un hombre capaz de renovar las hazañas de los *Caballeros de la tabla redonda*?

—¿Y por qué no?— replicó ella.

—Yo creía que un país positivista, como América del Norte, donde todo se reduce á cifras, no produciría imaginaciones exaltadas que pretendieran buscar el colmo del romanticismo.

Miss Roberston no estaba acostumbrada á oír semejante lenguaje; su belleza, su excentricidad y sus millones eran poderosos focos donde los jóvenes, haciendo el papel de mariposas, venían á revolotear hasta quemarse las alas; por lo tanto, encontrar uno que pusiera en solfa sus caprichos permitiéndose bromas punzantes, irritó su amor propio.

—Decid más bien,—repuso clavando en el jovial rostro de Henri d'Aurevilly una colérica mirada—decid más bien, que en Francia se ha borrado el recuerdo de las tradiciones caballerescas.

—Miss Nelly, aquí amamos, porque amamos, sin meternos á buscar cosas extraordinarias en el objeto de nuestro amor. Por una dama, aunque nos sea desconocida, arrostramos peligros reales, que así nos lo manda esa tradición cuyo recuerdo creéis que ha desaparecido; pero al mismo tiempo nos hace reír la idea de revivir al final del siglo XIX la costumbre de conceder la mano de una bella al vencedor de un mónstruo morador de encantada caverna. Somos así, ligeros, poco formales, como querais; sin embargo, someted á un francés á pruebas sérias, cuando las circunstancias lo exijan, y le vereis salir triunfante.

—¿Me lanzais un reto? — preguntó secamente la americana, después de oír la perorata que en tono joco-sério había pronunciado el aturdido Henri.

—Guárdeme Dios de retar á una mujer bonita; en lides de amor sería seguramente vencido, porque todo mi valor no alcanza á resistir la mirada dulce de unos ojos tan lindos como los vuestros... En otra clase de lucha, mi mayor gloria sería dejarme arrollar por tan seductor adversario.

—¿Trataís de hacerme olvidar con vuestra galantería el mal efecto que me han producido vuestras punzantes bromas?

—¿Os he enojado? Creed, bella Nelly, que lo deploro y que por veros desarrugar el ceño y volver á vuestra gracia sería capaz (ahora hablo sériamente) de dejar tamaño al propio Amadis de Gaula.

—¿Reincidís? Tened cuidado no os coja la palabra y se me ocurra alguna diablura para castigaros.

—Prefiero el castigo á vuestro enojo. ¿Qué debo hacer?

En los ojos de la extranjera brilló un relámpago de alegría.

—Esta noche os lo diré en el teatro;—dijo.
Y sonrió de una manera enigmática.

* *

Aquella noche, el terminar al primer acto, Henri d'Aureville, que en el palco del Club conversaba con algunos amigos, les narraba la escena que dejamos apuntada.

—No has debido soltar prenda; le decía su amigo Gastón de Lavergne,—esa mujer es capaz de inventar algo que te ponga en ridículo. Aun no hace un mes invitó á Rochebrune á visitar una taberna de las afueras, donde se reúne gente maleante, y al pobre le dieron una paliza que aun no ha abandonado el lecho.

—Es necesario que alguien dé una lección á esa desequilibrada y estoy resuelto á dársela;—replicó con energía d'Aureville.—Creo que de esta hecha la convierto en persona razonable.

—Ten cuidado;—observó otro jóven.—Un hombre que está para casarse no debe meterse en cierta clase de aventuras, que pueden terminar en escándalo ruidoso.

En aquel momento Miss Roberston se presentó en su palco, radiante de belleza y saludó con una encantadora sonrisa al conde d'Aureville.

—¡Soberbia!—exclamó Gastón.

—¡Adorable!—añadió otro.

—Eso no;—replicó Henry.—Nelly Roberston no tiene corazón y una mujer sin corazón vale menos que su propia estatua.

—¿Te has vuelto sentimental?—preguntó uno de los *clubmens*.

Y todos celebraron con una carcajada la sentencia pronunciada por Henri, cuya ligereza era proverbial y célebres sus locuras.

—Creo que la americana te hace señas—óbservó monsieur de Lavergne.

En efecto, Miss Roberston llamaba al jóven oficial de caballería.

Este cogió el sombrero y salió inmediatamente del palco para ponerse á las órdenes de la bella americana.

Cuando regresó anunció á sus amigos que el momento de la prueba se acercaba.

—Me ha invitado á cenar—dijo—y presumo que en la cena me aguarda algo estupendo.

—Algún plato de niños crudos.

—O de serpientes vivas

—O de hornigas al natural.

—Lo ignoro; al invitarme me ha preguntado si cenaría con ella en cualquier lugar, y ante mi respuesta afirmativa ha añadido:

—¿Y en cualesquiera condiciones?

—Con vos cenaría en las propias cavernas de Plutón; —le dije.—Y sonriendo enigmáticamente, como suele cuando piensa alguno de sus disparatados proyectos, agregó tendiéndome la mano:

—A las diez de la noche espero tener el gusto de veros mañana en casa.

—Pues prepárate; mañana comereis en un tablón colocado en equilibrio sobre el caballete del tejado....

Los amigos de Henri aventuraron sucesivamente las más descabelladas hipótesis acerca de la forma, lugar y

platos de la anunciada cena, y rieron grandemente de las ideas que exponían. Pero el jóven, firme en su propósito de dar una lección á la excéntrica yankée, les dijo para terminar:

— Reid cuanto os venga en ganas, riámos juntos, puesto que el asunto se presta, mas no dudeis que cenaré con Miss Nelly, y que si intenta algo contra mí, como parece probable, saldré airoso de mi empresa y le daré, si puedo, una lección á esa linda chiflada.

*
* *

Con puntualidad militar acudió á la cita Henri d'Aurevilly.

La bella americana poseía en el parque Monceau un magnífico hotel que había hecho amueblar y decorar suntuosamente; mas por todas partes, así en el decorado como en el mobiliario, saltaba á la vista el sello de las *excentricidades*, de los extraños caprichos que daban á Miss Roberston el cetro de la extravagancia.

Aquella noche en la planta baja del hotel se hallaba reunido el *todo París* de que hablan los cronistas de salones.

El jóven conde iba resuelto á llegar hasta el fin de la aventura; el temor de lo desconocido no le intimidaba y por lo tanto, el hallar tan numerosa concurrencia, invitada sin duda alguna para presenciar la amenazadora cena y con ella su derrota ó su victoria, lejos de preocuparle sirvióle de incentivo para desear el momento de la prueba.

Con paso firme y con el desembarazo propio del hom-

bre de mundo, atravesó por entre los invitados, distribuyendo saludos y apretones de manos hasta encontrar á la dueña de la casa.

Miss Nelly estaba inquieta. Contra su voluntad y á pesar de su orgullo, Henri le interesaba. Era el único hombre que había echado á broma sus caprichos, poniéndolos en solfa; el único en quien sus millones no hacían efecto ni su belleza producía mayor impresión que la de otra mujer cualquiera, ó en quien quizá no producía impresión alguna. Mucho antes de las diez, la linda yankee creía que el conde se retrasaba y empezó á temer que no acudiera á la cita. Mas al pensar esto, no atribuía al temor la falta del jóven, sino á olvido, á desdén acaso. ..

Y la idea le mortificaba extraordinariamente; tanto, que llegó á dudar si la mortificación sería hija del amor propio ó del amor... á secas. Sus mejillas se tiñeron de púrpura y ya iba á rebelarse contra sí misma, cuando d' Aurevilly, sereno y sonriente, se inclinó ante ella presentándole la mano.

—Veo con placer la puntualidad del moderno Amadís;—dijo Nelly estrechando la diestra al conde.

—Soy militar y francés;—replicó éste.—Pero os lo ruego, mi encantadora enemiga, no volvamos á los libros de Caballerías.

—No habiaré más de ellos. ¿Venís resuelto á cenar conmigo?

—Venía orgulloso del *tete á tete*... pero he caído de lo alto de mis ilusiones.

—Subid á ellas de nuevo; cenaremos solos.

La expresión del rostro de Miss Roberston al decir las últimas palabras, hubiera dado que pensar á un hombre menos aturdido que el conde d'Aurevilly.

.....

A las once en punto un criado anunció el esperado acontecimiento y los invitados se dirigieron hacia la estufa, que era el lugar elegido por la bella americana para la famosa cena.



El amplio invernadero estaba iluminado *agiorno*.

Multitud de plantas raras, artísticamente colocadas, convertían el recinto en un jardín tropical.

Gruesa alfombra cubría el suelo y dispuesta en forma de herradura hallábase la mesa.

En el centro, y cubierto de ricos tapices, había un enorme cajón cuadrado.

Cada invitado ocupó su puesto y sólo quedaron en pie Miss Roberston y Henri d'Aurevilly.

Entonces la primera hizo una señal, y con la rapidez que se transforman las decoraciones en una comedia de magia, seis ú ocho criados quitaron algunos tableros al cajón, que quedó convertido en una jaula.

En el centro de ésta, dos negros de bronce sostenían una gran luna sin azogue, sobre la cual aparecía servida la cena.

Dos sillas aguardaban á los comensales.

Nelly se dirigió á la puerta, la abrió é indicó al conde que podía pasar; éste hizo una galante inclinación de cabeza y penetró resueltamente en la jaula.

Miss Roberston le siguió.

Apenas la puerta se cerró tras ellos, los criados quitaron los tableros restantes y en la estufa reinó un silencio sepulcral.

Al desaparecer los últimos tableros, los comensales vieron con sorpresa fácil de presumir, que en la parte de jaula que aquéllos ocultaban había un gigantesco oso blanco tranquilamente tendido en el suelo.

La calma, sin embargo, pronto reinó de nuevo, porque la inmovilidad del oso hizo suponer á los circunstantes que se trataba de un animal disecado y que todo aquel aparato se había desplegado con el único objeto de representar una farsa para poner en ridículo al conde Henri d'Aurevilly, si el temor le sorprendía. Mas la aparición del terrible plantígrado no produjo al jóven oficial la menor impresión de miedo; por el contrario, con burlona sonrisa fijó los ojos en el lindo semblante de Miss Roberston.

Me ofreceis una cena original,—dijo—como vuestra.

—¿Os desagrada?—preguntó burlonamente la bella americana.

—Cerca de vos, sólo vuestro enojo podría desagradarme.

Los dos comensales se sentaron á la mesa y la cena dió principio, y el diálogo prosiguió animado.

Por espacio de media hora nada ocurrió digno de mención, pues, como hemos dicho, todo el mundo creía que el oso estaba disecado y que la famosa cena se reducía á un capricho más de Miss Nelly, á una broma para probar el valor de Henri d'Aurevilly.

Llegaban á los postres, cuando la terrible fiera de las regiones heladas levantó la cabeza, paseó una mirada por el cuadro que á su vista se ofrecía y lentamente se levantó.

Los invitados lanzaron un grito; lo que creían farsa inofensiva amenazaba trocarse en dramático espectáculo.

Miss Nelly, que se había puesto ligeramente pálida, oprimió el botón de un timbre. Le avisó que tenía al alcance de su mano, y en el acto, como por arte de magia, del suelo surgió una compuerta de hierro, especie de reja destinada á cerrar la parte de jaula en que el oso se hallaba.

Pero la linda yankee no contó con lo imprevisto.

La dosis de narcótico suministrada al oso blanco no tuvo poder bastante para dejar á la fiera completamente aturdida por todo el espacio de tiempo que la americana calculara; la compuerta que había mandado colocar por exceso de precaución subió cuando el temible plantígrado tenía medio cuerpo fuera de la línea divisoria, y al elevarse levantó también al animal, que durante unos segundos se balanceó sobre aquélla.

El temor de que su pesado cuerpo cayera del lado donde se hallaban Miss Nelly y Henri, hizo enmudecer á los espectadores de esta escena.

Por fin el oso lanzó formidable gruñido y se precipitó fuera de su encierro.

Los comensales se pusieron de pié.

Miss Roberston, blanca como una estatua de mármol parió y temblando de miedo, porque creyó llegado su último instante, corrió á ocultarse detrás del conde, que también se había levantado.

Este no perdió la serenidad.

Con rapidez sacó un revólver del bolsillo y adelantó hacia el oso, que aturdido aun por los efectos del narcótico se movía pesadamente; apuntó é hizo fuego.

El animal cayó como herido por el rayo.

Un grito de satisfacción, una aclamación unánime estalló en el invernadero.

Henri se dirigió á Miss Roberston, la cogió la mano y dijo con dulzura:

—Miss Nelly, salgamos, aunque ya no hay peligro. Necesitais serenaros.

—Conde,—replicó ella apretando emocionada la diestra del jóven—me habeis salvado la vida y os la ofrezco.

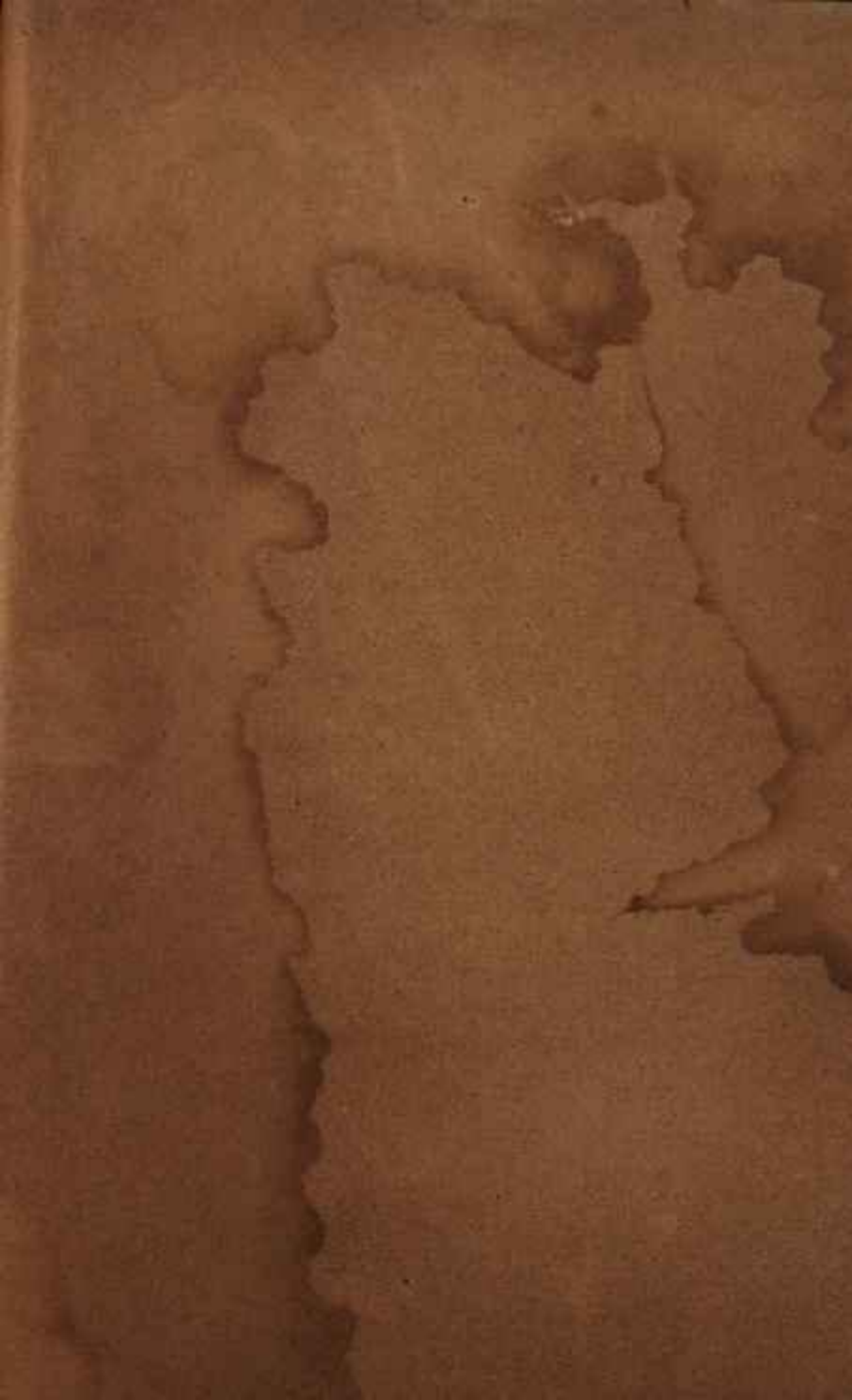
—Seré el mejor de vuestros amigos... con permiso de la condesa d'Aurevilly.

.....
Esta fué la última extravagancia de la linda americana.

FIN







En prensa:
EL SECRETO DE UNA MUERTA